

BiCentenario

el ayer y hoy de México

Ciencia y
Tecnología

Secretaría de Ciencia, Humanidades,
Tecnología e Innovación



Instituto
Mora

Amenaza expansionista
en el noroeste mexicano

Resortes,
de la carpa al cine

Compromiso y entrega
en Juana Belén

Bandidos rurales

LA DELINCUENCIA DEL SIGLO XIX



71

Libros electrónicos

🔓 acceso abierto



**Aquellos niños del exilio.
Cotidianidades entre
el Cono Sur y México**

Silvia Dutrénit Bielous



**De caminos y puentes:
Ordenamiento territorial
en la Nueva España**

Beatriz Rojas
(coordinadora)



**Miradas globales
desde América Latina**

Matilde Souto Mantecón
Daniel Kent Carrasco
(coordinadores)



**El miedo: la más política
de las pasiones**

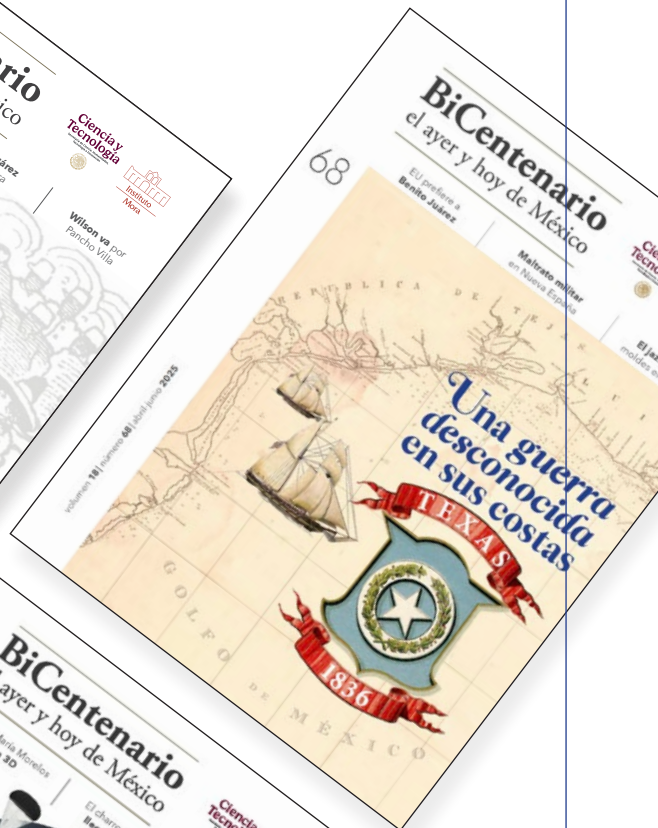
Fausta Gantús
Gabriela Rodríguez Rial
Alicia Salmerón
(coordinadoras)



**El proyecto de una firma fotográfica
estadunidense en México (1895-1909)**

Fernando Aguayo
Berenice Valencia





VISITE NUESTRA PÁGINA Y REDES SOCIALES:

 @RevistaBiCentenario •  @BiCentenarioMora

PARA CONSULTA Y COMPRA DE NÚMEROS ANTERIORES EN:

bicentenario@mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx



ÍNDICE

CORREO DEL LECTOR 04 | **ARTÍCULOS 06**—De John Brown al México en guerra
SEBASTIÁN TAPIA VÁZQUEZ | **14**—Un plan ambicioso para Sonora. **ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO** | **22**—La opulencia culinaria en la mesa de Maximiliano y Carlota. **EMILIANO CANTO MAYÉN** | **30**—La ciudad de México se viste de verde. **JOSÉ FERNANDO MADRID QUEZADA** | **38**—El acre exilio de Federico Gamboa en La Habana. **MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ** | **46**—Safuega y la revolución ultrafeminista. **FAUSTO E. GÓMEZ GARCÍA** ¶ **DESDE HOY 56**—La deuda moral de un país que aplaza la infancia. **ERÉNDIRA PAZ LÓPEZ** ¶ **TESTIMONIO 64**—Homenaje a la entrega de Juana Belén. **AURORA REYES FLORES** ¶ **ARTE 74**—Bandidos rurales. **VÍCTOR MANUEL CARLOS GÓMEZ** ¶ **CUENTO 84**—De Adolfo a Gustavo. **RENATO ALEJANDRO FLORES CHINCHÓT** ¶ **ENTREVISTA 90**—Adalberto Martínez “Resortes”. Hecho en México y por mexicanos. **RAMÓN AURELIANO** ¶ **SEPIA 98**—Mundos paralelos. **DARÍO FRITZ** ¶

Portada. Anónimo. *Asaltantes de caminos*, óleo sobre tela, ca. 1850, Museo Nacional del Virreinato. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

BiCENTENARIO. EL AYER Y HOY DE MÉXICO
vol. 17, núm. 69, julio-septiembre de 2025, es una publicación trimestral editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 55 5598 3777/1152 y 1193

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 55 5598 3777/1152

CONSEJO EDITORIAL
Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Héctor Luis Zarauz López
Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón
Asistente editorial: Norberto Nava Bonilla
Edición: Darío Fritz
Diseño editorial: Elisa Orozco

www.mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx

EDITORIAL

Encaramados en la inestabilidad política de gran parte del siglo XIX y cubiertos por la ausencia de autoridad en los caminos rurales del país, arropados en la convivencia con los pueblos a donde la fortuna nunca llegaría, los bandidos fueron motivo de inseguridad, miedo y terror para quienes querían cruzar las solitarias rutas de tierra y polvo del país. Se hicieron leyenda bajo el nombre de Joaquín Murrieta, Juan Vicario, Leonardo Márquez y Heraclio Bernal, así como de bandas célebres: Los Plateados y Los Chaveños. La valentía los convirtió en mito entre los suyos, así como el crimen, los maltratos, y obviamente el robo, en motivo de persecución. Lograda la estabilidad política y entrada la modernidad porfiriana, fueron perdiendo vitalidad hasta desaparecer (décadas después se organizaría otra criminalidad letal y corruptora que seguimos padeciendo. Pero esa es otra historia).

En el trayecto de aquel bandidaje, el arte lo supo tener como un animado protagonista de inspiraciones para la pintura, que no fue más que el reflejo de una mirada urbana asentada en diferencias raciales y clasistas, de observar morenos y pobres donde había delincuentes, y del otro lado víctimas adineradas, gente de bien de tez clara. El único propósito de esa representación pictórica costumbrista –en la literatura fue similar– consistiría en evidenciar la capacidad de unos villanos en hacer daño por encima de cualquier otro punto de vista. Y como contraposición, al cabo del tiempo se instalaría una visión romántica de héroe popular que tampoco contribuiría a hacer justicia con los hechos.

La litografía de Casimiro Castro y un óleo de Manuel Serrano, ambos de mediados de ese siglo, dejan ver en el texto que abre este número de *BiCentenario* la ausencia intencionada de la autoridad y una denuncia sesgada sobre los peligros que acechaban los caminos del país. Se hace complejo observar con los ojos de hoy lo que fue aquel pasado, pero el presente bien podría comulgar con las ideas de hace siglo y medio: desinterés y silencio a pesar del asentamiento del odio, exacerbación del individualismo, festejo o indiferencia ante el enriquecimiento desigual o la destrucción de todo aquello que huele a comunidad. ¿Dónde está el castigo que amedrenta la corrupción y la criminalidad organizada? ¿Cuándo se combate la brecha entre la riqueza minoritaria y las carencias desmedidas? ¿A quiénes permitimos menospreciar por el color de la piel, el origen de identidad o el alcance de bajos recursos económicos? ¿Quién reclama cuando no es víctima?

Contemporáneo a los tiempos en que aquellos bandidos asolaban los solitarios caminos mexicanos, otros, más temibles y peligrosos se habían hecho de territorio en Texas, Nuevo México, California y la Mesilla, y no era desechable que fueran también por el noroeste despoblado. Sonora, Chihuahua, Sinaloa y Baja California eran apetecibles. ¿Quién podía defender con colonizadores en el lugar y derrama económica los apetitos expansionistas? Maximiliano, el monarca imperial, tuvo en sus manos resolver aquello, y te lo contamos en estas páginas. ¿Se hubiese ganado el nombre de una calle por afrontar unas intenciones extranjeras en principio altruistas y al final sospechosas? La mirada de la historia, una vez más, se hace desde diversos ángulos y no siempre convergen en un punto en común.

El relato ha tenido un largo periplo de menosprecio hacia la mujer, que poco a poco se logra quebrantar, aunque vuelvan a asomar síntomas de regresión. Para construir cambios de percepción y alumbramientos de reconocimientos han quedado en el trayecto variedades infinitas de sacrificios. El de Juana Belén Gutiérrez Chávez asoma por su entrega. Lo cuenta aquí su amiga y pintora, Aurora Reyes Flores. Pagó con la cárcel su confrontación con el porfiriano y se adelantó en reclamar el voto femenino y derechos laborales para la mujer que hasta incomodaron a sus colegas revolucionarios. Belén, también poeta, le recuerda a cada mujer que aunque los hombres pretendan ir al más allá por descubrir algo nuevo, terminarán diciendo que nada será tan profundo como el alma de una de ellas.

Entre el anonimato que no lo es tanto para quienes se encuadran en el feminismo militante y el compromiso, el tránsito por México de la holandesa Safuega en los años 80 y 90 del siglo XX, no pasa desapercibido. Como tampoco pueden quedar en el olvido las madres que obtuvieron el reconocimiento legal a sus demandas de pago alimentario cuando los padres abandonan el hogar y se desentienden de sus hijos. Un hito más en una lucha que abona a cambios de conciencia sin alternativa de retroceso.

BiCentenario te propone en este número otras historias que valen la pena desentrañar. Desde los agasajos en las mesas distinguidas del segundo imperio a cómo se pobló la ciudad de México de exquisitos árboles. De un exilio porfirista al artista que transformó la experiencia popular en recurso escénico. Hasta la próxima.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

Dr. José María Luis Mora

Directora General

Dra. Gabriela Sánchez

Secretario General

Mtro. Alejandro López Mercado

Directora Académica

Dra. Lucrecia Infante Vargas

Directora de Apoyo Académico

Mtra. Claudia Ximena Montes de Oca Icaza

Director de Administración y Finanzas

Mtro. Domingo López Hernández

Editora responsable:

Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2013-061212050700-203, ISSN 2007-2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Cualquier reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y artísticos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley y su Reglamento por lo que deberán tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial de la revista.

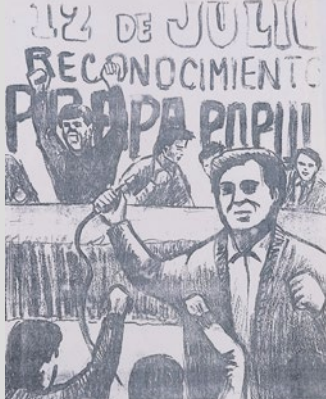
Tipografías utilizadas en la edición.

Leitura Di lay / Dino dos Santos.

Minion Pro / Robert Slimbach.

Avenir Next / Adrian Frutiger-Akira Kobayashi.

Comentarios en el muro de facebook



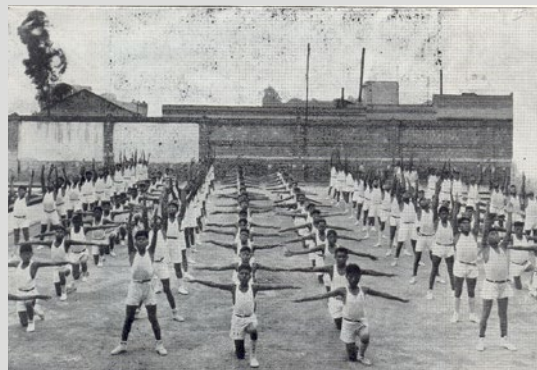
Sobre “La Preparatoria Popular. Una experiencia de autogestión educativa” (*BiCentenario*, núm. 61). Fui alumna de la Prepa Popular. Además de las materias obligatorias requeridas por la UNAM, tuvimos un seminario político, en el que estudiamos a Marx, Engels y bastantes filósofos más. En tercer año leímos un libro de literatura cada mes. Gracias a todos mis profesores.

IMELDA PÉREZ HERNÁNDEZ

Sobre “La Casa del Estudiante Indígena, ¿un experimento psicológico-social? (1926-1932)” (*BiCentenario*, núm. 12).

Mi abuelo, el profesor Epifanio Estrada Cruz, fue admitido ahí. La educación que recibió lo hizo un gran maestro, distinguido en Atlixco, por su dedicación y compromiso con la niñez poblana, además de ser reconocido como poeta, músico y compositor.

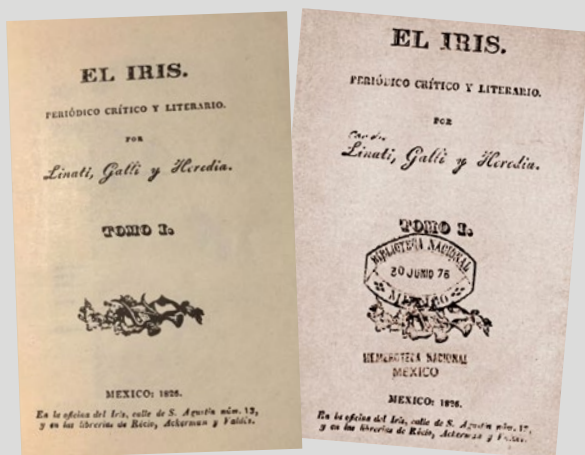
IRIS GÓMEZ ESTRADA



Reloj de arena

13 de enero de 1826

Aparece la revista *El Iris* en el periódico *El Águila Mexicana*. Se propone ofrecer una distracción agradable a todo interesado en las letras y principalmente a las mujeres.



10 de enero de 1876



Porfirio Díaz proclama el Plan de Tuxtepec para destituir a Sebastián Lerdo de Tejada, quien se ha postulado para la reelección presidencial. También promete respetar la Constitución de 1857 y la autonomía municipal. Su lema es Sufragio Efectivo, No Reelección.

Por amor a la historia



La Casa Kahlo fue el hogar de una familia cuyo legado al patrimonio cultural de México es muy grande. Resguarda recuerdos, objetos y relatos que reflejan la vida de sus habitantes, convirtiéndose en protagonista de la historia de la familia y en testigo esencial de la obra de Frida y Guillermo Kahlo.

¿Sabías que...?

La Peletería Migliano, fundada en 1889 por el inmigrante italiano Juan Migliano es la peletería más antigua de la Ciudad de México y está a punto de cerrar. Primero se dedicó a procesar las pieles del ganado de su propia hacienda en Iztapalapa. Tuvo tal aceptación que se mudó al Centro Histórico donde ha operado como un negocio familiar, que ofrece sombreros, maletines, cinturones, herrajes, hebillas y herramientas para la fabricación de productos de cuero.



4 de febrero de 1926



José Mora y del Río, arzobispo de México, declara a *El Universal* que el episcopado, el clero y los católicos combatirán los artículos 3, 5, 27 y 130 de la Constitución vigente y que variar ese criterio equivale a traicionar la fe y la religión.

27 de marzo de 1974

Se crea el Consejo Nacional de Población, con la tarea de incluir los fenómenos poblacionales en los programas de desarrollo económico y social que se formulen dentro del sector gubernamental.



CONAPO
CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN

▼ Exterior del Museo Casa Kahlo, Ciudad de México, 2025. Fotografía de Norberto Nava. | ▼ Exterior de la peletería Migliano Hnos, S. A., Ciudad de México, 2026. Fotografía de Norberto Nava. | ▼ José Mora y del Río, arzobispo de México acompañado de otros eclesiásticos, ca. 1923, México, inv. 176453, SINAFO. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0. | ▼ José Mora y del Río colocando medalla a un niño, ca. 1923, México, inv. 84951, SINAFO. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0. | ▼ Consejo Nacional de Población, logo, 2026. Tomado de www.gob.mx/conapo

SEBASTIÁN TAPIA VÁZQUEZ

INSTITUTO MORA

6 De John Brown al *México en guerra*



El juicio y muerte de este líder de los abolicionistas de la esclavitud en Estados Unidos no pasó desapercibido en la prensa conservadora de la ciudad de México de 1859. Lo utilizó como un símil entre la supuesta fragilidad moral y política del país vecino con el ideario liberal, y sinónimo del inevitable fracaso de ese proyecto político.

Encabezados como “Exequias por el alma de John Brown” y títulos similares poblaron los impresos conservadores de la ciudad de México entre 1859 y 1860, donde relataban los últimos momentos de vida de un reo condenado a la horca en Estados Unidos. ¿Por qué, cuando México se encontraba en medio de una cruenta guerra intestina, los responsables de los impresos dedicaron algunas de sus primeras planas para hablar de sucesos que tuvieron lugar fuera de sus fronteras? ¿Quién fue John Brown? Un acto de reflexión en torno a estos cuestionamientos puede arrojar luz sobre la globalización experimentada al mediar el siglo XIX, donde los sucesos locales no estaban aislados, sino que fueron observados como parte de un fenómeno internacional que parecía enfrentar a los valores del mundo “hispano” con el “anglosajón”.

Con esto en mente, la tarea de este breve texto es analizar el papel que la prensa le otorgó a la ejecución de uno de los líderes abolicionistas más famosos de la época, en dos momentos de crisis: 1859-1860 y 1863. El principal punto de interés serán las editoriales del periódico *La Sociedad*, pero también se hablará someramente de las producidas por *El pájaro verde*, con la intención de contrastarles y exponer sus cambios discursivos. Igualmente, los siguientes párrafos serán una invitación a conocer más sobre la biografía de este interesante personaje y su tiempo que, si bien resulta bastante conocido en Estados Unidos, suele pasar desapercibido en México.



LA ANTESALA DE LA GUERRA CIVIL

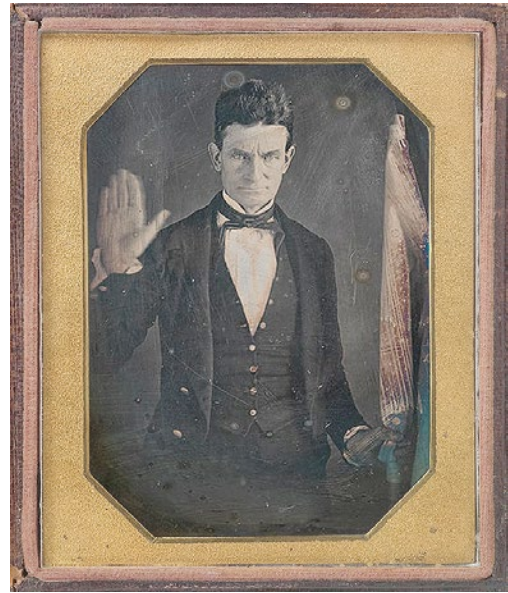
“¡Se ha ido a ser soldado en el ejército del Señor!, ¡Su alma sigue adelante!” Estos versos inconfundibles de una melodía marcial se entonaban en el ejército de la Unión durante la guerra civil estadounidense (1861-1865). Hacen referencia a John Brown (1800-1859), evangelista nacido en Torrington, Connecticut, miembro del Underground Railroad –organización dedicada a la liberación de esclavos, mediante rutas clandestinas y casas de seguridad–, quien entre las décadas de 1840 y 1850 participó en diversos ataques armados a hacendados y poblaciones del sur,

donde el negocio de la esclavitud prevalecía. Con el apoyo económico de varios líderes abolicionistas en el norte de Estados Unidos, en 1859 junto a una veintena de sus seguidores organizó un plan para hacer estallar una revolución de esclavos a escala nacional, cuyo punto de inicio sería la ciudad de Harpers Ferry, en Virginia.

Fracasada la difusión del plan de acción entre los aliados de la zona y con la mayoría de la población de la ciudad en su contra, fueron rápidamente derrotados por los *marines* del gobierno federal –comandados por quien sería uno de los principales generales de los estados confederados, Robert E. Lee–. En el edificio donde hicieron su última defensa yacían muertos diez miembros del grupo, incluyendo a dos hijos de Brown, mientras que él reposaba malherido. Su última intentona armada había acabado de una forma casi tan abrupta como su inicio. Su relevancia, sin embargo, apenas comenzaba a aquilatarse.

La lucha que encabezó forma parte de una década (1850) en la que la institución de la esclavitud tomó un papel central en el teatro político estadounidense y que en su crepúsculo se hizo evidente que el problema habría de tener una resolución por la vía armada. Así, en la transición entre décadas, los enfrentamientos directos comenzaron a multiplicarse. Fue en este contexto, previo a la toma de posesión de Abraham Lincoln y de que siete estados sureños declararon su secesión –y a los que sumarían otros seis– para estallar formalmente la guerra civil, que él enfrentaría uno de los juicios más mediáticos en la historia de Estados Unidos, cuyo resultado final habría de ser la pena capital por los delitos de homicidio y traición.

Mientras tanto, al otro lado del río Bravo, la guerra de reforma finalizaba su segundo año. Año en el que el enfrentamiento alcanzaba su punto más indómito, en el que, Miramón por un lado, y Juárez por el otro, encabezaron facciones para las que la contienda significó la supervivencia misma de la nación en un mundo cambiante que amenazaba con absorberlos. Como se verá en los próximos párrafos, es en ese miedo profundamente político en el que se insertó la figura de John Brown.



BROWN EN *LA SOCIEDAD*

Desde su aparición en 1857 hasta su suspensión a finales de 1860, con la entrada de las tropas constitucionalistas a la ciudad de México, los hábiles escritores que dieron sustento a *La Sociedad* –como José María Roa Bárcena– marcaron la tendencia narrativa a seguir por el resto de las publicaciones afines al Supremo Gobierno al tiempo que fueron el foco de interés de las refutaciones liberales. Habría de reanudar su actividad con la ocupación de la capital por las fuerzas imperialistas en 1863, permaneciendo en circulación hasta su desaparición en 1867.

El juicio de John Brown sirvió para identificar lo que consideraron las principales diferencias de “carácter” entre ambas naciones, las cuales emanaban directamente de su identidad religiosa. Al mismo tiempo, formó parte de una arremetida del impreso contra la facción constitucionalista que se encontraba negociando con los representantes de James Buchanan el reconocimiento como el único gobierno legítimo.

El autodenominado conservadurismo nacional señaló a los proyectos liberales como los principales culpables por el resultado del conflicto.

9





El primer punto no era sino una continuación del pensamiento que permeó a las primeras generaciones de intelectuales mexicanos. Para ellos, dada la “superioridad moral” del catolicismo sobre el protestantismo, las naciones pertenecientes al globo hispano –presentado como su principal defensor– se encontraban por arriba de otras, en una especie de escala de civilizaciones. Estas opiniones se intensificaron tras el desastre de la guerra contra los Estados Unidos, ya que el autodenominado conservadurismo nacional señaló a los proyectos liberales como los principales culpables por el resultado del conflicto, a razón de que sus principios no le eran propicios a una nación hispana y católica, imposibilitando así el sostenimiento de cualquier tipo de unión nacional. Además, la situación

que atravesaba el país vecino parecía confirmarles que tales sistemas políticos estaban destinados al fracaso en todo el mundo. Por eso, poco les importaba que John Brown no hubiese sido católico, puesto que su caso aportaba suficiente evidencia contundente a sus argumentos.

Así, en la editorial que ocupaba la primera plana del impreso publicado el 12 de noviembre de 1859, se sentenciaba que “los sucesos de octubre último en Virginia, como decíamos al comenzar a ocuparnos de ellos, han descubierto una vez más los pies de barro del gigante del Nuevo Mundo” al tiempo que identificaban a la confrontación entre los defensores de la esclavitud y los partidarios de su abolición como “la piedrecilla que Nabucodonosor en sueños vio rodar de lo alto de la montaña, tocar los pies del coloso y pulverizarlos para que éste viniera al suelo con estrépito”.

La cita vuelve evidente que informar sobre los acontecimientos internacionales no tenía un fin meramente crónico, sino que estos sucesos forman parte de una pugna por moldear para su causa a la opinión pública. La ejecución de John Brown se convierte en algo más que un suceso que es informado, se vuelve un símbolo de la supuesta fragilidad moral y política de Estados Unidos, reforzando la idea de que los sistemas liberales y protestantes estaban condenados al fracaso. Así, al proyectar sus propias preocupaciones y argumentos ideológicos, los redactores de *La Sociedad* emplearon el caso para advertir sobre los peligros de adoptar modelos extranjeros, al tiempo que reafirmaban la superioridad de los valores católicos e hispanos.

Poco más de un mes después, el 27 de diciembre, el periódico denuncia que la ejecución de John Brown puso de manifiesto “la poca fuerza moral del gobierno” de un país que se “llama libre y filántropo sin duda por ironía”. Y, de manera similar al artículo anterior, concluye advirtiendo que “la esclavitud ha de ser a la larga el azote de la nación vecina, sumergiéndola en los horrores de una verdadera guerra civil [...] haciendo que aquella República

Los redactores proimperialistas parecieron olvidar el tema de la esclavitud y, en cambio, dedicaron su tiempo en identificar a los ciudadanos que conformaban a la Confederación como culturalmente cercanos a la identidad mexicana.

v

John Brown. Encuentro con la madre esclava y su hijo en las escaleras de la cárcel de Charlestown, camino a su ejecución, litografía, ca. 1863. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

vi

Encabezado de periódicos mexicanos donde las noticias de la captura y el proceso de John Brown fueron publicadas, ca. 1859.



11

sustituya a la nuestra en el triste papel del enfermo de América, como sincera y profundamente lo deseamos en justa correspondencia de los favores que le debemos.”

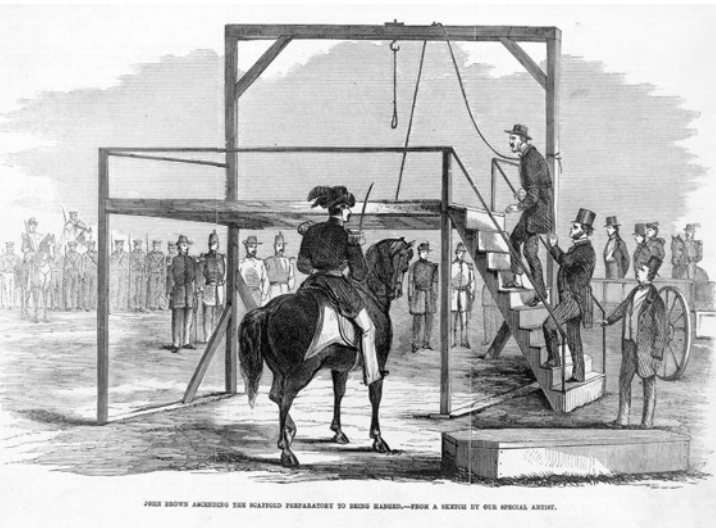
De las citas anteriores es posible reflexionar que los autores fueron conscientes de la magnitud de la crisis que tenía lugar en Estados Unidos y en su análisis la relacionaron con los acontecimientos que en años pasados habían tenido lugar tanto en Europa como en México. Además, como fue el común denominador al mediar el siglo XIX, los escritores identificaron a su presente como un momento inédito y de cambios extraordinarios. Por eso argumentaban, tanto liberales como conservadores, que las naciones se encontraban en una encrucijada de la que no podían escapar; para los segundos, esa encrucijada sólo podía ser superada si al progreso se le “moderaba” con un sistema que rechazara todo aquello que no fuese inherente a la “identidad” nacional.

A la par de lo anterior, es necesario considerar que las relaciones México-Estados Unidos, entre 1858 y 1863, sufrieron múltiples cambios que respondieron a su tumultuosa realidad política. El primer gobierno en tener el reconocimiento por parte de Estados Unidos fue el de Félix Zuloaga –no el de Benito Juárez–, por ser quien ocupaba la capital del país. Sin embargo, para febrero de 1859 –con Zuloaga destituido y Miguel Miramón como presidente–, los representantes de la administración de James Buchanan rompieron sus acercamientos diplomáticos con el Supremo Gobierno y reconocieron, en cambio, al constitucionalista residido en Veracruz. El principal requisito de ese apoyo fue abrir espacio a las negociaciones comerciales y territoriales afines a los intereses del vecino del norte.

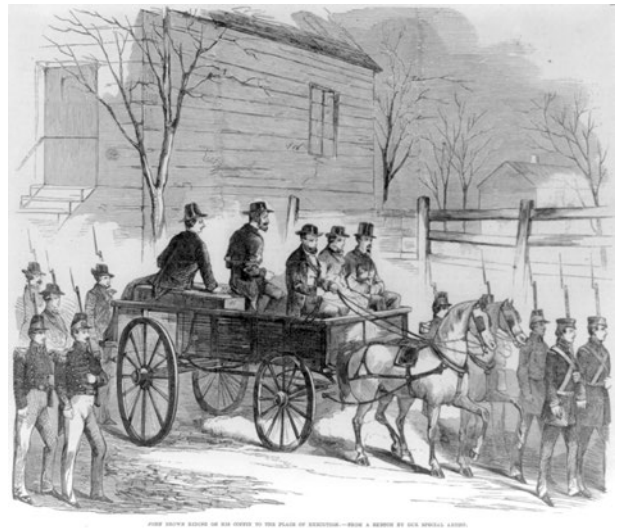
Con esto en mente, desde la perspectiva conservadora, el hecho de que el gobierno constitucionalista negociara con su símil estadounidense representaba una trai-

ción a los ideales que enarbolaba. Argumentaron que la nación progresista, libre e igualitaria que aquellos promulgaban no podía sostenerse con una alianza con los Estados Unidos. Así mismo, reclamaban al presidente Buchanan su interferencia en la política nacional. Esto último se evidencia con la crónica titulada “Dos palabras respecto del mensaje de Buchanan” publicada el 18 de febrero de 1860, a razón del reclamo lanzado por el mandatario por la ejecución de ciudadanos de su país durante el episodio conocido como los *mártires de Tacubaya*. Cabe recordar aquí que con ese nombre se hace alusión al suceso que tuvo lugar en aquel poblado a las entonces afueras de la ciudad de México, donde poco más de medio centenar de personas rezagadas del ejército liberal –soldados heridos y médicos– que había fracasado en su intento por capturar la capital, fueron fusilados por las tropas al mando de Leonardo Márquez.

Sobre la ejecución del ciudadano extranjero –argumentaban que sólo fue uno–, *La Sociedad* sentenciaba que “antes de aparentar, para eludir el castigo, que se ocupaba de socorrer a los heridos, se había ocupado de matar mexicanos unidos a las filas de los progresistas”. Por lo que el fusilamiento de ese “yankee” y el resto de la “chusma constitucionalista” estaba justificado bajo las leyes mexicanas. El texto continúa señalando que aquel presidente “no recuerda siquiera que en los propios días en que se ocupaba de escribir su mensaje, el tribunal de Charlestown asesinó jurídicamente a John Brown sin permitirle ni reponerse de sus heridas”. Igualmente, advirtieron que los reclamos de Buchanan eran parte de una velada estrategia política para conseguir mayores beneficios en las negociaciones entabladas con el gobierno de México, por lo que denunciaban que “hoy que, a la innata tendencia de aquel pueblo, se agrega la traidora alianza que con él se



JOHN BROWN ARRIVING THE GALLIES PREPARATORY TO BEING HANGED.—FROM A SKETCH BY OUR SPECIAL AGENT.



JOHN BROWN BEING IN HIS WAGON TO THE PLACE OF EXECUTION.—FROM A SKETCH BY OUR SPECIAL AGENT.

propone celebrar el gobiernillo de Juárez, ya no aspira únicamente a sacar ventajas de México, sino a consumir la absorción de nuestro país”.

Esto permite reflexionar que, a través de esta clase de textos, el conservadurismo intentó consolidar una especie de narrativa de defensa de la soberanía nacional frente a la injerencia estadounidense. Adoptar esta perspectiva no sólo les permitía poner en entredicho o descalificar a cualquier triunfo liberal, al adjudicarlo únicamente a dicha intromisión, sino que les permitía presentar a su facción como la protectora de la nación mexicana.

Es importante tener en cuenta el contexto de las relaciones diplomáticas porque el discurso de la prensa se adaptó de la mano con ellas. En ese sentido, para 1863, cuando se comenzó a forjar una alianza –que no llegó a materializarse en su totalidad– entre los estados confederados, Francia y el nuevo imperio mexicano, los impresos conservadores tomaron claramente el papel de apoyar a los primeros. Los redactores proimperialistas parecieron olvidar el tema, otrora central, de la esclavitud y, en cambio, dedicaron su tiempo en identificar a los ciudadanos que conformaban a la confederación como culturalmente cercanos a la identidad mexicana, bajo el argumento de que eran descendientes no del mundo anglosajón sino del latino, es decir, de Francia y España.

En este nuevo contexto, la figura de John Brown y lo que ella representaba desapareció de las páginas de *La Sociedad* y al nuevo adalid con el que ligaron sus ideales

fue al presidente Jefferson Davis. El siguiente caso sirve para ilustrar lo expresado.

BROWN Y EL PÁJARO VERDE

Situación similar a *La Sociedad* fue la de *El Pájaro Verde*, periódico que comenzó a circular en 1861 y que se mantendría en producción en los tiempos de la intervención. Este impreso fue una de las principales voces que promovieron el proyecto imperial francomexicano que, al mediar 1863, había logrado hacerse de la capital del país y buscaba el reconocimiento internacional como gobierno legítimo. Fue así que, para sus responsables, la encomienda de promover la alianza confederación-imperio recayera en identificar las “prácticas tiránicas” de sus adversarios. El texto que lleva por título “La guerra civil en Estados Unidos. La conscripción en el Norte y en el Sur”, publicado el 16 de octubre de 1863, sirve aquí para discutir esas ideas.

En los párrafos de ese artículo, el debate en torno a la lucha armada pasaba primero por la “transgresión” de la soberanía de los estados del sur por parte de la federación y eso era lo que justificaba su separación. Inclusive, argumentaron que una vez que se ganara la guerra, la Confederación aboliría a la ignominiosa institución, puesto que “estos proletarios del Sur son casi todos emigrados de Europa [...] sobre todo, franceses. Conocen que sea

cual fuere el espíritu retrógrado de algunos fuertes plan- tadores, el triunfo del Sur causará la caída de la esclavi- tud”. Rematan su argumentación con lo que consideran la principal diferencia entre el gobierno “despótico” de Abraham Lincoln y el “legítimo” de Jefferson Davis; para ellos, el segundo había logrado convocar –sin recurrir a la leva– al grueso de la población sureña mediante la prome- sa de que alcanzarían su “independencia mercantil y los medios de salir de la miseria”.

Lo anterior es importante retomarlo porque al señ- alar que la esclavitud había sido protegida “con las bayonetas federales como en tiempo de John Brown” y que, ya sea por los orígenes étnicos de la Confederación o por la presión de potencias europeas, la victoria del Sur traería su caída, los redactores dotaban de una justificación ética a la alianza que comenzaba a fraguarse. Esto les permitió evadir una legitimación directa a una práctica que durante tantos años habían identificado como el principal fac- tor que diferenciaba a “lo mexicano” de “lo estadounidense”.

REFLEXIONES FINALES

A mediados del siglo pasado, la figura de John Brown resurgió en los Estados Unidos como un con- trargumento al revisionismo im- pulsado por la llamada “causa per- dida” enarbolada por sociedades civiles, políticos de carrera y figuras públicas sureñas, quienes retomaban la idea de que el motor principal de la guerra civil no fue la cuestión de la esclavitud sino la

injerencia del gobierno federal en la soberanía estatal. En ese contexto, la lucha de este líder armado sirvió como un poderoso recordatorio de que aquella institución –como los redactores de *La Sociedad* puntualmente previnieron– sí fue la piedra angular del conflicto.

En lo que aquí concierne, John Brown sirve como una invitación a reflexionar la estrecha relación entre la guerra de secesión, la guerra de reforma y el segundo impe- rio. Lo observado en párrafos anteriores permitió demos- trar que los acontecimientos internacionales formaron parte de las herramientas discursivas que impresos como *La Sociedad* o *El pájaro verde* emplearon para legitimar sus propios posicionamientos políticos. Así, la figura de aquel abolicionista les sirvió tanto para criticar las contradiccio- nes del sistema liberal, como para denunciar cualquier tipo de negociación con una nación que consideraban funda- mentalmente antagonica a la identidad mexicana.

Por otro lado, en lo argumentado se confirma una tendencia que debe perma- necer siempre presente cuando se hace una aproximación al discurso enar- bolado por la prensa y esa es que este se encuentra en un proceso de perpetua adaptación. Para este caso, señalar el contraste entre lo expresado entre 1859 y 1863 revela que las nuevas realidades de su panorama político forzaron a los autores a adaptar su narrativa; po- dían seguir oponiéndose a la esclavitud, al tiempo que buscaban alianzas con una confederación que nació con la evidente intención de mantenerle vigente. Resta a cada cual reflexionar qué tan convincente fue su esfuerzo.



PARA SABER MÁS

DELGADILLO NÚÑEZ, JORGE E., “La esclavitud, la abolición y los afro- descendientes: memoria histórica y construcción de identidades en la prensa mexicana, 1840-1860”, *Historia Mexicana*, 2019, en <https://cutt.ly/1tTnTqkQ>

ORTIZ DÁVILA, JUAN PABLO, “Visi- ones desde la prensa: las relacio- nes entre los conservadores y los confederados durante el Segundo Imperio, 1863-1866”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporá- nea de México*, 2016, en <https://cutt.ly/mtTnRlhT>

“Incipit Tragoedia: El discurso conservador en torno a la guerra de tres años. Sus funda- mentos, desarrollo y expresión, 1855-1860”, tesis doctoral, México, Instituto Mora, 2010, en <https://cutt.ly/5tTnEVYt>

SUÁREZ ARGÜELLO, ANA ROSA, “Contra el execrable e ignominioso Tratado McLane-Ocampo. La reac- ción conservadora frente a las rela- ciones entre Estados Unidos y el gobierno liberal”, *Historia Mexicana*, 2023, en <https://cutt.ly/7tTnWngO>

PANI, ÉRIKA, *Para mexicanizar el segundo Imperio. El imaginario polí- tico de los imperialistas*, COLMEX/ Instituto Mora, México, 2001, en <https://cutt.ly/lfTnEpmY>

ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO

INSTITUTO MORA

Un plan ambicioso para *Sonora*

A mediados del siglo XIX, el noroeste del país estaba en la mira del expansionismo imperial estadounidense. Napoleón III se propuso frenarlo. Francia recibió el proyecto de un exsenador californiano para hacer un desarrollo económico basado en la explotación mineral. Las desconfianzas razonables primaban sobre un interés poco genuino para México.



i
 George Henry, *Sonora, enero de 1852*, litografía, 1852 [coloreada digitalmente]. David Rumsey.

15



La historia del segundo imperio mexicano está llena de proyectos ambiciosos, grandes ilusiones y realidades imposibles. Entre esas iniciativas destaca el plan del exsenador estadounidense William M. Gwin, quien entre 1864 y 1865 imaginó transformar el noroeste de México –principalmente Sonora y Chihuahua– en un gran centro de colonización y minería. Aunque el proyecto nunca se realizó, revela mucho sobre las tensiones internacionales de la época, la fragilidad del gobierno de Maximiliano y la forma en que los intereses extranjeros veían a México como un territorio a disputar.

Para entender este plan debemos retroceder unos años. Después de la independencia, la frontera con Estados Unidos se convirtió en una fuente constante de tensiones. La expansión de ese país no se detuvo con Texas, Nuevo México, California y la Mesilla.

El noroeste de México –Sonora, Chihuahua, Sinaloa y Baja California– se veía desde Washington y desde California como una región natural para la expansión. Su riqueza en oro y plata, sus recursos agrícolas y su posición geográfica despertaban la codicia. Además, su población era escasa en comparación con la aparente inmensidad del territorio, lo que hacía pensar que tarde o temprano caería bajo influencia extranjera y es que México apenas podía defender sus fronteras. Las incursiones de los apaches devastaban el territorio y la comunicación con la capital era lenta y difícil.

Preocupado por el creciente poderío de Estados Unidos, al intervenir en México en 1861, Napoleón III se propuso erigir, en el noroeste, un baluarte capaz de detener la inminente expansión norteamericana. El momento era favorable: ocupado en la guerra de secesión, aquel país no trataría de hacer respetar la Doctrina Monroe. Desde luego, tenía más objetivos: explotar las legendarias minas de Sonora, muchas abandonadas y sin denunciar y llenar con sus metales preciosos las arcas de su nación;

abastecer a la industria textil francesa con el algodón que se podría producir; llevar colonos europeos industriosos, de preferencia latinos y católicos, que desarrollarían la región, la defenderían con energía y evitarían que fuese absorbido por sus poderosos vecinos del norte.

De modo que el 27 de febrero de 1864 la Regencia establecida por el ejército de ocupación tuvo que firmar un tratado por el que entregaba a Francia el dominio económico y militar de la región: durante los 15 años siguientes, sus representantes podrían explotar las minas no denunciadas o no trabajadas de Sonora, vigilarlas militarmente y dar concesiones a compañías particulares. México obtendría, cuando menos, el diez por ciento de los beneficios mineros y que lo abonaría al pago de los gastos de guerra.

Fue en este momento cuando William M. Gwin, exsenador de California, se ofreció como el hombre ideal para dirigir la empresa.

¿QUIÉN ERA WILLIAM M. GWIN?

Nacido en 1805, Gwin era un político con una vida marcada por la ambición. Había sido senador por California y defendía con entusiasmo la expansión territorial de su país. Sureño por origen y propietario de esclavos en Mississippi, también tenía intereses en California, lo que lo colocaba entre dos mundos: el sur esclavista y la Unión. No obstante, con la Guerra de Secesión, su situación económica se deterioró. Sus plantaciones fueron arrasadas y se vio obligado a buscar nuevas oportunidades. Se trasladó a Francia en 1863, donde concibió la idea de aprovechar el proyecto imperial en México para reconstruir su fortuna y proyectarse como líder de un gran plan colonizador. Se entrevistó con Napoleón III, gracias a la mediación del marqués Charles de Montholon, recién nombrado ministro en México, y del duque Charles de Morny, medio hermano del emperador, ministro y presidente del Cuerpo Legislativo, quien le ofreció apoyo económico para trabajar las minas, construir ferrocarriles e inaugurar líneas

ii

Eduardo Pingret, *El general comandante C. T. de Montholon*, óleo sobre tela, ca. 1840. Museo del ejército, París, Francia. Wikimedia commons.

iii

Retrato de William McKendree Gwin, fotografía, ca. 1860. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

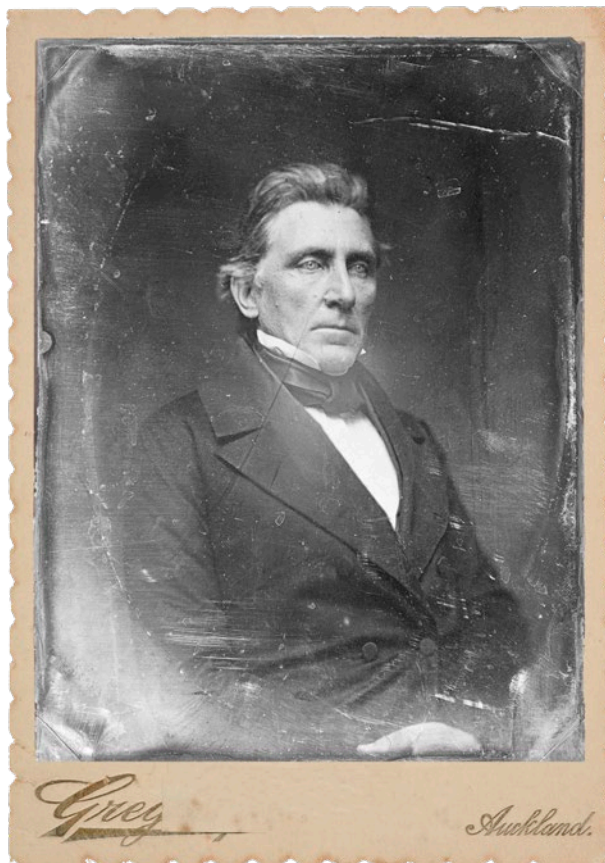


de vapores. El emperador se interesó por sus propuestas y lo instó a elaborar un plan más formal, mismo que, junto con unas notas explicativas, presentó a su gobierno en el mes de marzo de 1864, con el ambicioso título de “Plan de Colonización de Sonora y Chihuahua”.

Sus puntos principales eran los siguientes: la creación del Departamento Minero del Norte de México, que abarcaría parte de Sonora y Chihuahua, y sería administrado por un Director en Jefe de Colonización y Minas, apoyado con un consejo técnico. Una guarnición de mil jinetes y una batería de artillería del ejército francés para mantener el orden entre los colonos, para controlar a los audaces que nunca faltaban en la colonización de las regiones ricas en minas y, además, para trabajar en las minas durante periodos alternados. Todas las tierras laborables y sin dueño se abrirían a la colonización. Se ofrecerían 160 acres a cada inmigrante que las ocupara y cultivase durante dos años y que debía jurar lealtad al imperio mexicano. Las minas no ocupadas y trabajadas en la fecha del decreto serían entregadas al primero que las denunciara y que, a cambio, pagaría en lingotes un impuesto del seis por ciento de la producción total de oro y plata.

Gwin proponía invitar a colonos de los distritos mineros de su país y de la Columbia Británica, que serían los pioneros de una gran inmigración procedente de Canadá, Francia, Alemania, España y América del Sur, atraída por la riqueza de las minas, la facilidad de acceso y la rapidez con que podrían disponer de provisiones, maquinaria minera y cuanto necesitaran. Aseguraba que el noroeste de México llegaría a estar habitados por “una población robusta y vigorosa” que no sólo desarrollaría los recursos naturales, sino decuplicaría el precio de sus propiedades, amén de que daría fin a la hostilidad de los indios que azotaban la región.

Las ventajas comerciales y financieras también serían enormes. El tesoro imperial recaudaría los derechos mineros y aduanales, que serían la base para negociar un empréstito con el cual pagar lo que se debía a Francia y consolidar la deuda en términos favorables.



William M. Gwin se trasladó a Francia en 1863, donde concibió la idea de aprovechar el proyecto imperial en México para reconstruir su fortuna y proyectarse como líder de un gran plan colonizador.

Desde un punto de vista estratégico, se protegería el territorio “más débil, más expuesto y con probabilidades de ser asaltado” y se constituiría una barrera inexpugnable contra cualquier agresión.

Por último, el exsenador de California insistía en la urgencia de la colonización. En cuanto terminara la guerra de secesión, miles de soldados licenciados se dejarían caer y México perdería el territorio para siempre. En cam-

bio, comprometidos con el imperio, los inmigrantes lo defenderían de los indios, de los ataques de otras naciones y de los invasores de los ejércitos cesantes.

REACCIONES EN MÉXICO Y EN FRANCIA

Napoleón III vio la propuesta con buenos ojos. Representaba ingresos seguros y una forma de justificar la intervención en México. De ahí que la aprobara como una política que tendría que seguir el emperador Maximiliano. Se nombró a Gwin director del proyecto, pues se le consideró capaz de persuadir a sus partidarios en California para que viajasen al noroeste de México.

Gwin afirmaba que el noroeste podía transformarse aún en “una de las regiones más ricas y prósperas” del mundo y sólo los inmigrantes estarían dispuestos a empeñarse en ello.

Para el exsenador, esta aprobación significó la posibilidad de reconstruir su fortuna personal, explotar las minas por denunciar y poner los cimientos de un gran imperio comercial. Soñaba con un ferrocarril que comunicase Mazatlán con la desembocadura del río Bravo y que conectara con las vías férreas texanas. De esta manera, se obtendría el monopolio del tránsito comercial de China, Japón y las Indias Orientales con América del Norte, América del Sur y Europa. No pretendía anexionar a Estados Unidos el departamento que iba a formarse, sino que siguiera siendo parte del imperio mexicano.

Sin embargo, su plan era irrealizable: partía de supuestos no comprobados, mencionaba pocos obstáculos, sugería soluciones simplistas y proponía objetivos ambiciosos y difíciles de lle-

var a cabo. Implicaba, además, riesgos considerables. Los antecedentes de Gwin no lo acreditaban como un jefe adecuado para dirigir el poblamiento y explotación del noroeste de México. La presencia de un ejército francés en Sonora y Chihuahua podía terminar en una guerra con Estados Unidos. La colonización del territorio con inmigrantes procedentes de este país abría la puerta a una repetición de la historia de Texas.

Por su parte, Maximiliano sintió, desde un principio, gran desconfianza hacia Gwin. Temía que la aceptación de sus propuestas equivaliera a la pérdida de una región de su imperio. Para no enemistarse con Napoleón III aparentó aprobar el “Plan de Colonización”, pero se negó a otorgar a Francia el derecho de explotación de las minas sonorenses no denunciadas o no trabajadas. Acosado por presiones externas e internas, y deseoso de librarse de la responsabilidad mexicana, su colega francés tuvo que resignarse. Se propuso insistir cuando el austriaco necesitara dinero para pagar sus deudas.

Gwin trató de ejecutar su plan en cuanto llegó a México. Pero le resultó imposible. El emperador y sus ministros lo evitaban. Finalmente, cuando el enviado francés, el marqués Charles de Montholon, que respaldaba a Gwin, lo amenazó con conquistar Sonora de cualquier manera, Maximiliano encontró un pretexto para no discutir el asunto. Lo acusó de actuar más allá de sus instrucciones y declaró que, en adelante, sólo trataría al respecto con el emperador de Francia. Sin embargo, no tenía la menor intención de hacerlo.

EL FRACASO DEL PROYECTO

Preocupado por la falta de progreso, Gwin viajó a París a fin de reanimar el interés de Napoleón III. Lo consiguió y, a su solicitud, elaboró otro plan. Entre tanto, para sustituir al recién fallecido duque de Morny, se asoció con tres compatriotas: dos militares y un periodista, quienes se encargaron de ofrecer al público concesiones mineras y ferrocarrileras.



En el plan que presentó al emperador indicó de nuevo las ventajas que México y Francia obtendrían de la colonización del noroeste, los problemas que se presentarían y las soluciones adecuadas para alcanzar el éxito. Manifestó su deseo de regresar, si bien puntualizó que no lo haría a menos que tropas francesas ocuparan la región y apoyasen la empresa. Afirmó que si Maximiliano consentía en su proyecto y en aplicar los ingresos de minas y aduanas locales al pago de los intereses y, si se podía, del capital de la deuda imperial, se solucionarían los problemas económicos más urgentes.

El exsenador aseguró que Juárez contaba con un gran ejército y en Sonora haría un último esfuerzo por recuperar el país. Pero aclaraba no era de temer, pues las tropas intervencionistas podían derrotarlo y obligarlo a buscar refugio en Estados Unidos. Reconocía que el gobierno francés tendría que decidir entonces si retirar o dejar a sus soldados en Sonora. La retirada sería un error: los sonorenses, solos, serían incapaces de defender el territorio contra los enemigos del imperio y de someter a los indios hostiles. Por otra parte, mantener un ejército en un lugar prácticamente deshabitado, sin cultivos, lejos de una base desde la cual se pudiera abastecer, representaría una enorme inversión.

iv

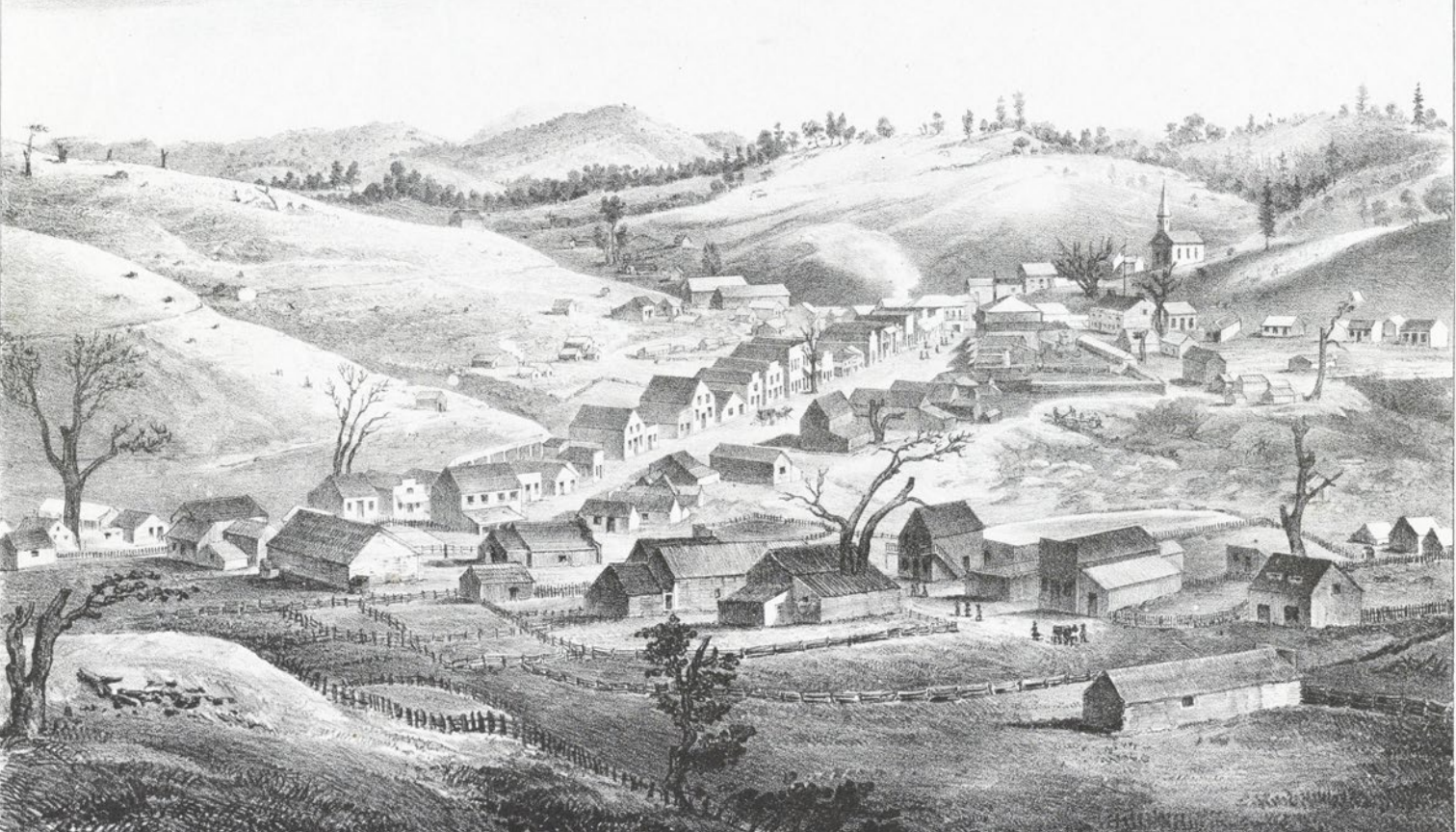
George Henry, *Sonora*, enero 1853, litografía, 1853. Biblioteca EUA.

20 Sin embargo, Gwin insistió en que su plan de colonización superaría todos esos obstáculos. Atraídos por concesiones y privilegios, el capital y la mano de obra de otros países pondrían a trabajar y producir las tierras agrícolas y las minas desocupadas. Se conseguiría así un rápido poblamiento de la región, que pronto podría defenderse de las devastaciones indígenas y de las invasiones de fuera y, en consecuencia, prescindir poco a poco de las tropas francesas. A los inmigrantes se les exigiría el único requisito de ser leales al gobierno imperial, al que deberían apoyar en caso de guerra civil o extranjera.

Aunque lamentaba que su primer proyecto de colonización no se hubiera llevado a cabo, Gwin afirmaba que el noroeste podía transformarse aún en "una de las regiones más ricas y prósperas" del mundo y sólo los inmigrantes estarían dispuestos a empeñarse en ello. Contaba para la colonización con los sureños, con sus partidarios de California y con los miles de enemigos del gobierno de Abraham Lincoln hostilizados por sus simpatizantes en los estados de la Unión. Todos deseaban establecerse en el norte de México y desarrollar sus recursos, fortalecer el poder del imperio y defenderlo de las revoluciones y los ataques del exterior. Obedecerían las leyes si estas los protegían y nada más exigirían del gobierno de Maximiliano estabilidad y protección para sus propieda-

des. Por lo demás, descartaba la idea de que la inmigración fuese un riesgo, que pudiera provocar el enojo del gobierno estadounidense o de cualquier otro o que la convivencia de razas diferentes en un mismo territorio condujese a un conflicto. Su conclusión resultaba evidente: sólo con el capital y la mano de obra de otros países podría prosperar la región de su interés, el imperio mexicano dejaría de depender de la ayuda extranjera y, por tanto, las tropas francesas podrían retirarse sin ponerla en peligro.

Inquieto por el mal estado de las cosas en México e impresionado por el optimismo del exsenador de California, Napoleón aprobó el nuevo plan y le pidió retornar. Mas, para no comprometerse demasiado, escribió al mariscal Achiles Bazaine, al mando de las tropas expedicionarias, dejando para él y Maximiliano la decisión final sobre la empresa. Gwin creyó, equivocadamente, que en la carta ordenaba que se le diese respaldo militar y emprendió el regreso a principios de mayo de 1865. En La Habana, se enteró de la rendición del sur el 9 de abril. La noticia lo sorprendió desagradablemente. Era claro que Washington podría exigir a Napoleón III la retirada de sus tropas y que sus planes no se llevarían a cabo si éste accedía. Empero, procuró no desanimarse. Entonces, más que nunca, estaba seguro de que la adopción de sus ideas constituía la salvación del imperio mexicano.



Aunque no lo creía indispensable, el exsenador deseaba el apoyo de Maximiliano, ya que así facilitaría el desarrollo de sus planes. Sin embargo, el emperador estaba fuera de la capital y habían de pasar algunos días antes de que regresara. No contaba más que con la ayuda de Bazaine, pues su amigo Montholon había sido trasladado a Washington y el nuevo ministro, Alphonse Dano, mostraba escepticismo ante sus planes. Pero el jefe militar, quien no se preocupó por explicarle que Napoleón III había puesto su futuro en sus manos, no tenía la menor intención de colaborar con él.

Por más que no lo consideraba importante, el principal obstáculo con que tropezó Gwin fue la oposición de Maximiliano. Este, libre de la presión de su colega de Francia, no deseaba enemistarse con Estados Unidos ni tampoco contrariar la actitud nacionalista de la prensa y la opinión pública, indignadas por lo que creían una amenaza a la integridad e independencia de México. Por ello rechazó, definitivamente, los proyectos de colonización del noroeste y autorizó la declaración, en el periódico oficial, de que su gobierno no tenía la menor relación con él y sus planes. Gwin quiso protestar y reivindicar su nombre públicamente. No pudo hacer nada. Bazaine, a quien Maximiliano aseguró que regresaría a Europa si el ejército francés apoyaba la aventura sonorense, se negó a intervenir. Por su parte, Napoleón III no respondió a la demanda de ayuda que le envió casi de inmediato. Y es que en Francia el asunto había suscitado comentarios muy desfavorables entre el público, la prensa y los diputados liberales del Cuerpo Legislativo. Estas críticas y, sobre todo, el fin de la guerra de secesión lo determinaron a suspender su apoyo a los sueños para Sonora.

v

Britton & Rey, *Sonora desde el norte*, litografía, 1853. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

vi

Julian Vannerson, *William M. Gwin*, grabado, ca. 1859. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.



Maximiliano no deseaba enemistarse con Estados Unidos ni tampoco contrariar la actitud nacionalista de la prensa y la opinión pública, indignadas por lo que creían una amenaza a la integridad e independencia de México.

Para mediados de 1865, el proyecto estaba muerto. Gwin partió hacia Matamoros con escolta francesa, cruzó el río Bravo y terminó encarcelado en Fort Jackson, cerca de Nueva Orleans, bajo sospecha de deslealtad. Permaneció preso siete meses.

En sus memorias, escritas en la década de 1870, reconoció que siempre había esperado que su colonia no permaneciera mucho tiempo bajo control francés. Incluso afirmó que, de haber vencido el Sur, California se habría separado de la Unión y los territorios del norte de México se le habrían sumado.

Maximiliano, a fin de cuentas, tuvo razón para desconfiar.

PARA SABER MÁS

SHIELDS, JAMES C., "Sonora y los franceses", *Revista de Historia de América*, 1958, en <https://cutt.ly/bfTbj5rO>

SUÁREZ ARGÜELLO, ANA ROSA, *Un duque norteamericano para Sonora*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Direc-

ción General de Publicaciones, 1990.

TAYLOR, LAWRENCE DOUGLAS, "La fiebre del oro en Sonora du-

rante la década de 1850 y sus repercusiones diplomáticas con Estados Unidos", *Región y Sociedad*, 1996, en <https://cutt.ly/3fTbkOIR>

EMILIANO CANTO MAYÉN

CIHS-UACAM

22



La opulencia culinaria en la mesa de *Maximiliano y Carlota*

El poder se nutre de símbolos y los platos compartidos han sido una manifestación acentuada durante siglos. El emperador de México y su esposa lo expusieron para recibir a diplomáticos, militares, obispos o artistas, fuesen mexicanos o extranjeros. De la sopa de tortuga al filete de lenguado, el cognac y el vino de Burdeos, todo pasaba por platillos europeos con ingredientes nacionales, en viajes a Guanajuato y Mérida o como anfitriones en Palacio Nacional.

A DAVID OLVERA A.

Pocos temas son tan atractivos como el arte culinario y las galas durante aquellas épocas que destacan por su abundancia y lujo en banquetes y festines. Mucho se ha escrito sobre las estrategias con las que Maximiliano y Carlota intentaron granjearse la simpatía de los mexicanos y persuadirlos de las ventajas de la monarquía. Los emperadores introdujeron un ceremonial inédito en un país que siempre ha amado las solemnidades: instauraron condecoraciones, organizaron giras oficiales por el interior del territorio, regalaron sus retratos fotográficos con sus autógrafos y promovieron periódicos oficiales con una retórica entusiasta, inteligente y refinada (que, por cierto, pocos leyeron).

Sin embargo, la estrategia más sustanciosa se sirvió en la mesa de palacio. En torno a sus banquetes departieron las figuras más influyentes de la Iglesia, el ejército y el gobierno. Aristócratas, artistas y ministros de distintas nacionalidades fueron convocados a partir el pan con sus majestades y, en la sobremesa –entre postres y digestivos–, resonaron el alemán, el francés y el portugués, aderezados con rabiosos mexicanismos y el enfático maya yucateco.

Así ocurrió, el 28 de enero de 1865, cuando se ofreció un almuerzo a una comisión de dirigentes mayas. En otras ocasiones solemnes, Maximiliano convidó a sus allegados a comilonas de gala y, en veladas más íntimas, extendió la invitación a los colaboradores que gozaban de su simpatía y aprecio. Esto último lo tomó muy en serio: cuando se enteró de que la esposa de su consejero de Estado, Manuel Orozco y Berra, no asistía a las veladas ni

comidas en palacio por carecer de un atuendo adecuado, destinó a su funcionario cierta suma para remediar el contratiempo.

Dama de inteligencia pragmática, doña Agustina Priego Marroquín agradeció el gesto, pero destinó el dinero a vestir a todos sus hijos antes que emplearlo en beneficio propio.

NOBLEZA OBLIGA

Los mexicanos correspondieron con creces a los festines ofrecidos por Maximiliano y Carlota ya que, con gran fasto, particulares y corporaciones (especialmente los cabildos) organizaron agasajos en honor a los soberanos. Así ocurrió en Guanajuato la noche del 23 de septiembre de 1864. En aquella ocasión se sirvió una cena de gala cuyos platillos se presentaron en francés con el título « Menu du dîner servi à Sa Majesté l'Empereur ».

En aquel entonces Maximiliano regresaba de conmemorar, en Dolores Hidalgo, el Grito de Independencia y, para fortuna nuestra, esa misma tarde, después de cumplir con los actos oficiales, el emperador escribió a Carlota, advirtiéndole que sólo le iba a mandar “unas cuantas líneas, pues ya es hora de una gran cena”.

Aquella noche se sirvió sopa de tortuga, el plato fuerte fue maridado con vino de Madeira y, entre los postres, figuraron jaleas de Morelia y turrónes de Saltillo.

Aquella noche se sirvió sopa de tortuga; el plato fuerte fue maridado con vino de Madeira y, entre los postres, figuraron jaleas de Morelia y turrone de Saltillo.

24

**CENA SERVIDA A MAXIMILIANO EN GUANAJUATO,
EL 23 DE SEPTIEMBRE DE 1864.**

SOPAS

Sopa de tortuga

Sopa a la duquesa

(VINOS: JEREZ O LAMBRUSCO)

PLATOS FUERTES

Gratín de gelatina

Jamón glaseado

Cabeza de ternera en salsa de tortuga

Pato artificial a la tártara

(VINO: MADEIRA)

ENTRADAS LIGERAS

Chuletas con salsa

Pollo estilo "cupidine" con tomate

(VINO: CHÂTEAU LARMANDE)

ENTRADAS PRINCIPALES

Canelones con aceitunas

Sardinas con col estilo jardinera

Volován a la financiera

Suprema con champiñones

Compota de pichones

Salteado de liebre

Filete estilo Godard

Mayonesa de salmón

(VINOS: BURDEOS PANILLAC
O SAUTERNES)

VERDURAS

Alcachofas y chícharos con jamón

Salsífi

Asados

Pavo

Rosbif de ternera

Caza (es decir, que se asó

la presa de la cacería)

(VINO: CHAMPAGNE)

**ENTREMESES
DE SERVICIO**

Ensaladas mexicanas

Postres

Queso de Nápoles

Jalea de Morelia

Limonas

Pan de mantequilla

Turrón de Saltillo

Cuajilote

Café

Chartreuse

Cóñac viejo

ii
Emperador Maximiliano y emperatriz Carlota, tarjeta postal, [s. f.]. Tomada de <https://americanhistory.si.edu/>



Poco después, el periódico La Sociedad informó que don Marcelino Rocha ofreció al emperador un almuerzo el domingo 25 de septiembre de 1864 en su hacienda de La Presa. Al convite asistieron alrededor de ciento cuarenta personas, entre las cuales se encontraban “algunas que pocos días antes eran enemigas del imperio y que, en esta ocasión, no parecían de las menos entusiasmadas en su favor”.

En agradecimiento por la hospitalidad recibida, Maximiliano condecoró a Rocha con la cruz de Comendador de la Orden de Guadalupe. Con ello reconocía el alojamiento que don Marcelino le proporcionó “en un palacio magnífico, con todo el lujo y confort europeos”, así como los almuerzos y cenas ofrecidos en su honor.

BANQUETE EN LA CORTE

El peso que la buena comida tuvo en palacio se refleja en la cercanía que el chef húngaro Josef Tüdös cultivó con Maximiliano. Tüdös, quien acompañó al emperador tanto en los días de esplendor de la corte como más tarde en Querétaro, tuvo a su servicio un amplio equipo de cocina: cuatro cocineros, dos confiteros, seis mozos de cocina, un panadero y un inspector. De ese personal se conocen los nombres de cinco cocineros –presumiblemente europeos– que trabajaban en la corte en 1865: J. Boulleret, A. Huot, L. Masseboeu, J. Incontrera y M. Mandl.

En cuanto al protocolo para las grandes fiestas, este quedó consignado en el Reglamento para los servicios de honor y ceremonial de la corte de 1865. Cuando el emperador se proponía ofrecer un banquete, ordenaba al Gran Maestro de Ceremonias elaborar una lista de invitados, la cual debía ser aprobada previamente por el monarca.

De acuerdo con la norma, los invitados debían presentarse con uniforme de gala –en el caso de los militares– o bien con frac negro, corbata blanca y sus condecoraciones. Las damas, por su parte, debían ostentar sus medallas y vestir traje escotado acompañado de alhajas. La servidumbre debía portar una “gran librea”.

En cuanto a la hora de inicio de estos festines, el reglamento no ofrece indicaciones precisas. No obstante, consta que se trataba de reuniones vespertinas. Así ocurrió, por ejemplo, con el banquete ofrecido el 6 de julio de 1865 para conmemorar el nacimiento del emperador, que comenzó a las seis de la tarde. Durante ese ágape, el Gran Mariscal de la Corte y ministro de la Casa Imperial pronunció, “en el momento oportuno”, un brindis alusivo a la festividad.

En la mesa del Palacio Imperial –hoy Palacio Nacional– y en el castillo de Miravalle, mejor conocido como Castillo de Chapultepec, la plata y los candelabros procedían de la casa Christofle, mientras que la loza del emperador era de manufactura inglesa. Esta llevaba el monograma enlazado M.I.M. (*Maximilianus Imperator Mexici*, coronado en dorado, así como un toisón del mismo color con águilas que adornaban las orillas del servicio).

Sobre los platillos servidos en estas solemnidades, se conserva el menú ofrecido el 19 de julio de 1865 en honor del vizconde de Sotomayor, enviado por el rey de Portugal para abrir relaciones diplomáticas entre ambos países.

La recepción del ministro fue publicada en el Diario del Imperio. El chambelán Javier Cervantes acudió a recogerlo en coche de corte, tirado por cuatro caballos y precedido por un picador. El diplomático fue recibido al pie de la escalera principal por el gran maestro de ceremonias, quien lo condujo a la sala de Iturbide. Ante el emperador se intercambiaron los discursos de rigor y, concluida la ceremonia, el vizconde pasó a entregarle a la emperatriz las insignias de la Orden de Santa Isabel, enviadas expresamente por la reina de Portugal. Horas más tarde, a las seis y media, se sirvió el banquete, en el que destacaron las alcachofas a la portuguesa, el budín de Berlín y el pastel de codorniz a la Buenavista.

Banquete servido en el Palacio Imperial el 19 de julio de 1865, en honor del excelentísimo señor vizconde de Sotomayor, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de su majestad el rey de Portugal.

iii

Gran Sello del Imperio Mexicano, con el que se certificaba la firma de Maximiliano en los documentos de Estado, como tratados internacionales con otras potencias.

iv

Carlota y Maximiliano, retrato, 1857 [coloreada digitalmente]. Wikimedia commons.



Sopa de quenellas
 Pechugas de aves
 Filete de lenguados a la holandesa
 Filetes a la italiana
 Cartuja de codornices a la Bagration
 Costillas de cordero con espárragos
 Timbal a la moderna
 Estómagos de aves a la Périgeux
 Pastel de codorniz a la Buenavista
 Espárragos con salsa
 Alcachofas a la portuguesa
 Pavos trufados
 Filete a la inglesa
 Ensalada
 Budín de Berlín
 Pasteles de perones
 Crema de vainilla y chocolate
 Conserva de todas frutas
 Queso y mantequilla
 Helado de durazno
 Fruta y postres

COCINEROS:

J. BOULERET, A. HUOT, L. MASSEBOEU,
 J. INCONTRERA Y M. MANDL.

En las cenas ofrecidas a Carlota en Mérida humearon las chuletas de cordero con tomate, el pavo asado –servido todas las noches–, las morcillas a la Richelieu, los helados “a la rusa”.

27

TRES CENAS YUCATECAS

A fines de 1865 Carlota emprendió una gira a los confines del imperio. Este viaje a la península de Yucatán ha pasado a la historia como la primera visita de un mandatario por esas latitudes que, por aquel entonces, se consideraban sinónimo de fiebre amarilla y de guerra contra los mayas.

En aquella ocasión, los banquetes ofrecidos a la emperatriz aspiraron a ser memorables. Para lograrlo, se importó hielo con el fin de preparar artesanalmente helados de vainilla y de naranja. Así mientras los invitados disfrutaban de la mesa, algún dependiente debió girar un recipiente metálico dentro de una cubeta de madera llena de hielo y sal, hasta conseguir a tiempo el llamado helado “a la rusa”.

El viaje de Carlota fue un éxito ya que se volvió un episodio inolvidable para cualquier peninsular de cepa. Al menos así lo fue para el campechano José Morales quien ya anciano evocaba en los primeros años del siglo xx cómo la emperatriz le propinó (literalmente) un reloj por haberle servido a la mesa durante su visita al puerto amurallado. Por su parte, el recalcitrante escritor republicano Eligio Ancona consignó que, tras rechazar cargos y honores del gobierno monárquico, fuera invitado a la mesa de la

emperatriz; lo que no dejó claro –y eso que don Eligio solía ser tajante cuando se lo proponía– fue si aceptó o no la invitación.

Por fortuna, se conocen tres menús de cenas que se prepararon con motivo de la visita de la emperatriz a Mérida. El testimonio escrito de estas cenas constituye una rareza por varios motivos: en primer lugar, son poco conocidas en el resto de la república; en segundo, fueron fechadas en días en que la emperatriz aún no había llegado a Mérida, lo que hace pensar que, por alguna razón, los eventos se reagendaron, como todavía ocurre en las giras políticas contemporáneas.

En las cenas ofrecidas a Carlota en Mérida humearon las chuletas de cordero con tomate, el pavo asado –servido todas las noches–, las morcillas a la Richelieu, tres tipos diferentes de helados, el flan napolitano y el infaltable “queso de Holanda”, presente en la gastronomía yucateca hasta el día de hoy. Este último ingrediente, inconfundible por su redondez y por la

cubierta de cera roja que le envuelve, se anunciaba en Mérida al menos desde 1832, cuando se avisaba que en la tienda de Juan Manuel Ávila se vendían “calaveras de queso, mantequilla y aceitunas buenas, pasas, hijos, ciruelas-pasas, nueces, avellanas, almendras frescas, frascitos de alcaparrras, azafrán superior” y, por supuesto, vino tinto.



Estas reuniones congregaron a sectores y personajes estratégicos con el propósito de suavizar los antagonismos políticos e integrar al mayor número posible de simpatizantes.

28

**CENAS SERVIDAS A LA EMPERATRIZ CARLOTA,
EN MÉRIDA, EN NOVIEMBRE DE 1865.**

**CENA DEL
10 DE NOVIEMBRE**

Consomé con tapioca
Chuletas de cordero con tomate
Pieza de res a la flamande
Volován de ave a la financière
Nuez de ternera guarnecida
con oseille
Suprema de ave a la Toulouse
Judías verdes maître d'hôtel
Pavo asado
Ensalada
Gelatina al ponche
Compota de ciruelas mirabelles
Queso
Helado de naranja
Postre

**CENA DEL
19 DE NOVIEMBRE**

Sopa con pastas de Italia
Ostras
Chuletas de cordero
con chícharos
Filetes de barbo a la holandesa
Sardella al Périgord
Carbonadas a la macedonia
Espinacas salteadas
Pavo asado
Ensalada
Helado a la rusa
Compota de piña
Helado de vainilla

**CENA DEL
21 DE NOVIEMBRE**

Sopa de ravioles a la genovesa
Pollos a la Reina a la borgoñona
Morcillas a la Richelieu
Ensalada de pepinos
Goujonettes a la bávara
Queso de Holanda



Por su parte, la emperatriz fue algo injusta con el sazón yucateco. Aunque le llamó la atención que en las haciendas las “salas para los desayunos y para las cenas” estuvieran amuebladas “imperialmente”, el 8 de diciembre de 1865 escribió a Maximiliano que “en ningún otro lugar hay tan poca comida disfrutable como aquí”. Peor aún, la princesa belga anotó que todos los platillos regionales le recordaban “al negro potaje de los espartanos”.

▼ *Entrada a la ciudad de México, el 12 de junio, de sus majestades el emperador Maximiliano y la emperatriz, litografía en Le Monde Illustré, 30 de julio de 1864, p. 72. Biblioteca Nacional de Francia, Gallica.*

COMENTARIOS FINALES

Después de esta ojeada, conviene subrayar que la riqueza y la opulencia desplegadas en la mesa imperial buscaban persuadir a los comensales de que la abundancia y la prosperidad que rodeaban a los emperadores constituían una

de diversas regiones, trabajando con recetas europeas e ingredientes nacionales, dio lugar a una combinación excepcional para el paladar.

En cuanto al ambiente social y cultural que rodeó a estos festines imperiales, estas reuniones congregaron a sectores y personajes estratégicos con el propósito de sua-

29



prueba de la fortaleza del régimen y, al mismo tiempo, una promesa de bienestar para el país.

Asimismo, tanto en la cocina como en el servicio de mesa, la concurrencia de austríacos, belgas, húngaros, franceses y portugueses, junto a mexicanos provenientes

vizar los antagonismos políticos e integrar al mayor número posible de simpatizantes en torno a la mesa del emperador. Por ello, aunque en términos políticos el imperio fue un gobierno efímero, hasta hoy permanece sin duda como un ingrediente esencial de nuestra cultura.

PARA SABER MÁS

ORTIZ, ORLANDO, *Diré adiós a los señores. Vida cotidiana en la época de Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 2020.

PANI, ERIKA, "El proyecto de Estado de Maximiliano a través de la vida cortesana y del ceremonial público", *Historia Mexicana*, 1995, en <https://cutt.ly/vtFtVzXp>

RATZ, CONRAD, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 2003.

ROMERO DE TERREROS, MANUEL (editor), *La corte de Maximiliano*, México, Polis, 1938.

JOSÉ FERNANDO MADRID QUEZADA
INSTITUTO MORA

La ciudad de México se viste de verde

30



El siglo XIX no sólo fue el de los tiempos de conflictos políticos en la capital del país, también el de la expansión de árboles y plantas en calles, paseos y jardines públicos. Gran parte se le debe al Jardín de Plantas de San Francisco, entre otros interesados del empresariado local, por embellecer y modernizar la ciudad.

31

Para los amantes de los árboles, la Ciudad de México ofrece una mezcla fascinante de especies. En Xochimilco persiste el ahuejote; en Chapultepec resisten los añejos ahuehuetes. Pero junto a ellos abundan laureles de la India, truenos, jacarandas, eucaliptos y ficus: árboles que no son originarios de la cuenca de México y que, sin embargo, hoy parecen inseparables del paisaje capitalino.

La presencia de estas especies no es casual. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, al mismo tiempo que se consolidaba la idea de “arbolar” la ciudad para sanearla, embellecerla y dignificarla, comenzó la introducción sistemática de especies exóticas. Si bien la capital contaba con espacios arbolados desde el periodo virreinal –la Alameda data del siglo XVI–, fue en el siglo XIX cuando la plantación en calles, paseos y jardines públicos se intensificó de manera sostenida.

Surge entonces una pregunta: ¿cómo fue posible que, en medio de guerras civiles, reformas liberales, intervenciones extranjeras y cambios de régimen, alguien se ocupara de importar araucarias o eucaliptos?

La respuesta conduce a un actor inesperado. No fue sólo el Estado, sino una red de empresarios particulares quienes impulsaron este proceso. Entre ellos destacó un establecimiento que operó desde el antiguo convento grande de San Francisco y que desempeñó un papel central en la transformación vegetal de la ciudad: el Jardín de Plantas de San Francisco.

EL JARDÍN EN EL ANTIGUO CONVENTO

El antiguo convento grande de San Francisco fue una de las instituciones religiosas más importantes del virreinato. Fundado en el siglo XVI, llegó a ocupar un vasto espacio del actual Centro Histórico, comprendido entre las hoy calles de Francisco I. Madero, Eje Central Lázaro Cárdenas, Venustiano Carranza y fray Pedro de Gante. Allí se levantaban templo, capillas, claustros, celdas y amplias huertas irrigadas por acequias. En la esquina surponiente del conjunto –donde hoy se cruzan Eje Central y

i
Debray, *Bosque de Chapultepec (1869)*, litografía a color en Casimiro Castro, *México y sus alrededores*, México, Imprenta de Debray, 1869. Biblioteca Pública de Nueva York, EUA, Colecciones digitales.

32

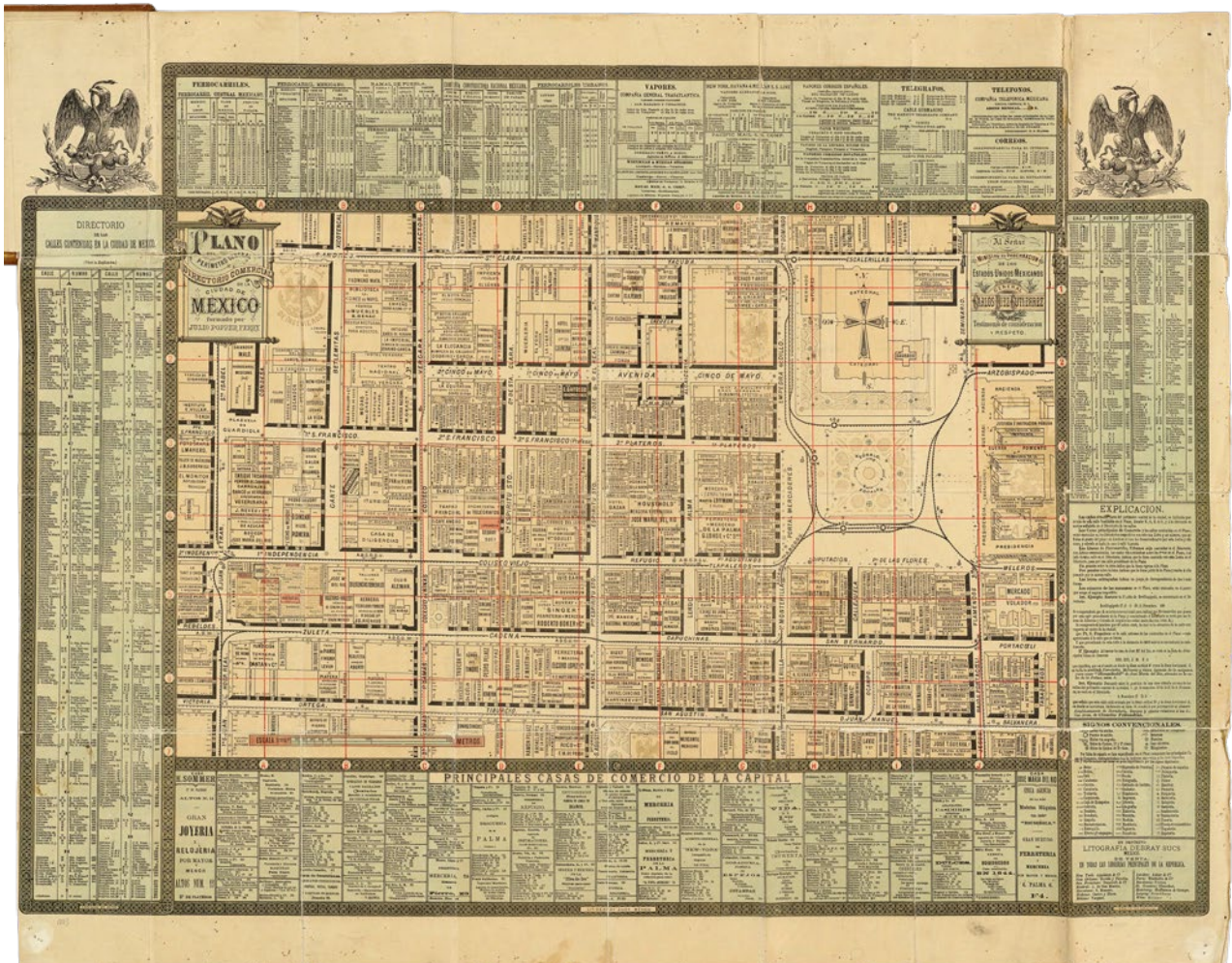
Venustiano Carranza— subsiste aún la capilla de San Antonio de Padua, integrada actualmente en la librería Juan José Arreola del Fondo de Cultura Económica. Detrás de ese edificio se extendían los jardines y huertas que en el siglo XIX serían arrendados a empresarios europeos dedicados al comercio de plantas.

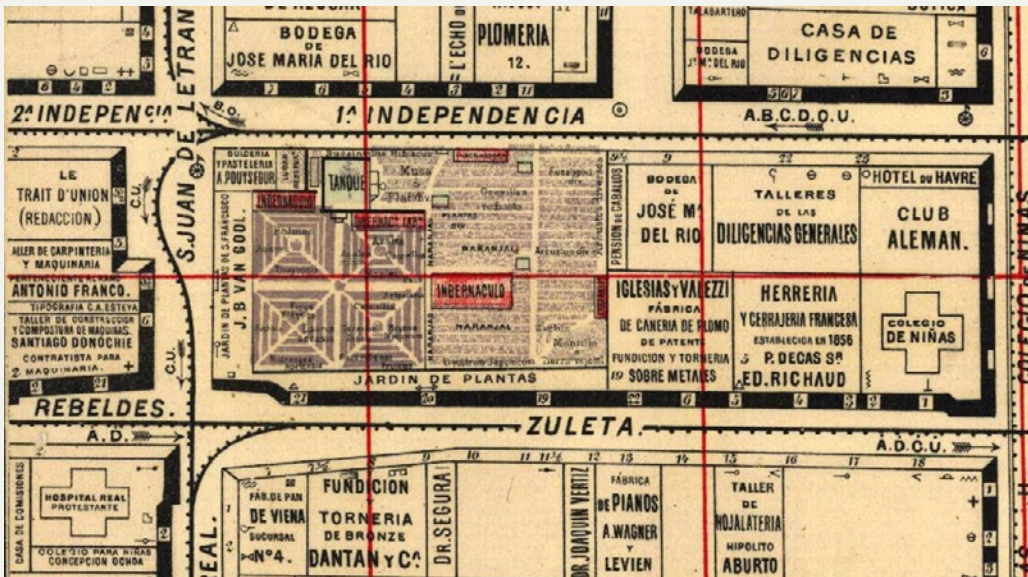
Antes incluso de la exclaustación definitiva, los frailes rentaron su huerta a horticultores inmigrados que la adaptaron como establecimiento comercial. Allí podía adquirirse una amplia variedad de árboles, flores y arbustos, así como contratar jardineros y diseñadores. Lo que había sido un espacio conventual se transformó en un punto estratégico de circulación vegetal.

El Jardín de Plantas de San Francisco fue fundado en 1832 por los señores Sandoz (suizo) y Deschamps (francés), inicialmente en el callejón de Betlemitas. En 1842 se trasladó a la huerta del antiguo convento de San Francisco bajo la dirección de Luis Kubli, también suizo. Poco des-

ii y iii

Julio Propper Ferry, *Directorio comercial de la Ciudad de México*, plano, 1883. David Rumsey.





pués pasó a manos de los hermanos Tonel – Agustín, Juan y Constancio, de origen belga– y hacia la década de 1870 se asociaron con su paisano Juan B. Van Gool, quien terminaría por dirigir y adquirir el establecimiento.

La continuidad del negocio, pese a los constantes cambios políticos del país, revela la solidez de las redes profesionales que lo sostenían. El jardín formaba parte de un circuito transatlántico de intercambio vegetal. Recibía remesas constantes desde Europa y surtía pedidos al interior de la República mediante técnicas de embalaje que aseguraban la conservación de las plantas durante trayectos prolongados. No carecieron de problemas derivados del bandidaje. Su operación era multidireccional: importaba flores, arbustos y diversas especies arbóreas, mientras exportaba plantas mexicanas hacia Europa y participaba en exposiciones industriales y florales donde obtenía medallas y reconocimiento público.

A lo largo de los años el jardín dio amplias muestras de sus alcances globales. En 1874, Juan Tonel emprendió un viaje a China y Japón con el propósito de estudiar y adquirir plantas y semillas “desconocidas entre nosotros” para aclimatarlas en México. El viaje tuvo también un componente empresarial más amplio, pues buscó atraer capitales extranjeros interesados

en la explotación del café y otros cultivos. De esta manera, el jardín buscaba trascender la mera venta de plantas para insertarse en circuitos agrícolas de mayor escala. El éxito de los hermanos Tonel les permitió establecer un cafetal y una plantación de quina cerca de Córdoba, Veracruz, ampliando así sus intereses más allá del vivero capitalino.

El Jardín de Plantas de San Francisco fue fundado en 1832 por los señores Sandoz (suizo) y Deschamps (francés), inicialmente en el callejón de Betlemitas. En 1842 se trasladó a la huerta del antiguo convento de San Francisco.

La influencia del establecimiento no se limitó al ámbito privado. Tras la Ley Lerdo de 1856, los hermanos Tonel adquirieron el terreno que arrendaban, asegurando la continuidad del negocio. Durante el segundo imperio recibieron encargos para intervenir la Alameda y el Jardín del Palacio. El gobierno acudía a estos empresarios porque eran considerados expertos en aclimatación, diseño y tendencias internacionales.

Durante la segunda mitad del siglo XIX la modernización vegetal de la ciudad fue el resultado de una colaboración –no exenta de tensiones– entre iniciativa privada y poder público.

De muy luenga existencia para un local comercial, el establecimiento persistió al menos hasta 1883, año de la muerte de su entonces dueño, Juan Bautista Van Gool.

EL JARDÍN EN UN PLANO: INFRAESTRUCTURA Y ESPECIALIZACIÓN

El *Plano del perímetro central y directorio comercial de la Ciudad de México*, producido por Julio Popper Ferry en 1883, constituye un registro minucioso de los establecimientos que operaban dentro de lo que hoy identificamos como el primer cuadro de la capital mexicana.

Entre sus múltiples aportaciones, el plano ofrece un testimonio de la existencia y confi-

guración del Jardín de Plantas de San Francisco. Gracias a este documento podemos asomarnos a su organización interna y comprender su complejidad. El jardín constituía un conjunto cuidadosamente estructurado en secciones especializadas: invernaderos (o “invernáculos”), laboratorios, tanques de agua y áreas destinadas al cultivo de especies específicas. Había zonas dedicadas a naranjos y a plantas del género *Musa* (plátanos o bananos), así como espacios concebidos para la aclimatación de especies de lejanos orígenes, como australianas o asiáticas. A través de estos trazos, el plano aporta una ventana a las especies que mejor capturaban la imaginación de los capitalinos de aquel entonces.

La infraestructura del jardín permite atisbar un conocimiento técnico avanzado en materia botánica, así como una organización empresarial sofisticada, capaz de integrar experimentación científica y operación comercial. El Jardín de Plantas de San Francisco no fue una tienda cualquiera, sino un auténtico centro de experimentación, propagación y distribución vegetal, inserto en la dinámica de una ciudad que buscaba posicionarse en los circuitos globales de la modernización y del intercambio económico.

INTERCAMBIOS

En la segunda mitad del siglo XIX, las plantas adquirieron un nuevo significado cultural. Aunado a su valor práctico y utilitario, se convirtieron en signos de distinción y modernidad. La jardinería pasó a formar parte del lenguaje del progreso. En este contexto, el Jardín de plantas San Francisco amplió de manera notable el repertorio vegetal disponible en la ciudad. Si antes predominaban los árboles en los espacios públicos, ahora flores, arbustos ornamentales y especies exóticas ganaban protagonismo. Dentro del jardín, *Grevillea robusta* (roble australiano), *Ligustrum japonicum* (trueno japonés), eucaliptos, ficus y laureles convivían con agaves y cactus locales. Desde la actualidad puede resultar tentador interpretar este proceso de in-

El Jardín de Plantas de San Francisco no fue una tienda cualquiera, sino un auténtico centro de experimentación, propagación y distribución vegetal.





roducción de flora foránea como una forma de imposición de carácter imperialista o eurocéntrico. Sin embargo, la realidad fue más compleja.

En el siglo XIX predominaba una noción de progreso asociada a la circulación global de saberes y recursos. Jardines europeos incorporaban especies americanas y asiáticas, al mismo tiempo que ciudades americanas adoptaban variedades europeas. El intercambio era, en efecto, multidireccional. Además, el jardín no operó como enclave exclusivamente extranjero. En él trabajaron numerosos jardineros mexicanos que aprendieron técnicas europeas y a su vez aportaron conocimientos locales sobre suelos, climas y manejo vegetal. La adaptación exitosa de muchas especies fue producto de esa interacción.

Ello no significa que el proceso estuviera exento de consecuencias ecológicas. La introducción de especies exóticas puede alterar ecosistemas o desplazar flora nativa. Hoy contamos con herramientas científicas para eva-

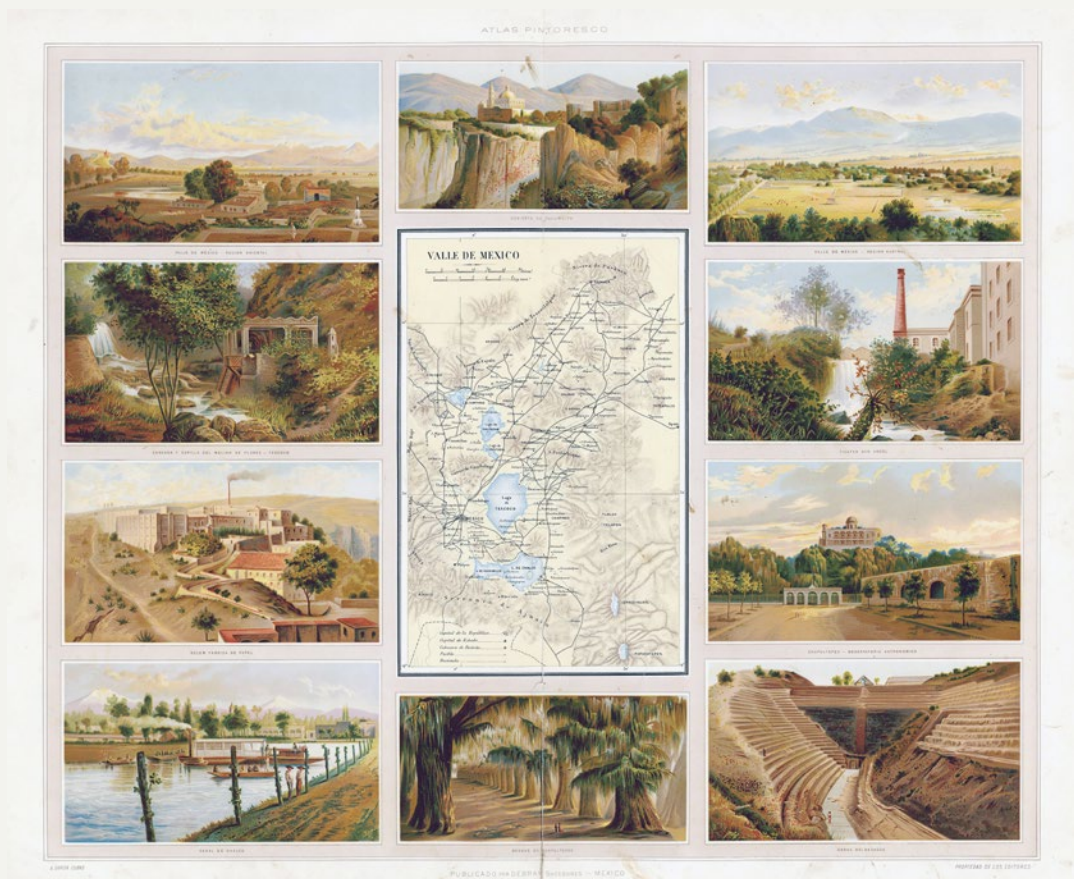
iv

Debray, *Interior de la Alameda de México* [detalle], litografía a color en Casimiro Castro, *México y sus alrededores*, México, Imprenta de Debray, 1869. Biblioteca Pública de Nueva York, EUA, Colecciones digitales.

v

Debray, *La Alameda de México, tomada en globo*, litografía a color en Casimiro Castro, *México y sus alrededores*, México, Imprenta de Debray, 1869. Biblioteca Pública de Nueva York, EUA, Colecciones digitales.

36



vi

Antonio García Cubas, *México y sus cercanías*, litografía en *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Debray Sucesores, 1885. David Rumsey.

vii

Antonio García Cubas, *México y sus cercanías*, litografía en *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Debray Sucesores, 1885. David Rumsey.

viii

Debray, *Chapultepec*, litografía a color en Casimiro Castro, *México y sus alrededores*, México, Imprenta de Debray, 1869. Biblioteca Pública de Nueva York, EUA, Colecciones digitales.



37

luar riesgos ambientales que en el siglo XIX simplemente no existían. Más que dictar una sentencia retrospectiva, resulta oportuno entender ese proceso en su contexto y preguntarnos qué puede aportarnos.

HERENCIAS VIVAS

Muchos de los árboles que hoy consideramos parte “natural” del paisaje urbano son fruto de ese momento de intensa circulación vegetal. El trueno que delimita banquetas, el eucalipto que perfuma el aire o la grevillea que florece en primavera remiten a ese siglo que apostó por transformar la ciudad a través de la vegetación.

El Jardín de Plantas de San Francisco fue uno de los agentes que hicieron posible esa transformación. Desde una antigua huerta conventual, conectó a la capital con redes globales de intercambio botánico y contribuyó a redefinir su fisonomía. Fue, pues, un laboratorio de modernización vegetal.

Hoy, cuando debatimos la introducción de nuevas especies o la recuperación de flora nativa, conviene recordar que el paisaje urbano es resultado de decisiones históricas concretas. Entender ese pasado no obliga a celebrarlo ni a condenarlo, permite repensar la construcción de nuestro espacio habitado e imaginar para él nuevos futuros. La ciudad –como sus jardines– no es estática. Se transforma con el tiempo y expresa las prioridades de cada época.

PARA SABER MÁS

CABRALES BARAJAS, LUIS FELIPE, “Paisaje evolutivo del exconvento de San Francisco de la CDMX”, *Geocalli. Cuadernos de Geografía*, vol. 25, núm. 49, 2024.

MADRID QUEZADA, JOSÉ FERNANDO, *Los árboles de la Ciudad de México durante el siglo XIX. Espacios, usos y promotores del arbolado público*, México, Instituto Mora, 2022.

Consultar la Hemeroteca Digital Nacional de México.

Consultar la Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Archivo Histórico de la Ciudad de México o en línea. Visitar los restos del antiguo convento grande de San Francisco.

MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ
INSTITUTO MORA

El agrio exilio de *Federico Gamboa* en La Habana



Hubiese preferido Estados Unidos, pero su voz filosa no se lo permitió. La obligada salida a Cuba del intelectual porfirista transitó entre el desagrado por el clima, limitaciones económicas y la imposibilidad de hallarse cómodo siendo extranjero.

La novela *Santa*, publicada en 1903, es sin duda alguna la obra que le dio gran reputación literaria a Federico Gamboa en las letras hispanoamericanas. El éxito fue tal que años después la transformaron en un melodrama inolvidable del cine mexicano; una verdadera leyenda popular. A propósito de este logro editorial, como señaló José Emilio Pacheco, se desprende un diálogo con José Rubén Romero, autor de *La vida inútil de Pito Pérez*, en donde don Federico declaró: “así como me ve de decente vivo de una mujer: de mi *Santa*”, a lo que Romero respondió: “pues yo le gano, porque vivo de mi Pito”.

Más allá de la anécdota, no todo en Gamboa fue literatura de creación, pues en distintos momentos de su vida publicó en otros géneros como en su *Mi Diario*. Mucho de mi vida y algo de la de otros (1892-1939), documento inestimable para conocer de buena tinta el devenir del régimen porfirista y los siguientes lustros desde la perspectiva de un escritor que practicó el memorialismo, a la manera del *Journal de los hermanos Jules y Edmond de Goncourt*, donde Gamboa brinda una mirada crítica sobre los acontecimientos mexicanos.

Aunque se sabe mucho de su destacada labor literaria y su quehacer en el ámbito diplomático, poco se conoce sobre los años que estuvo exiliado, primero en Estados Unidos y después en Cuba, cuando tuvo que salir de México, en 1914, en el contexto de la revolución mexicana. Por ello, con base en su *Diario*, nos acerca-

remos a ese periodo de su vida, de suerte que podremos conocer en primera persona algunas de las cosas vividas, particularmente en la capital de la isla caribeña. Lo anterior contribuye al conocimiento de una faceta poco evocada de esta controvertida figura del porfiriato, historia que sin lugar a duda puede ser compartida por muchos de sus contemporáneos que corrieron la misma suerte.

LA SALIDA AL EXILIO

El avance de las tropas constitucionalistas a la ciudad México y la renuncia de Victoriano Huerta a la presidencia provocaron que Federico Gamboa, identificado con el porfirismo y visible colaborador del gobierno huertista, tomara la decisión de salir de la ciudad de México en agosto de 1914. Alertado por varios amigos cercanos que le advirtieron del peligro que correría su vida de continuar en el país, y ante el temor de las venganzas y represalias que el gobierno carrancista podría acometer en su persona, decidió partir junto con su esposa, hijo y otros familiares hacia el puerto de Veracruz, donde se encontraría con muchas amistades y conocidos que, como él, se preparaban para huir del territorio mexicano. En su *Diario* dejaría plasmado el sentimiento de un “corazón hecho pedazos” al abandonar su casa en la ciudad

i
Retrato de Federico Gamboa [coloreado digitalmente] en Federico Gambia, *La novela mexicana*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1914. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar, Instituto Mora.

ii
William Henry Jackson, Gran Hotel Inglaterra, Habana, ca. 1900. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

iii
Victoriano Huerta y Federico Gamboa, ca. 1913. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.





iv

Luis G. Urbina Sánchez y Federico Gamboa, ca. 1912, México, inv. 653789, SINAFO. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

v

Federico Gamboa conversando con un embajador, ca. 1913, México, inv. 15966, SINAFO. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

de México, cuando de hecho empieza a escribir el capítulo del exilio.

A su arribo al puerto de Veracruz pudo corroborar “lo que de ver tenía a diario por quién sabe cuánto tiempo: ¡la invasión yanqui!”. Fue testigo de la presencia de barcos de guerra estadounidenses, de los famosos bluejackets deambulando por el muelle jarocho y de todo ese ambiente caracterizado por un intenso movimiento de personas y de vapores, en el que un gran número de familias mexicanas y extranjeras demandaban comprar un billete para abandonar el país.

Gamboa, como señaló en su Diario, hubiera preferido marcharse a España, pero dos consideraciones de peso le hicieron desistir de la idea: el alto precio de los pasajes y la creencia de que, en Estados Unidos, pese a que sus moradores le disgustaban en general, hallaría acomodo “liberalmente” retribuido, tranquilidad y eventualmente mediana fortuna. Por lo anterior, y a pocos días de cumplir un mes de “antesala” en Veracruz, Gamboa zarpó con su familia hacia Texas.

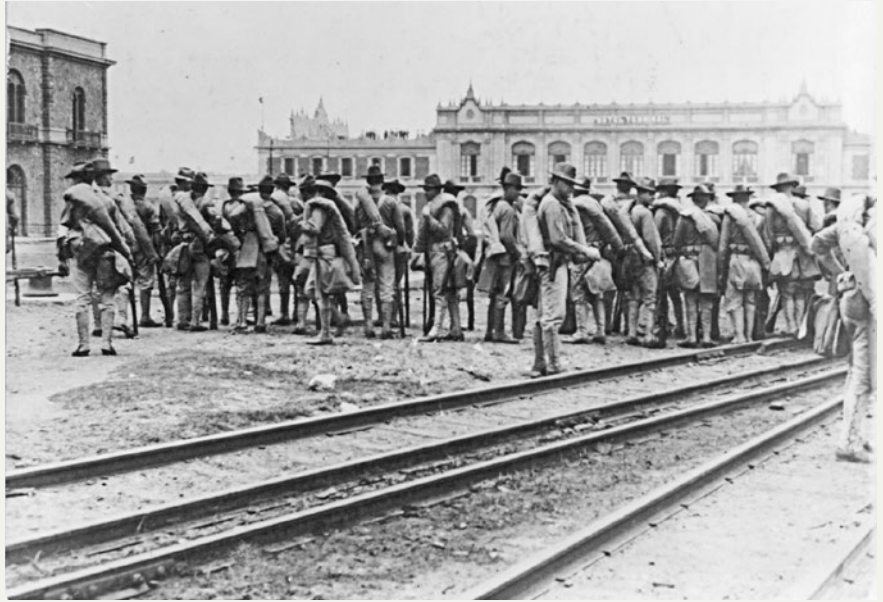
Instalado en la ciudad de Galveston las condiciones no fueron sencillas, sobre todo porque en él pesaba el haber respondido oficialmente al agente confidencial estadounidense John Lind, cuando fungió por breve tiempo como secretario del gobierno huertista que siendo México un país libre y soberano, el presidente Woodrow Wilson no tenía por qué inmiscuirse en sus asuntos internos. Además, en unión con otros exiliados organizó la Asamblea Pacificadora Mexicana, la cual proyectaba devolver la

paz y el orden a México, unificando a todos los expatriados para intentar la contrarrevolución, hecho que colocó a Gamboa en una posición delicada frente a la Casa Blanca, lo que derivó en la declaración de persona non grata.

Ante la dificultad de ganarse el sustento, Gamboa se vio en la necesidad de emigrar de Estados Unidos, para lo cual eligió la capital cubana, ciudad que tradicionalmente había sido receptora de exiliados mexicanos. En La Habana se encontraría con numerosos amigos, personajes vinculados al régimen porfirista, muchos de los cuales habían colaborado con Victoriano Huerta. Artistas como Manuel M. Ponce, hombres de la talla de Luis G. Urbina, Victoriano Salado Álvarez, Antonio de la Peña y Reyes, José María Lozano, Francisco Bulnes, Querido Moheno, los arzobispos José Mora y del Río, de México, y Martín Tritschler y Córdova, de Yucatán.



vi
Infantes de marina estadounidenses recién desembarcados en Veracruz, 1914. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.



CINCO AÑOS EN LA HABANA

En junio de 1915 Federico Gamboa marchó rumbo a La Habana para continuar su destierro. A su llegada a la capital cubana, como solía suceder en el puerto, fue interceptado por los reporteros que buscaban entrevistarlo. Las notas periodísticas fueron muy “elogiosas”, en particular los periódicos de mayor circulación en la isla, el Diario de la Marina y El Heraldo de Cuba.

Debido a los acontecimientos en México, las noticias divulgadas en la prensa cubana con relación a los navíos de distintas nacionalidades que atracaban en el puerto eran abundantes, en particular con aquellos pasajeros que tenían significación política, cultural o económica. En ese sentido, los barcos y los personajes que viajaban en ellos se convirtieron en protagonistas, pues su presencia se convertía en la nota del día, como se puede corroborar en las “Crónicas del Puerto” del Diario de la Marina, que en sus secciones matutina y vespertina publicaban titulares como los siguientes: “Vienen fugitivos de Méjico”, “Distinguidas familias mexicanas llegan huyendo”, “Los mexica-

nos de valer llegan huyendo horrorizados de su país”, entre otros muchos.

El ir y venir de buques y pasajeros en el puerto habanero también fue motivo de cierta confusión, lo que provocó que con asiduidad se dispersaran rumores acerca de la identidad de algunos viajeros, quienes en ocasiones sustituían su nombre para no ser reconocidos, además de ser recelosos con respecto a la causa de su viaje a la isla.

Lo anterior no fue el caso de Federico Gamboa, pues no sólo no viajó en calidad de incógnito, sino que en su Diario se puede percibir cierta complacencia por la “diana de periodistas” que evidenciaban su interés por obtener declaraciones acerca de la situación que imperaba en México y las razones de su partida de Estados Unidos.

En esa Habana donde se respiraban “voluptuosidades incontenibles”, Gamboa fue recibido por su hijo, que había llegado una semana antes con su madre, su sobrino Antonio, el licenciado Marañón, Fernández Verna y Romero Palafox, con quienes se trasladó a la Richmond House, lugar en donde la familia había encontrado hospedaje. Esa misma noche se entrevistó con su amigo y también exilia-

Hubiera preferido marcharse a España, pero dos consideraciones de peso le hicieron desistir de la idea: el alto precio de los pasajes y la creencia de que en Estados Unidos hallaría acomodo.



do, el escritor Luis G. Urbina, a quien encontró “algo huraño y deprimido”. Los días siguientes estuvieron rodeados de visitas de periodistas y encuentros con amigos como el abogado José María Lozano, quien por breve tiempo se había encargado de las secretarías de Instrucción Pública y Bellas Artes y de la de Comercio y Obras Públicas en el gobierno de Victoriano Huerta.

A su llegada a La Habana expresó que, pese al idioma, el clima y las costumbres, se sentía más desterrado y extranjero que en Estados Unidos, apreciación muy particular que contradecía algunos señalamientos hechos por otros mexicanos exiliados, que constantemente referían “sentirse como en casa”. Estimaba que, en la capital cubana, como en Texas, se vivía “el mismo hervidero de chismarrajos políticos”, los cuales se agravaban con la temperatura de “horno” de esa tierra.

Sin embargo, reconocía que La Habana, además de ser hospitalaria, era cosmopolita y por consiguiente estaba habituada a ver muchos forasteros, a sonreírles y a explotarlos. De igual manera, y volviendo a sus noches juveniles, no dejaba de demostrar asombro por la cantidad de cubanas “bellísimas” con las que se tropezaba. “¡Qué mujeres! ¡qué garbos!, ¡mire usted que hay mujeres bonitas!, pero ¿por qué, señor, hablarán alzando tanto la voz?” Desde los primeros días de su estancia, Gamboa entabló relación con personajes del mundo editorial, nada extraño para un hombre reconocido en el ámbito de la literatura. Así, se entrevistó con José Zamora y con un español de la Biblioteca de Autores Cubanos, quienes al parecer tenían interés en editar el tomo III de *Mi Diario*. Asimismo, visitó en su quinta veraniega a Nicolás de Rivero, director

del *Diario de la Marina*, “anciano hidalgo e interesante asturiano, exjefe carlista, casado dos veces, muy rico e influyente”, a quien había conocido en México durante las fiestas del Centenario y de quien deseaba lo contratara como colaborador literario de su periódico, a fin de poder obtener una decorosa remuneración. Empero, la oferta que le fue hecha distaba mucho de sus expectativas y rechazó el ofrecimiento.

Gamboa, a diferencia de otros personajes del régimen porfirista que poseían fortuna, salió al exilio con grandes limitaciones económicas, motivo por el cual tuvo la necesidad de buscar un empleo para sobrevivir y allegarse recursos a través de la venta de sus libros. En esta tarea, exploró diversas posibilidades de trabajo, una de las cuales fue con un importante personaje de la política de la isla, Orestes Ferrara, presidente de la Cámara de Representantes cubana y dueño de varios periódicos como *El Heraldo de Cuba*, a quien dejó en su despacho una “expresiva” carta de recomendación que el abogado y diplomático tabasqueño, Joaquín Casasús, le diera cuando se encontraron en Nueva York. Ferrara le ofreció que, como estaría durante un tiempo ausente de la isla, se hiciera cargo de la dirección de una de sus revistas, *La Reforma Social*, recibiendo una remuneración de cien dólares mensuales.

Días antes de recibir la noticia de su nuevo empleo, en medio de tabaco y champaña ofrecidos por el presidente y el secretario del Centro Gallego de La Habana, quienes lo habían convidado a conocer las instalaciones de ese “palacio social” y el antiguo Teatro Tacón, ahora convertido en Teatro Nacional, Gamboa recibió la noticia del fallecimiento del general



A su llegada a La Habana expresó que, pese al idioma, el clima y las costumbres, se sentía más desterrado y extranjero que en Estados Unidos.

Porfirio Díaz en Francia, razón por la cual resolvió que su primera contribución a La Reforma Social sería un estudio sobre el general Díaz que figuraba en el tomo III de su Diario. Sin embargo, luego de pensarlo dos veces decidió dejar pasar la oportunidad y publicar en su lugar un artículo sobre Salina Cruz.

El exilio habanero significó desde su llegada un reencuentro de amigos y colegas, con quienes restableció contacto y compartió algunas actividades de carácter social, las cuales fueron ocasiones propicias para compartir ideas, pensamientos y pesares, como seguramente lo fue la boda

de su amigo Antonio Medíz Bolio, periodista y poeta yucateco afiliado al maderismo y exiliado en la isla desde 1913. En esa ocasión se encontró con el periodista y diplomático Manuel Márquez Sterling, que había regresado a Cuba por las hostilidades del gobierno huertista y quien luego lo invitó a colaborar en su periódico La Nación.

También fue asiduo a las misas dominicales en El Cristo, a pesar de que desde muy joven Gamboa dejó de asistir a misa y de confiar su destino al Dios de los católicos. De su crisis de conciencia, “que fue presumiblemente ardua y dilatada como suelen ser”, en una nota retrospectiva escri-

vii

Frente Marino, La Habana, Cuba, ca. 1921. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

viii

William Henry Jackson, *Teatro de Tacon, La Habana, Cuba, ca. 1911*. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

ix

Federico Gamboa firmando un documento, ca. 1913, México, inv. 15974, SINAFO. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.





Gamboa fue de los últimos exiliados que regresaron a México. Únicamente la enfermedad de su esposa lo dobló a solicitar la repatriación.

ta a la salida del confesonario el 23 de enero de 1903, señaló que: “esta noche me he operado de las cataratas del espíritu”. Al día siguiente, por primera vez en una eternidad, Gamboa comulgó. De esta manera fue que comenzó a asistir a las ceremonias organizadas por el arzobispo de Yucatán, en el habanero templo de La Merced, con el objeto de rezar por la paz en México, para luego reunirse en la Asociación Cubana de Beneficencia para los muchos mexicanos exiliados, actividades que trascendían el sentimiento religioso, pues eran verdaderos actos políticos. Así también se registra en su Diario la asistencia a las misas de aniversario de la muerte de Ignacio Torres y Adalid en el templo de Belén de la Compañía de Jesús.

También participó en los festejos del xxv aniversario de ordenación sacerdotal de Martín Tritschler y Cór-

dova, a los cuales concurrió la “colonia yucateca y la mayor de la mejicana”. Durante el banquete posterior a la ceremonia, don Federico pronunció un discurso en honor del festejado, intervención que aprovechó para hablar de la “persecución injusta y bárbara” que lo había arrojado de su sede episcopal, para atender a los sufrimientos de sus ovejas, “también privadas de la patria”, consolando la tristeza del destierro.

El trabajo y las actividades realizadas con otros mexicanos en el exilio no fueron impedimento para que Gamboa continuara con su labor literaria, pues dedicaba algunas horas a la redacción del relato La confesión de un palacio, al tiempo que escribía para otros medios periodísticos como Cuba Contemporánea. Además, de vez en cuando asistía a algunos sitios, como el famoso cementerio a las afueras de la ciudad, propiedad del obispado cubano, pues en la isla, ni el Estado ni el Municipio, decía, poseían alguno, por lo cual asentaba en su Diario “¿Qué dirían nuestros constitucionalistas?” Igualmente, visitaba el Museo Nacional, como también, confundido entre la muchedumbre de curiosos, y a fin de conocer a los funcionarios principales de la isla, presenció en la calle Belascoain, a la salida de la Secretaría de Salubridad y Beneficencia, el entierro del doctor Carlos J. Finlay, médico cubano descubridor de la importancia del vector biológico de la transmisión de la fiebre amarilla, donde tuvo la oportunidad de ver de lejos al presidente cubano Mario García Menocal.

Si bien La Habana en ese tiempo era una ciudad en proceso de crecimiento y auge económico, Gamboa se pre-





guntaba por qué no podía Cuba, y menos su capital, dejar de ser española, “pues la riqueza, el comercio, la propiedad, la fisonomía moral y material, los defectos y virtudes, el habla, las costumbres, la mentalidad y el alma eran españoles, profundísimamente españoles, perpetuamente españoles. ¡Vaya un zarpazo el que le hincó en esta tierra el león hispano, que le dejó su sello para la eternidad!”

A poco más de un año de haber salido de México Gamboa señalaba padecer “grandes penurias”, con pocas esperanzas de un pronto retorno, sobre todo porque las noticias recibidas en La Habana no resultaban nada alentadoras: el reconocimiento de facto de Estados Unidos al gobierno de Venustiano Carranza.

Los años siguientes, en la coyuntura de la Primera Guerra Mundial y en medio de las sospechas entre las autoridades mexicanas y estadounidenses, Federico Gamboa fue señalado insistentemente junto con otros exiliados en Cuba, de formar parte de un movimiento que se relacionaba con el servicio secreto alemán, cuya finalidad era resquebrajar las relaciones de México con Estados Unidos, acusación que nuestro personaje nunca aceptó.

Considerado por el carrancismo como huertista recalcitrante, Gamboa fue de los últimos exiliados que regresaron a México. Úni-

camente la enfermedad de su esposa lo doblegó a solicitar la repatriación de esta ante las autoridades carrancistas. Después “de cinco años y veinte días exactos” de exilio, don Federico arribó al puerto de Veracruz, el 11 de octubre de 1919. Sin embargo, “los rigores del exilio no habían alterado sus tercas ideas políticas y esa misma noche se jactó en privado de ser re-reaccionario”.

El detallado y rico testimonio que Federico Gamboa ha dejado plasmado en *Mi Diario*, así como su extensa obra literaria y periodística, ameritan ser revisadas e incorporadas de manera más generosa en los futuros trabajos que sobre el exilio se realicen, pues en definitiva constituyen una veta poco explorada que ayudará a comprender desde otra perspectiva este fenómeno de principios del siglo xx, y será también una fuente fundamental para conocer más de cerca las características y la vida cotidiana de la isla receptora de muchos mexicanos exiliados.

En suma, Federico Gamboa no sólo fue un escritor en el exilio, fue el retrato de una élite que, al perder el poder, se descubrió extranjera en todas partes. Su exilio revela algo más que una experiencia individual: muestra cómo una generación entera quedó atrapada entre dos mundos, sin pertenecer ya al viejo... ni comprender del todo el nuevo.



✕ Panorama del puerto de La Habana, Cuba, ca. 1920. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA. | ✎ Federico Gamboa, escritor y diplomático [coloreada digitalmente], ca. 1910, inv. 15981, SINAFO. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

PARA SABER MÁS

GAMBOA, FEDERICO, *Mi Diario VI*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 1995 (Col. Memorias Mexicanas).

PÉREZ DE SARMIENTO, MARISA, “Federico Gamboa: un intelectual en tiempos revolucionarios”, en *El orden cultural de la Revolución Mexicana*, (Coord. Leonardo Martínez Carrizales), México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2010, pp. 23-50.

URIBE, ÁLVARO, *Recordatorio de Federico Gamboa*, México, Breve Fondo Editorial, 1999.

FAUSTO E. GÓMEZ GARCÍA
DOCTORADO EN HISTORIA,
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

46

Safuega y la revolución ultrafeminista



i

Safuega durante el Primer Encuentro de Lesbianas Feministas Latinoamericanas y Caribeñas, ca. 1987. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS22, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.

ii

Encuentro de Lesbianas Feministas Latinoamericanas y Caribeñas, 1987. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS22, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.

Entre 1984 y 1995 la holandesa Safuega se instaló en Guadalajara y Tepoztlán, dando lugar al desarrollo de un proyecto de feminismo radical que denominó Oasis, y que atraería no sólo a mexicanas sino también a mujeres estadounidenses y europeas.

47

Un grupo de feministas lesbianas de Guadalajara, Jalisco, organizó en junio de 2006 un evento titulado “Foro en retrospectiva del movimiento lésbico: Evento en memoria de Safuega”. El homenaje rendía culto a los logros de esa amiga y compañera, quien había muerto recientemente bajo circunstancias inciertas, y de la cual la mayoría de las asistentes llevaba años sin saber nada de ella.

En 1985, Safuega había establecido un espacio para lesbianas en el pueblo de Tepoztlán, Morelos, e hizo mucho por poner en contacto a las feministas lesbianas de México con otras del extranjero, principalmente de Estados Unidos y países europeos. Su historia era fascinante. Originaria de Países Bajos había llegado

a México desde Estados Unidos, sacó adelante un proyecto separatista lésbico que más tarde mudó a Guadalajara y que algunas mujeres recordaban con cariño; aun así, tras abandonar el país en 1995 su paso por México había quedado en el olvido. Tuvo una vida plagada de anécdotas viajeras, pero tal relato permanecía al margen de la memoria de los movimientos lésbicos del país, incluso de Holanda y de Estados Unidos.

Para Safuega, el feminismo lésbico fue un trabajo de tiempo completo, la brújula que guiaba todas sus acciones y su forma de ver el mundo. En muchos momentos sus opiniones llegaron a ser vistas por otras mujeres como extremistas: se negaba a dirigirle la palabra a los hombres y proponía proyectos utópicos enca-





Para 1970 se había emancipado de su familia y vivía recorriendo ciudades como Nijmegen, Utrecht y Ámsterdam. Era joven y pobre, pero comprometida políticamente con el movimiento de liberación de las mujeres.

minados a crear comunidades autosuficientes de lesbianas. Estas características fueron las más visibles del movimiento separatista lésbico, surgido en Estados Unidos a principios de 1970, pero difundido en distintas partes del mundo a través de espacios exclusivos para mujeres lesbianas. Lo que resulta extraordinario es que los orígenes de Safuega estaban muy lejos de ese radicalismo. Había nacido en 1946 en Sassenheim, un pueblito rural al oeste de Holanda donde apenas se censaban unas 7 000 personas. Los padres de Safuega habían vivido la ocupación nazi de Países Bajos. Durante ese tiempo muchos jóvenes fueron desplazados a centros de trabajo forzoso y tras el final de la Segunda Guerra Mundial intentaron reconstruir sus vidas asediados por el trauma.

La madre de Safuega fue una ama de casa y su padre un agricultor pobre y católico que llevaba a toda su familia a misa en un tiempo en que ésta se realizaba en latín y de espaldas a los feligreses. Tras sobrevivir al “invierno del hambre” de Holanda, donde unas 20 000 perso-

nas murieron por falta de alimentos, vieron desplazado el tradicional cultivo de bulbos de tulipán en la zona por la industria ligera. Como hija de la posguerra, Safuega resintió desde niña las asfixiantes normas para las mujeres de su comunidad. En un artículo que escribió años después desde su residencia en California describió una de esas escenas: “Un día, yo tendría unos catorce años, ayudé a cargar enormes bultos en un camión en el negocio de mi padre. Sentía mis músculos fuertes y flexibles, y trabajé más que el mayor de mis sobrinos. Me sentía bien, orgullosa, y esperaba elogios por tener un cuerpo fuerte, por trabajar rápido, pero los hombres se burlaron de mí: ¿De verdad eres una chica?”

Para 1970 se había emancipado de su familia y vivía recorriendo ciudades como Nijmegen, Utrecht y Ámsterdam. Era joven y pobre, pero comprometida políticamente con el movimiento de liberación de las mujeres. Al igual que otras, aprovechó los estados de bienestar característicos de la guerra fría, y describió su situación de esos años como la de: “una activista casi a tiempo completo. Trabajaba por dinero sólo lo necesario para subsistir. Vivir de las sobras de un país rico era fácil: tenía atención médica y educación gratuita y mi alquiler era subvencionado por el gobierno”.

A pesar de la situación de afluencia, las desigualdades de género persistieron. Ya en 1967, la activista Joke Smit publicó un artículo periodístico sobre las desigualdades en la vida de las mujeres holandesas, miles salieron a tomar las calles, organizaron grupos y demandaron la igualdad salarial y la legalización inmediata del aborto. Safuega participó de esas acciones y encontró en el feminismo una nueva dimensión de sí misma. Pero con todo y la aparente renovación de su vida, ésta siguió marcada por el trauma: de joven fue internada en un manicomio en contra de su voluntad debido a su lesbianismo, y el miedo a que esto se repitiera la asedió hasta el final de sus días.

En 1976 Safuega viajó por primera vez a Estados Unidos con el objetivo de formarse como artista en el Woman's Building de California, un célebre epicentro internacional de arte y feminismo. Allí, su compromiso con la causa feminista se hizo más fuerte, y durante siete años realizó numerosos viajes a través de las principales comunidades lesbianas de ese país. En sus artículos, Safuega describió un universo de danzas a la luna llena, rituales a las diosas, separatismo lésbico y viajes a comunidades exclusivas de mujeres, como festivales de música y comunas en áreas urbanas y rurales. “Era joven, aventurera, creativa

iii

Encuentro de Lesbianas Feministas Latinoamericanas y Caribeñas, 1987. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS22, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.

iv

Marcha en favor de la libertad sexual, ca. 1982. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS24, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.





v
Marcha en favor de la libertad sexual, ca. 1982. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS24, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.

vi
Encuentro de Lesbianas Feministas Latinoamericanas y Caribeñas, 1987. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS24, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.

y testaruda”, según le dijo años después a un periódico para lesbianas.

A los 35 años publicó una novela que le dio cierto reconocimiento: *Spijkerbloemen* (el título se traduce vagamente como *Flores de clavo*). Esta novela tiene como protagonista a Meike, su desdoblamiento literario. Meike es una mujer sexualmente emancipada, pone en marcha toda clase de proyectos feministas, se involucra en relaciones amorosas con otras mujeres y critica el machismo de la sociedad holandesa. La protagonista también emprende un viaje de autoafirmación y centra su dilema interno en torno al desarraigo hacia el mundo en el que había crecido. Tanto en esta novela como en sus artículos, Safuega reveló un mundo lésbico que ya ha desaparecido, poblado por numerosos negocios exclusivos de mujeres donde las lesbianas se encontraban unas a otras: cafés, librerías, bares, casas comunitarias. Por esos años el impulso del feminismo lésbico alentaba a las mujeres a aprender todo por sí mismas: desde carpintería y mecánica automotriz hasta cómo imprimir un libro o grabar un disco de música.

A principios de los años ochenta, la novela de Safuega apareció gracias al apoyo de la comunidad lesbiana de Nijmegen, una ciudad al este de Holanda. Pero incluso en Países Bajos, *Spijkerbloemen* fue un trabajo marginal, un libro de culto entre el reducido grupo de lesbianas separatistas de habla holandesa. Margo van der Voort, una lesbiana separatista que conoció a Safuega durante esa temporada, recuerda haber tenido un ejemplar de *Spijker-*

bloemen que viajó a su lado durante décadas, hasta que finalmente Margo decidió sentar cabeza en Australia. Las trayectorias de Margo y de Safuega corrieron de forma paralela, eran viajeras del mundo y se movían entre comunidades internacionales de lesbianas separatistas inspiradas en las reflexiones antinacionalistas del famoso ensayo *Tres guineas*, de Virginia Woolf: “Como mujer no tengo patria, como mujer no quiero patria. Como mujer, mi patria es el mundo entero”.

El logro de publicar su propio libro respondió a la difusión internacional de los ambientes culturales del separatismo lésbico de Estados Unidos, donde circulaban diferentes obras y revistas dirigidas exclusivamente a lesbianas. En países tan dispares como Grecia, Dinamarca, Inglaterra y Australia, entre otros, las separatistas lesbianas emprendieron nuevos proyectos de vida comunitaria, festivales de música, casas de alojamiento y cafés donde podían recargar pilas y tener una perspectiva positiva de su sexualidad. En el otoño de 1981 Safuega se va a vivir a Heraseed, una comuna rural de ese tipo que estaba situada en el pueblito de Talmage, en el estado de California. Tan sólo unos meses más tarde Heraseed fue parcialmente destruida por un incendio forestal, y en un apoyo solidario a las necesidades de la comuna Safuega escribió *Spijkerbloemen* con el objetivo de recabar dinero para rescatar lo que quedaba de ese espacio. Publicada bajo el pseudónimo de Myra Lilliane (el nombre que ella usaba en Estados Unidos y Holanda) la novela documenta con mucha sensibilidad los efectos que

el separatismo lésbico tuvo sobre su vida, así como lo hicieron otras escritoras afines que imaginaron cómo sería un mundo habitado enteramente por mujeres.

VIDA EN MÉXICO

51

En 1984 se mudó a México y organizó un espacio exclusivo para lesbianas en Tepoztlán, Morelos, una pequeña comunidad rural que había experimentado un proceso de suburbanización a través de la construcción de carreteras y la ampliación del comercio regional. Mediante los nuevos caminos y el servicio postal del pueblo, Safuega importó de Estados Unidos numerosas revistas y libros lésbicos de circulación restringida, pues se trataban de publicaciones pequeñas dirigidas

En 1984 se mudó a México y organizó un espacio exclusivo para lesbianas en Tepoztlán. El nombre de su espacio fue Oasis, en homenaje a los orígenes del proyecto en el Michigan Womyn's Music Festival.





LESBIANISMO Y REVOLUCION

basta de vivir en el silencio!

somos obreras, madres, empleadas,
profesionistas, campesinas...
somos mujeres que hemos elegido
una vida propia
comencemos a romper nuestro aislamiento
compartiendo el mundo
que también es nuestro.

marcha 28 de junio
SALIDA MONUMENTO A LOS NIÑOS HEROES 4 P.M.
SEMINARIO MARXISTA LENINISTA FEMINISTA DE LESBIANAS MEXICO 80.

Tras separarse por sus diferencias ideológicas hacia el separatismo lésbico, en 1992 Safuega redireccionó nuevamente a Oasis como un centro cultural y hostel de mujeres.

únicamente a lesbianas. También organizó fiestas y un hostel al que llegan sus amigas de ese país y de otras partes de Europa, Australia y América Latina. El nombre de su espacio fue Oasis, en homenaje a los orígenes del proyecto en el *Michigan Womyn's Music Festival*, un evento separatista lésbico realizado anualmente entre 1976 y 2015 y que atrajo a miles de lesbianas de todo el mundo en un ambiente exclusivo de mujeres donde se presentaban bandas y artistas musicales, talleres de concientización política y la venta de artesanías y productos. Allí, la revolución feminista se vivía en carne propia, pero las separatistas deseaban cambiar el mundo entero. Valerie Solanas, una escritora influyente en esos círculos, lo planteó en su *Manifiesto SCUM* con las siguientes palabras: “a las [mujeres] dotadas de una mente cívica, de sentido de la responsabilidad y de la búsqueda de emociones les queda una –sólo una única– posibilidad: destruir el gobierno, eliminar el sistema monetario, instaurar la automatización total y destruir al sexo masculino”.

En 1990 aparece un artículo en la revista *Maize: A Lesbian Country Magazine* titulado “Amando a las mujeres podemos liberar al mundo”. En este artículo Safuega describió su

vida en Tepoztlán: cultivaba flores, realizaba rituales esotéricos y organizaba fiestas a las que llegan sus amigas de Cuernavaca, de la ciudad de México y del extranjero. Algunas de ellas eran pioneras en la conformación del movimiento lésbico nacional y tenían un perfil similar al de Safuega: habían nacido después de la segunda guerra mundial y aprovecharon el acceso a la educación superior, al trabajo asalariado y a los métodos anticonceptivos que les ofreció el contexto del “milagro mexicano”. Yan María Castro, quien visitaba Oasis con frecuencia, había creado el grupo Lesbos en el Distrito Federal, en 1977, para que las lesbianas de la capital pudieran conocerse y hablar sobre sus vidas, fue el primer grupo de su tipo en todo el país; mientras que Martha Nualart y Guadalupe López, quienes también eran amigas de Safuega, crearon el primer colectivo de lesbianas feministas de Guadalajara.

En 1987, estas mujeres, entre otras, organizaron el Primer Encuentro de Lesbianas Feministas Latinoamericanas y Caribeñas, celebrado en el mes de octubre en Cuernavaca, Morelos, y al que asistieron lesbianas de toda la región latinoamericana y de otras partes del mundo. Muchas de ellas se quedaron con Safuega en tiendas de acampar en el patio, otras se hospedaron en la casa y organizaron fiestas. “Me mantengo firme”, escribió Safuega, “de que fue la diosa quien me envió a Tepoztlán para crear este espacio exclusivo para mujeres... son la cultura de las mujeres y las publicaciones feministas las que me dan el coraje y la visión del futuro”. Las charlas de sobremesa fueron fascinantes. Una mujer que se hospedó en Oasis afirmaba haber tenido un embarazo virgen, las autoridades le quitaron a su hija y se deshicieron de las evidencias que daban fe de su condición médica extraordinaria. Otras de sus huéspedes se dedicaron a sus asuntos y más tarde desarrollaron carreras importantes en el campo de las humanidades y las ciencias sociales, como los casos de Jules Falquet, Norma Mogrovejo, Kay Gardner y Jacqueline Buswell.

Para 1991, Oasis reapareció en Guadalajara. Safuega abandonó Tepoztlán tras muchos conflictos con los lugareños y decidió emprender su proyecto en conjunto con Patlatonalli, la organización de lesbianas feministas creada por Nualart y López en 1986. En Guadalajara los problemas estallaron. Safuega se negaba a que los hombres pudieran consultar sus documentos, pues sus amigas extranjeras confiaban en que la holandesa respetaría el impulso separatista de sus publicaciones y jamás se verían perturbadas por la mirada intrusiva de los hombres. En

vii

Hoja informativa para la marcha en favor de la libertad sexual, ca. 1982. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS24, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.

viii

Marcha en favor de la libertad sexual, ca. 1982. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS24, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.



tanto, la organización Patlatonalli, sin comprender su separatismo extranjero, deseaba que el acceso a la biblioteca estuviera disponible para todo el mundo.

Con sus muchos conflictos, son esas feministas radicales las que lideraron la lucha contra la discriminación hacia las personas homosexuales. Safuega y las integrantes de Patlatonalli sacaron adelante por esos años la decimotercera conferencia de la Asociación Lésbico Gay Internacional, celebrada en Acapulco y a la que asisten activistas homosexuales del mundo entero. Tras separarse por sus diferencias ideológicas hacia el separatismo lésbico, en 1992 Safuega redireccionó nuevamente a Oasis como un centro cultural y hostal de mujeres, también publicó dos números de un boletín informativo y organizó talleres de feminismo, exposiciones de arte y un espacio de reunión para las lesbianas donde pudieran conocerse, organizar fiestas y jugar juegos de mesa. También participó de la

Red de Mujeres y en protestas contra la homofobia ambiental emprendida por el Partido Acción Nacional.

En los años noventa, caído el Muro de Berlín, el mundo cambió, se globalizó y los espacios exclusivos para mujeres lesbianas como el de Safuega comenzaron a desaparecer. Internet expandió los canales de comunicación y le permitió a las más jóvenes conocerse a través de páginas web y correos electrónicos. Cada vez era menos necesario tener que frecuentar un café lésbico o un encuentro feminista para salir del armario. En Estados Unidos surgió una auténtica reacción contraria al separatismo lésbico y su negativa a aceptar la presencia de transsexuales que se identifican como mujeres en los espacios de lesbianas. La propia condena del movimiento demostró su triunfo: muchas jóvenes lograron por primera vez ser abiertas sobre su sexualidad desde la adolescencia y otras accedieron a más oportunidades para formar vi-

**ix**

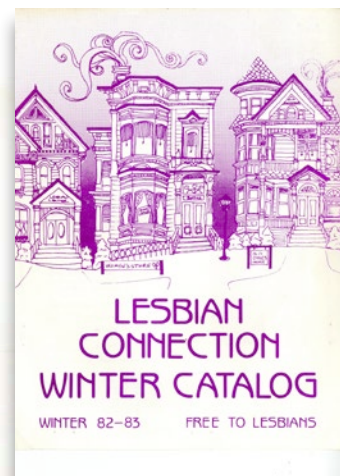
Encuentro de Lesbianas Feministas Latinoamericanas y Caribeñas, 1987. México, fondo I, clave de expediente: K IS24, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas

x

La Luna. Revista Lésbica Latinoamericana, portada, [s. f.]. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS22, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.

xi

Publicación dirigida a comunidades de lesbianas feministas, ca. 1982. México, UACM, Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, fondo I, clave de expediente: K IS23, sección: Movimientos sociales, serie: Identidades sexo-genéricas.



das estables mediante uniones civiles e hijos. “Exmonjas ¿aún ansían una comunidad de hermanas? Mujeres de la Ciudad Libre de Christiana en Dinamarca, mujeres del campamento de la paz de Greenham Common, ¿qué sucedió con sus sueños?”, se preguntó Safuega en una carta de 1994, donde lamentaba que los proyectos contraculturales de las feministas de su generación quedaran en el recuerdo.

Cuando en 1995 Safuega finalmente abandonó México cortó todos los vínculos de su paso por el país y muchos rumores circularon sobre su destino. Se afirmaba que había perdido la cordura y estuvo internada en un manicomio —la temible pesadilla que siempre la asedió—, donde murió. Otras dijeron haberla visto en la indigencia, vagando por las calles de Ámsterdam en busca de comida. Casi todas creían que

se había suicidado. Descubrí que su destino al salir del país no había sido tan terrible, pero sí triste. Entre 1996 y 1997 vivió sola e insatisfecha en Curazao, una isla del Caribe donde tampoco halló un hogar y vio deteriorada su salud. Para cerrar el círculo, en 2024 desde el marco del Simposio Internacional “Emilia Beltrán y Puga”, la investigadora Arcelia Paz Padilla dio a conocer un artículo de Safuega fechado en el otoño de 1999. Allí informaba que, tras dos décadas, había vuelto a instalarse en Holanda. Con 53 años y abatida por la fibromialgia y la artritis describió: “volé lejos y alto, pero ahora soy un pajarito herido”. No sabemos aún qué fue de ella más tarde, ni la fecha y condiciones de su muerte, pero a principios de los 2000 la noticia de su deceso había comenzado a circular entre sus conocidas de México.

PARA SABER MÁS

GÓMEZ GARCÍA, FAUSTO E., “La recepción del lesbianismo político en la ciudad de México entre las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX”, *Historia Mexicana*, 2026, en <https://cutt.ly/dEXXSQQ>

GORDERO, MATILDE y ROVIRA, ELISENDA, “Nadie quiere rendir homenaje a lo que conseguimos las lesbianas: entrevista a Bonnie J. Morris”, *Pikara Magazine*, 28 de junio de 2017, en <https://cutt.ly/itEXL6OJ>

“Lesbiana: A Parallel Revolution”, Dir. Myriam Fougère, 2012, en <https://cutt.ly/3tEXLmm3>

La deuda moral de un país *que aplaza la infancia*

56



Durante más de medio siglo se normalizó el abandono paterno del hogar. Madres e hijos fueron las víctimas. Mucho cambió a partir de la entrada del siglo XXI. La narrativa se modificó y las mujeres comenzaron a ser escuchadas. Con la protesta en las calles, se aprobó una significativa transformación legal. Aun así, hay una deuda que no prescribe.

El origen de la deuda moral no está en los códigos civiles ni en las reformas recientes; está en la estructura social que México construyó durante más de medio siglo, una estructura que convirtió el abandono paterno en costumbre, la maternidad en obligación y la infancia en daño colateral. No fue un fenómeno aislado ni una anomalía social: fue una pedagogía nacional que cruzó generaciones enteras, moldeando lo que se consideraba normal, tolerable o incluso inevitable.

En los años setenta, cuando la separación entre una pareja se volvía inevitable, no sólo se rompía un proyecto de familia: se quebraba un estatus. La mujer divorciada cargaba la culpa de haber “fracasado” en su deber conyugal, y la madre soltera se convertía en una figura incómoda para la moral pública. No había redes de apoyo ni instituciones sólidas; había silencios, susurros, estigmas y una vigilancia social que observaba más a la mujer que al padre que se marchaba. En esa década, la infancia mexicana aprendió que la ausencia del padre era un secreto que se debía explicar con vergüenza, como si esos niños fueran responsables de justificar el abandono que sufrían.

La década de los ochenta profundizó la desigualdad. La crisis económica obligó a millones de hombres a migrar o desaparecer del mapa familiar, dejando a las mujeres la carga total de la supervivencia cotidiana. Las madres trabajaban en fábricas, comercios, casas ajenas;

estiraban el dinero como quien estira el tiempo, intentando que alcanzara para uniformes, cuadernos, medicinas, comida. La maternidad se convirtió en un oficio múltiple: trabajadora, cuidadora, proveedora, contadora, jefa de hogar. El padre ausente no era cuestionado; se asumía que “estaba haciendo su vida” o “no podía dar más”. La infancia crecía en una normalidad distorsionada donde la falta del padre no era vista como una injusticia, sino como una variación aceptada del destino.

En la década de los años 1990, México modernizó sus calles, pero no su conciencia. La televisión era el catecismo doméstico. “Los ricos también lloran”, “Mundo de juguete”, “El derecho de nacer”: todas enseñaban lo mismo. La mujer buena se arrodilla, perdona, llora con decoro. Y si es traicionada, aguanta. “Cuna de lobos” llevó el poder materno al límite de la manipulación, y “El pecado de Oyuki” vistió la humillación con ropajes de amor imposible. El país entero repitió esos guiones. Nadie enseñó a vivir con dignidad, sólo a sufrir con elegancia. La maternidad solitaria seguía siendo un estigma y el padre ausente un sujeto con derecho a equivocarse. La justicia familiar operaba bajo criterios heredados: conciliación antes que protección, duda hacia la mujer, indulgencia hacia el hombre. Los niños crecían entre discursos contradictorios: se decía que “el padre es fundamental”, pero se permitía que ese padre no apareciera ni cumpliera obligaciones básicas.



i

Imágenes de <https://www.rawpixel.com/>

A inicios de los 2000, cuando el acceso a internet comenzó a expandirse, la vergüenza dejó de ser un peso individual y se transformó en un fenómeno colectivo: miles de mujeres descubriendo que no estaban solas.

58

A inicios de los 2000, cuando el acceso a internet comenzó a expandirse, las mujeres encontraron por primera vez un espacio para decir en público lo que siempre se había dicho en secreto. Foros, chats, blogs y correos electrónicos se convirtieron en puntos de encuentro para quienes cargaban historias casi idénticas: padres que no pagaban, jueces que aplazaban, expedientes perdidos, abogados indiferentes, audiencias reprogramadas una y otra vez. La narrativa cultural comenzó a moverse. La vergüenza dejó de ser un peso individual y se transformó en un fenómeno colectivo: miles de mujeres descubriendo que no estaban solas en un sistema que había sido diseñado para que guardaran silencio.

Esa revolución íntima –primero silenciosa, después pública– permitió que las madres comenzaran a nombrar las violencias invisibles. El abandono económico dejó de ser un “problema entre adultos” para convertirse en un daño estructural hacia la infancia. La ausencia dejó de romantizarse como consecuencia del desamor y empezó a entenderse como una responsabilidad incumplida. El país todavía no estaba listo para escuchar del todo, pero las mujeres ya habían comenzado a hablar en un lenguaje distinto: un lenguaje donde exigir derechos no era rencor, donde pedir justicia no era drama y donde la maternidad dejaba de ser sacrificio obligatorio.

Llegaron también los primeros estudios académicos que cuestionaban la visión tradicional. Investigadoras, abogadas, psicólogas y periodistas comenzaron a documentar que la deuda alimentaria no era un caso aislado, sino un fenómeno estructural que formaba parte de la desigualdad de género. Las cifras comenzaron a hablar: millones de niños creciendo sin pensión, miles de expedientes congelados en juzgados familiares, cientos de mujeres sosteniendo solas hogares enteros mientras la ley seguía tratando el abandono como un conflicto secundario.

Sin embargo, aun con datos, análisis y testimonios, el sistema judicial permanecía anclado en prácticas de otra época. La conciliación continuaba privilegiando



acuerdos mínimos, la palabra de la madre era puesta en duda sistemáticamente y la infancia seguía siendo tratada como una extensión del conflicto conyugal, no como un sujeto de derechos. Era un país donde la justicia familiar parecía diseñada para mantener a las mujeres en espera y a los hombres en posibilidad de evadir.

Esta herencia –cultural, económica, judicial y emocional– siguió acumulándose como sedimento. Y aunque nuevas generaciones crecieron con discursos diferentes, la estructura permaneció. Medio siglo después, esa deuda no ha prescrito: está en los expedientes que duermen en los juzgados, en los depósitos simbólicos que no alcanzan para una consulta médica, en las abuelas que vuelven a criar, en los niños que aprenden demasiado pronto a no pedir lo que necesitan. La deuda no es del pasado: sigue respirando en el presente.

EL DESPERTAR:

LEY, LUCHAS, MÍTINES, AVANCES

El despertar no comenzó en los congresos ni en los tribunales: comenzó en la vida cotidiana, en las conversaciones íntimas, en las mujeres que ya no podían sostener solas el

silencio que heredaron de sus madres y abuelas. Lo que durante décadas había sido un estigma personal empezó a revelarse como un patrón colectivo: millones de mujeres con historias casi idénticas, viviendo en distintos estados, edades y contextos, pero atravesadas por la misma raíz del abandono normalizado.

A inicios de los 2000, internet abrió una grieta en la pedagogía del silencio que gobernó al país desde los años setenta. Por primera vez, miles de mujeres comenzaron a compartir su experiencia sin miedo al juicio vecinal o a la vergüenza impuesta. En foros, blogs, correos electrónicos y, después, en redes como Facebook y Twitter, aparecieron los relatos que la televisión había romantizado por décadas: padres que no pagaban, jueces indiferentes, expedientes congelados, licencias renovadas sin verificación, pensiones simbólicas que no alcanzaban ni para un par de consultas médicas.

Esa grieta se convirtió en fisura.

Y la fisura en un movimiento.

Las mujeres se descubrieron entre sí: no estaban fallando, estaban siendo falladas. Allí comenzó el cambio moral que ningún gobierno había logrado impulsar: la vergüenza dejó de ser de ellas y empezó a recaer donde siempre debió estar. El padre ausente dejó de ser visto como víctima del sistema o como “pobre hombre en conflicto”; empezó a nombrarse como lo que era: una persona que incumplía obligaciones vitales con sus hijos.

El despertar tomó fuerza en la década de 2010. Las redes sociales no sólo conectaron historias: las amplificaron. Los primeros tenderos aparecieron en Oaxaca y ciudad de México, seguidos por Puebla, Jalisco, Veracruz, Chihuahua, Sinaloa. Fotografías, nombres, sentencias impresas, testimonios, copias de recibos, carpetas completas colgadas en plazas públicas. Lo que durante medio siglo había sido una experiencia privada y vergonzante se convirtió en un acto público de dignidad.



La Ley Sabina no nació en un escritorio legislativo ni en una oficina gubernamental: nació de la calle, del cansancio acumulado. Es una ley hija de la dignidad social, no de la voluntad del Estado.

60

Los tendereros no surgieron de campañas gubernamentales ni de protocolos institucionales: fueron la respuesta desesperada –y al mismo tiempo profundamente política– de miles de madres que ya no podían esperar a que el Estado actuara. Frente a los tendereros, el país tuvo que reconocer lo que durante décadas negó: la deuda alimentaria no es un conflicto familiar, es una violencia estructural.

Los mítines se multiplicaron. Marchas frente a los congresos locales, protestas en fiscalías, plantones en los poderes judiciales. La lucha dejó de centrarse en la reconciliación con el padre y se enfocó en la protección de la infancia. Las mujeres no pedían venganza: pedían que la vida de sus hijos dejara de depender del humor, la voluntad o la desaparición del adulto responsable.

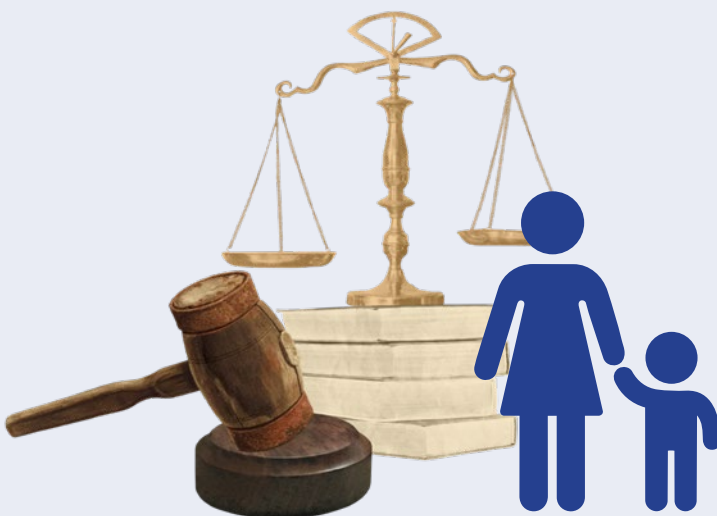
Ese despertar colectivo sentó las bases para lo que vendría después: una arquitectura legal que no nació de la generosidad del Estado, sino del cansancio organizado de las madres. Las instituciones no encabezaron la transformación; fueron arrastradas por ella.

De esa presión, de esos tendereros, de esos mítines, de ese cansancio con nombre y apellido, nació el terreno político y social que permitió la creación de la Ley Sabina. La Ley Sabina no nació en un escritorio legislativo ni en una oficina gubernamental: nació de la calle, del cansancio acumulado, de los tendereros que las madres levantaron con sus propias manos y de la urgencia de hijos que crecían en medio de expedientes inmóviles. Es una ley hija de la dignidad social, no de la voluntad del Estado.

El detonante fue claro: una madre, Diana Luz Vázquez Ruiz, en Oaxaca, decidió que el silencio ya no era opción. Su hija Sabina –una niña cuyo nombre hoy simboliza a millones– se convirtió en el punto de quiebre de una historia nacional. Desde ahí surgió un movimiento que no pidió permiso para existir: tomó plazas, legislaturas, tribunales, redes sociales y discursos públicos. Lo que comenzó con un tenderero se transformó en un mapa nacional de resistencia.

Los congresos respondieron tarde y a regañadientes, pero finalmente respondieron. Entre 2021 y 2024 se aprobaron más de cuarenta reformas: cambios a códigos civiles, ajustes a códigos penales, modificaciones a la Ley General de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes, creación de padrones estatales y, sobre todo, el paso que marcaría un antes y un después: el Registro Nacional de Obligaciones Alimentarias (RNOA), aprobado por el Senado en marzo de 2023 y publicado en el Diario Oficial de la Federación el 8 de mayo de ese mismo año.

Ese registro fue presentado como un golpe contra el abandono impune. En teoría, concentraría la información de las personas deudoras alimentarias e impediría que tramitaran pasaporte, licencias de conducir, créditos bancarios, cargos públicos, o incluso nuevas uniones



civiles sin acreditar que estaban al corriente con sus hijos. Era, sobre el papel, la reforma más contundente en materia de protección a la infancia en décadas.

Pero México es un país donde las leyes avanzan más rápido que su implementación. La norma nació; la estructura para ejecutarla, no. Mientras el gobierno federal presumía un “avance histórico”, los estados mostraban una realidad desigual: algunas entidades comenzaron a emitir certificados de no deudor en línea, otras apenas abrían mesas de trabajo para “analizar cómo conectarse”, y varias reconocieron abiertamente que no tenían ni personal, ni sistemas, ni presupuesto para operar el registro.

La Ley Sabina funciona donde hay voluntad política y recursos; donde no, es un cascarón solemne. Y, sin embargo, aunque incompleta, abrió algo que México nunca había tenido: un lenguaje común para nombrar a los deudores alimentarios y un mecanismo legal para exhibirlos más allá de los tenderos ciudadanos. Dio nombres, criterios, procedimientos, definiciones. Introdujo en la esfera pública la idea de que la violencia económica también es violencia y de que la paternidad no puede ser sólo un discurso emocional, sino una obligación verificable.

Esa ley, nacida desde abajo, también enfrentó resistencias. Hubo congresos que intentaron diluirla, funcionarios que la minimizaron, grupos que la acusaron de “criminalizar a los padres”. Se habló de “exageración”, de “conflictos de pareja”, de “alienación parental”. Se intentó convertir un derecho de la infancia en un debate ideológico para evadir lo esencial: el Estado mexicano había fallado durante medio siglo en garantizar el sustento básico de millones de menores.

Aun así, las madres no retrocedieron. Las colectivas no retrocedieron. Los tenderos siguieron expuestos. Los mítines frente a los poderes judiciales continuaron. El registro nacional avanzó, aunque a cuentagotas. Los padrones estatales crecieron, aunque sin uniformidad. Las reformas se multiplicaron, aunque sin personal que las operara.

La contradicción quedó expuesta: la Ley Sabina está haciendo su trabajo; los gobiernos estatales, a ritmos desiguales, todavía no.



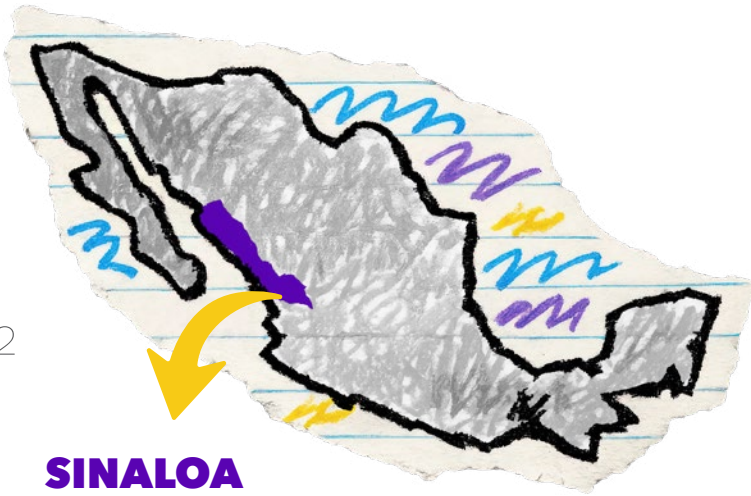
Y esa distancia entre la letra firmada y la vida cotidiana se ve con toda claridad en un caso particular: Sinaloa.

SINALOA SE RESISTE A CUMPLIR

Sinaloa constituye un caso ilustrativo para examinar la distancia persistente entre la legislación y su ejecución en materia de obligaciones alimentarias. Aunque la entidad ha incorporado en su marco jurídico los lineamientos derivados de la Ley Sabina, su aplicación efectiva sigue siendo limitada debido a la ausencia de estructuras operativas y de financiamiento público.

En 2024, una investigación periodística local indicó que siete de cada diez hombres demandados no cumplen con la pensión alimentaria, cifra que confirma una tendencia sostenida durante décadas. Un año después, se

El caso de Sinaloa muestra que el reto central no consiste en ampliar el marco normativo, sino en garantizar su aplicación mediante infraestructura, presupuesto y coordinación interinstitucional.



SINALOA

verificó que el padrón estatal de deudores previsto por la ley no cuenta con plataforma técnica, personal especializado ni asignación presupuestal, situación que se repite en los ejercicios fiscales de 2024, 2025 y en el anteproyecto de 2026. La norma se encuentra promulgada, pero carece de los instrumentos mínimos para su funcionamiento.

Este rezago no responde únicamente a cuestiones administrativas. Forma parte de una trayectoria institucional donde el incumplimiento de obligaciones alimentarias ha sido tratado como un asunto privado, con escasa incorporación de criterios modernos de protección a la infancia. La consolidación del registro implicaría revisar expedientes antiguos, actualizar prácticas judiciales y asumir responsabilidades administrativas que no siempre encuentran respaldo político.

Mientras tanto, la falta de interoperabilidad entre sistemas impide una verificación eficaz. Los deudores mantienen sin restricciones el ejercicio de sus derechos civiles, y los mecanismos oficiales previstos por la legislación permanecen en etapa incipiente. Frente a esta ausencia, prácticas ciudadanas como los tenderos funcionan como registros informales que suplen parcialmente la falta de información pública actualizada.

El caso de Sinaloa muestra que el reto central no consiste en ampliar el marco normativo, sino en garantizar su aplicación mediante

infraestructura, presupuesto y coordinación interinstitucional. La Ley Sabina fijó un estándar nacional; su consolidación depende de que las entidades federativas –incluida Sinaloa– transformen ese estándar en políticas públicas sostenibles. Sólo así la protección de la infancia podrá dejar de depender de iniciativas sociales y convertirse en un compromiso institucional verificable.

EL PAÍS QUE APLAZA LA INFANCIA

México ha desarrollado, a lo largo de varias décadas, una tendencia que revela más de lo que aparenta: la capacidad de postergar decisiones esenciales mientras se celebran reformas simbólicas. Aplazar audiencias, retrasar expedientes o diferir presupuestos no responde sólo a inercias burocráticas, sino a estructuras históricas que han condicionado la manera en que el país se relaciona con su propia infancia. La niñez, sin embargo, no ocurre en diferido: transcurre en un presente que no admite espera.

La deuda alimentaria no pertenece únicamente al ámbito familiar; forma parte de un fenómeno más amplio que muestra cómo el Estado ha gestionado –o pospuesto– su responsabilidad hacia quienes dependen de otros adultos. Aplazar la infancia equivale, en términos históricos, a aplazar también la posibilidad de un desarrollo social pleno.

La Ley Sabina puso en el centro una verdad largamente ignorada: la fragilidad de un sistema institucional que durante décadas concibió la paternidad como una figura más simbólica que jurídica. También reveló que, ante la ausencia de mecanismos eficaces, fueron las mujeres quienes sostuvieron no sólo la vida doméstica, sino también la memoria, la denuncia y la continuidad de una demanda histórica.

Los tenderos ciudadanos, las carpetas exhibidas en plazas públicas y la movilización social no surgieron como actos de confrontación, sino como mecanismos de registro ante

un Estado que avanzaba con lentitud. Esas expresiones hicieron visible un problema que había permanecido fragmentado en expedientes dispersos y que ahora adquiría dimensión pública.

Entre 2021 y 2024, la creación del Registro Nacional de Obligaciones Alimentarias y la reforma de diversos ordenamientos delinearon un nuevo marco jurídico. Por primera vez se estableció un lenguaje común para nombrar el abandono económico y un sistema nacional para registrarlo. Sin embargo, toda reforma requiere estructuras que la sostengan: interoperabilidad, personal, presupuesto y coordinación entre órdenes de gobierno. La historia institucional mexicana demuestra que la consolidación de un sistema suele ser más compleja que la promulgación de una ley.

Ese es el desafío actual. La legislación existe; su eficacia dependerá de la capacidad de las entidades federativas para convertirla en mecanismos verificables y permanentes. Las cifras nacionales –y los casos emblemáticos como el de Sinaloa– no señalan culpables individuales, sino una trayectoria institucional marcada por tiempos dispares y prioridades históricamente fragmentadas. La brecha entre norma y práctica no es nueva; lo nuevo es la posibilidad de cerrarla.

La transformación será completa cuando la protección de niñas, niños y adolescentes deje de depender de esfuerzos intermitentes y se convierta en un principio sostenido de Estado. Cuando la infancia sea entendida no como una extensión del litigio familiar, sino como un indicador fundamental de la solidez del pacto social.

La Ley Sabina abrió un camino y lo inscribió en la estructura normativa del país. Las mujeres que durante años sostuvieron esta demanda aportaron un legado cívico que hoy forma parte de la memoria pública. Corresponde a las instituciones convertir esa memoria en políticas duraderas.

México ha avanzado, pero su avance seguirá siendo parcial mientras la infancia continúe sujeta al azar institucional. El reto no es sólo jurídico; es civilizatorio. Implica construir un país donde crecer no sea un acto condicionado por retrasos administrativos, sino un derecho garantizado por la continuidad del Estado.

La deuda moral persiste, pero también persiste algo más significativo: un cambio de conciencia que ya no puede desandarse. En esa conciencia –más que en cualquier decreto– se encuentra la evidencia de que la infancia dejó de ser un tema aplazable.



La transformación será completa cuando la protección de niñas, niños y adolescentes deje de depender de esfuerzos intermitentes y se convierta en un principio sostenido de Estado.

PARA SABER MÁS

BEAUVOIR, SIMONE DE, *El segundo sexo*, París, Gallimard, 1949.

CENTRO DE ESTUDIOS CONSTITUCIONALES DE LA SCJN, *La evolución de los derechos de niñas y niños a partir de la Constitución de 1917*, Ciudad de México, SCJN, 2018.

LEYVA HERNÁNDEZ, DANIELA ESTEFANÍA y ELSA LETICIA SANDOVAL GUEVARA, “La garantía alimentaria en visión de derechos humanos en México”, *Biolex*, 2022, en <https://cutt.ly/CtEVik6b>

SCJN, *Criterios sobre alimentos*, 2023.

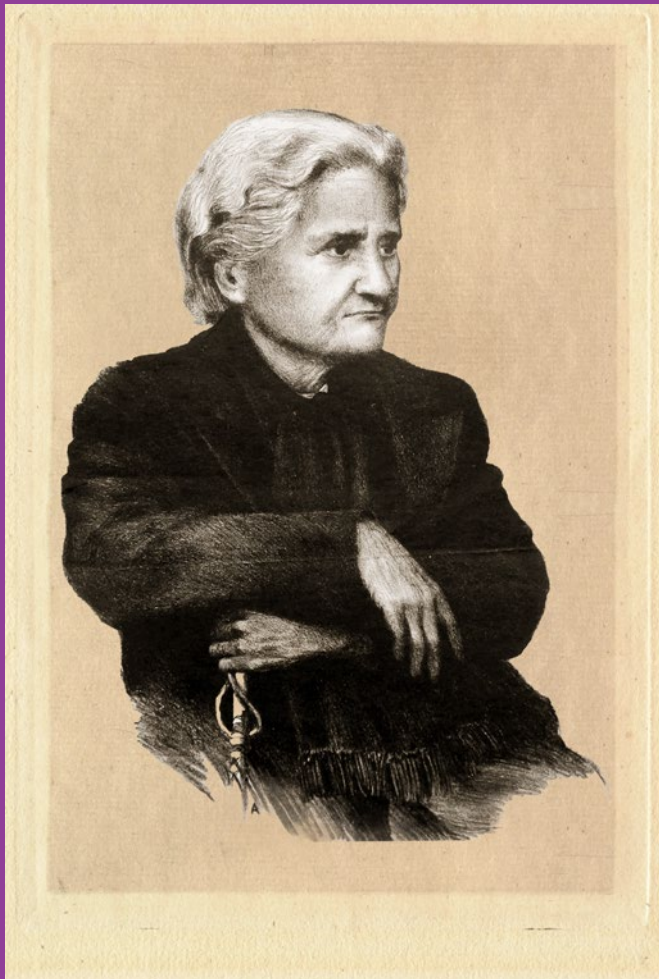
VÁZQUEZ, DIANA LUZ, *Salvavidas para madres autónomas / Lifeline for independent mothers*, Ciudad de México, Grijalbo, 2024.

AURORA REYES FLORES
1908 - 1985

ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO
INSTITUTO MORA

Homenaje a la entrega de *Juana Belén*

64



La pintora Aurora Reyes Flores hace un retrato de la poesía, filosofía y enseñanza de su amiga Juana Belén Gutiérrez Chávez, una intelectual que desde su mirada liberal, la defensa de la mujer y el periodismo supo ganarse un lugar en el México de principios del siglo xx, aun a costa de la cárcel y la persecución.



i
 Andrea Gómez, *Doña Juana Gutiérrez de Mendoza*, Litografía, México, 1950. ANGÓ82-003 Academia de Artes de México.

ii
 Bernice Kolko, *Aurora Reyes pintando "La novia de oro" en el taller con la modelo*, 1955. Colección de Héctor y Ernesto Godoy Lagunes.

El testimonio que aquí se presenta da cuenta de la profunda admiración que Aurora Reyes Flores, considerada la primera pintora muralista mexicana, sintió por Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, quien desde los años del porfiriato sostuvo –hasta el sacrificio personal– que la justicia no admite demoras y la palabra puede ser un arma.

Juana Belén había nacido en Durango en 1875 y creció en Coahuila, entre la escuela de una hacienda y los libros que fue leyendo por su cuenta. Su formación fue, sobre todo, autodidacta: aprendió leyendo, escribiendo y discutiendo, hasta convertir el periodismo en oficio y destino. Viuda desde joven, madre de dos hijas, se acercó a los clubes liberales antiporfiristas y empezó a publicar en periódicos, convencida de que era la mejor forma de expresar y defender sus convicciones políticas.

En 1901 fundó el semanario *Vésper*, cuyo lema “Justicia y Libertad” no fue una metáfora, pues su contenido la condujo a la persecución y a la cárcel. En 1904 cruzó la frontera hacia Laredo, Texas, con sus hijas, y se unió al grupo liberal de los hermanos Flores Magón. Regresó al año siguiente para reanudar la publicación de *Vésper*, apoyar el maderismo y fundar el Club Político Femenil Amigas del Pueblo. Con ello inició un camino inédito: hablar de voto femenino y de derechos laborales para las trabajadoras cuando esas palabras incomodaban a los mismos revolucionarios.

El golpe de Estado y el asesinato de Madero y Pino Suárez la sorprendieron en Morelos, donde participaba en el movimiento zapatista. De nuevo la prensa fue su voz y

su condena. *Vésper* y otros periódicos la llevaron una y otra vez a prisión, pero sin lograr callarla. En 1922 regresó a la ciudad de México y organizó grupos de acción femenina, convencida de que la revolución debía hacerse desde abajo, pero también con y para las mujeres.

Durante el gobierno de Álvaro Obregón se sumó a la cruzada de alfabetización impulsada por José Vasconcelos. Fue maestra misionera en Jalisco y Zacatecas. En 1930, ya entrada en los 60 años, creó la revista *Alma Mexicana*, decidida a no renunciar a la difusión de sus ideas, aunque, como escribió con amarga lucidez, “teniendo el triste convencimiento de que es inútil”.

Allí publicó muchos de sus poemas. Años después de su muerte, ocurrida en 1942, esos versos llegaron a manos de Aurora Reyes Flores, quien tuvo una estrecha amistad con Juana Belén.

Unas palabras acerca de Aurora: nacida en Chihuahua en 1908, tras la muerte de su abuelo, el general Bernardo Reyes, se trasladó con su familia a la capital. Aquí estudió en la Academia de San Carlos durante la década de 1920, en los años en que el arte buscaba nuevas formas de expresión. Militante comunista, dirigente sindical, integrante del grupo de mujeres conocidas como “las Pavorosas”, entendió entonces que el arte no podía separarse de la lucha y que ninguna transformación sería verdadera si dejaba fuera a las mujeres. De ello dejó constancia en los muros de numerosos espacios públicos.

Leamos ahora lo que ella puso a nuestro alcance.



La poesía en la vida de una mujer Juana B. Gutiérrez de Mendoza

Por Aurora Reyes.

Vivíamos aquí; lo reconozco por las estrellas; allí estaban, en ese mismo sitio. Había un lago muy grande junto a la montaña. Había palmas y cactus. En el cactus más grande tenía su nido el cuáhtli que sabía ir hasta ilhúicatl y que admirábamos por eso.

Éramos hermanos todos, hijos de Quetzalcóatl y Xochiquetzal.

Así hablaron, desde el remoto origen, los fundadores de Chicomoztoc –siete cuevas, siete tribus–, fluyendo por las ocultas corrientes de la voz profética y antigua de Doña Juana Belén Gutiérrez de Mendoza.

Heredera de la potencia indígena, recorrió la vida enarbolando –arma y escudo– la más alta bandera mexicana: “Por la tierra y por la raza”, con la mirada puesta en el retorno del Imperio del Sol y del Agua, como Quetzalcóatl y Xochiquetzal, padre y madre; una misma pareja –símbolo de la Creación: porque decía ella “nuestros ancestros no le alzaron templos a la unidad divina si no [sic] a la dualidad creadora”.

Ancestros gigantes produjeron esta mujer como ríos caudalosos cayendo en la mar.

El eslabón que unió su sangre al mexicano actual fue una joven india noble, cautiva en los traidores lazos de la conquista, entregada en esclavitud al caporal de una hacienda de Santiago Papasquiario; indiferentemente poseída, hubo de él seis hijos que nadie supo nunca si amó u odió, pues la expresión ausente y un silencio de tumba fueron sus compañeros todos los días del triste matrimonio.

“La India Muda” le pusieron por nombre.

Pasados largos años, en ocasión de un viaje que esta extraña familia hizo al amparo de una caravana en camino a la ciudad, fueron sorprendidos por un grupo de indígenas que apartando a la “India Muda” entregaron la muerte a los demás.

Sólo dos niñas fueron rescatadas con vida y un hombre agonizante que declaró haberla oído hablar con los suyos en su dialecto y haberla visto alejarse del sitio con ellos sin volver siquiera el rostro.

Esa mujer que desapareció en la sombra, india dura y callada como deidad de piedra fue madre de la madre de doña Juana.

También por la línea paterna hubo gigantes; su abuelo don Justo Gutiérrez, descendiente de Chinacos, tuvo el honor de morir fusilado a causa de sus ideas y actividades liberales.

67

Y por último, Santiago Gutiérrez, padre de doña Juana, que fue a quien tocó en suerte dar forma al espíritu fino y agudo de la niña; de él hubo los medios múltiples y certeros, para manifestarse en la vida. Gustaba de acompañarle al trabajo; a su lado fue herrero, albañil y arquitecto, carpintero, agricultor, ranchero y amansador de potros, y en las conversaciones con los grupos amigos aprendió a manejar el arma peligrosa de la ironía. Le acompañó en sus lecturas, en sus viajes, En sus fantasías y también en el silencio del asombro cuando en el norte de México, tierras de Chihuahua, el desierto tomaba la palabra.

Fue ese primer concepto de infinito el que alimentó su infancia. Fue esa arena ardiente la que alimentó su sed.

Y la poesía se hizo en su alma...

Desde entonces, para no abandonarle ya más, hay una canción en sus labios y le oímos decirla al paso de su emoción, con admirable sencillez, como quien platica, sin pretensión alguna de "hacer poesía", lo mismo refiriéndose a las minucias de la vida diaria que a los más caros ideales de su mente.

Un apasionado amor a la justicia y a la libertad fue el más tenso resorte de su actuación en todos los terrenos.

Relata con gracia en "Oficio Ajeno" cómo va pidiendo prestadas sus herramientas a todos los oficios y cómo se sirve de ellas eficazmente; pero cuando recurre al poeta para utilizar su lira, éste, indignado, la rechaza, a lo cual ella responde:

¿No me la prestas?...
pues mira:
no necesito tu lira.
Yo sé de rimas mejores;
yo conozco los rumores
con que alegra el colmenar
y conozco una cadencia
que ni en toda tu existencia
has de poder encontrar.
Yo conozco aquel arpegio
tan alegre como regío
que me aprendí del herrero...
Tú no eres mi compañero
y ni pienses que lo sienta.
Hasta la vista... ¡Poeta!
No me prestes tu herramienta.

iii
Vesper, justicia y libertad, Dir. Juana B. Gutiérrez de Mendoza, periódico, 8 de mayo de 1910, México, D.F. Imagen tomada de <https://exhibits.lib.utexas.edu>



Y así, sin la pulida “lira”, pero con el ritmo y la fuerza de la naturaleza, caricia veces y en veces golpe seco, canta mientras actúa, mientras lucha, mientras vive.

Fragmentariamente, esbígando chispas en la tupida cosecha de su obra, me permito presentar no más que los pasajes ilustrativos de su desarrollo como extraordinaria mujer pensante que fue y que a través de su poesía, su filosofía y su enseñanza, seguirá siendo hasta que se cumpla cabalmente su palabra.

Dice a la siempre viva memoria de su padre:

Grave, sereno, sombrío...
del ausente padre mío
tengo la imagen grabada;
y también como un tesoro
tengo su herencia guardada...
Íbamos juntos. Un día
pensé quedé en el camino.
Y como buen compañero
dejé, para herencia mía
su arado de campesino,
su sierra de carpintero...
Y cuando llegue la hora
de mi postrera jornada,
para no deberle nada
a esa necia multitud
a quien nada debió él,
...con su arado y con su sierra,
su martillo y su cincel
haré mi fosa en la tierra,
mi ataúd y mi laurel.

Un apasionado amor a la justicia y a la libertad fue el más tenso resorte de su actuación en todos los terrenos.

Y más tarde, con las jóvenes palabras del amor:

Yo quisiera saber lo que se dicen
a solas las estrellas
cuando en las noches sus fulgores blancos
se juntan y se besan...
yo quisiera saberlo... pero siempre
que tú me lo dijeras...

Pero un apasionado amor a la justicia y a la libertad fue el más tenso resorte de su actuación en todos los terrenos. Lo encontramos hasta en las más inocentes cancioncillas:

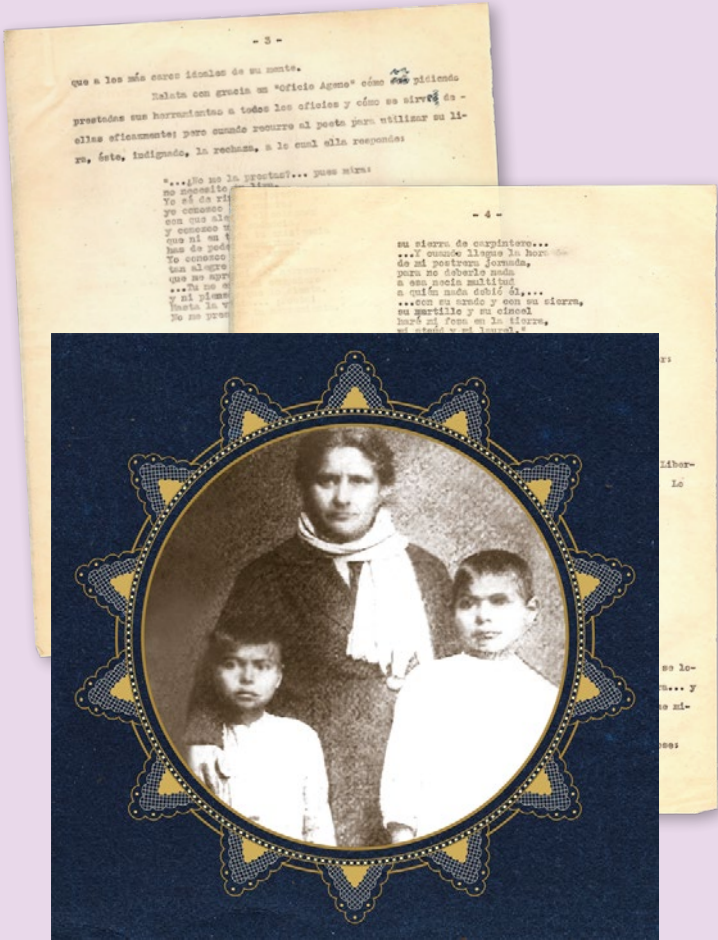
Dicen que tiene alas, niña
el amor todo,
si será que por eso
se va tan pronto...
Y si porque está preso
ya no te canta,
abre la puerta, niña
y que se vaya:
No dejes que se haga, niña
dentro de tu alma
lo que es cuestión de amores, ¡niña!
cuestión de jaulas.

Amor a la justicia y a la libertad que luego se localiza desesperadamente en la tierra, su tierra, nuestra tierra... y en sus desposeídos dueños, los indios, a quienes no hay más que mirar para saber que son el mismísimo fruto de su entraña.

Por ellos nos dice su voz pretérita, elevándose:

a los sepulcros abiertos
en lo alto de las montañas,
allá donde es necesario
para subir, tener alas...
Esos sepulcros son sólo
para muertos de esa raza
que la montaña surge
y que vuelve a la montaña...
¿Quiénes se atreverían a llorar
por un muerto de esa casta
que tiene cunas y fosas
en los nidos de las águilas?

69



iv
 Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, ca. 1910, México, Colección Gráfica y de Sonido del INEHRM.

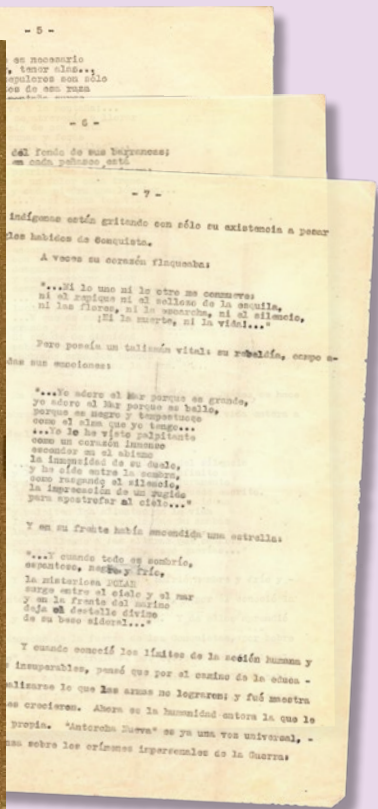
Por ellos, identificada con el grito-caudillo de Emiliano Zapata: “tierra y libertad”, vino a sus ejércitos, consejera siempre del caudillo en los momentos difíciles de las realizaciones, y desde las filas llegó a coronela.

Y tal como la razón de Zapata en la revolución no fue razón política sino de Restitución para los Indios Pueblos, así también Doña Juana, con el paisaje de una Cax en las pupilas ancestrales, luchó, organizó, escribió, enfatizó en todas las formas y en todos los tonos el sagrado derecho a la Restauración de la propia cultura y civilización de nuestra Patria, porqué, como ellos lo han dicho a través de sus labios “la patria no es la región política, la patria es la región natural”.

“Por la Tierra y por la Raza” es también el nombre de un angustioso llamado que hace al hombre de México:

Oíd... todavía resuena por el bajío y la montaña el grito de aquel dolor sin fin y sin esperanza... Mirad de los indios muertos el elocuente fantasma que murmura a nuestro oído como leyenda sagrada la historia de la grandeza y de las glorias pasadas que la cobardía de todos quiere tener olvidada como si ninguno fuera de esta Tierra y de esta Raza... ¿Quién es aquí tan traidor para hacer honor a España si es descendiente de un indio y tuvo una madre indiana?... Si no sabéis de aquel duelo preguntadlo a esas montañas... le dice el rumor que sale del fondo de sus barrancas; en cada peñasco está petrificado algún drama; es un dolor cada tronco y cada piedra una lágrima... Y así cruza todavía por esta tierra adorada la raza doliente y triste de las tribus del Anáhuac; con el yugo del trabajo encorvando sus espaldas, con las crueldades del hambre desgarrando sus entrañas y con su eterno dolor desgarrándole el alma... Y bien... Esta tierra es vuestra luchad por reconquistarla... Y que de sus ruinas surja grande y fuerte vuestra Patria. Si sabéis de dignidad sabed pues reivindicarla luchando como los buenos por la Tierra y por la Raza.

En su última ofrenda, dedicada a Juárez, se hace evidente una inquebrantable resolución de entregar su vida entera a ese desesperado ideal:



70

Porque quiero lo solemne del silencio
y la augusta soledad de lo infinito
para hacer en tu memoria un juramento
que en el ara de tu altar se quede escrito.
Mientras broten del cerebro las ideas
y palpiten los alientos de la vida
lucharé por este pueblo que tú amabas
lucharé porque surja y se redima,
porque llegue a las alturas que soñaste
porque llegue el vencedor, como querías.

Y por amor a ese pueblo sufrió hambre y frío y cansancio, y se remontó cerros y levantó caminos y por él conoció la amargura del odio y la dureza de la prisión. Y de ellos aprendió que por sobre el derecho de la fuerza de las conquistas, por sobre el derecho "divino" de las monarquías, por sobre el derecho legal de los gobiernos y por sobre todo los derechos artificiales habidos y por haber está el derecho natural del ser humano, que sus ejemplares indígenas están gritando con sólo su existencia a pesar de los siglos habidos de conquista.

A veces su corazón flaqueaba:
Ni lo uno ni lo otro me conmueve:
ni el repique ni el sollozo de la esquila,
ni las flores, ni la escarcha, ni el silencio,
¡Ni la muerte, ni la vida!

Pero poseía un talismán vital: su rebeldía, campo abierto a todas sus emociones:

Yo adoro el mar porque es grande,
yo adoro el mar porque es bello,
porque es negro y tempestuoso
como el alma que yo tengo...
Yo le he visto palpitante
como un corazón inmenso
esconder en el abismo
la inmensidad de su duelo,
y he oído entre la sombra,
como rasgando el silencio,
la imprecación de un rugido
para apostrofar al cielo.

▼
Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, Fotografía anónima, ca. 1914.

Y en su frente había encendida una estrella:

Y cuando todo es sombrío,
espantoso, negro y frío,
la misteriosa polar
surge entre el cielo y el mar
y en la frente del marino
deja un destello divino
de su beso sideral.

Y cuando conoció los límites de la acción humana y los obstáculos insuperables, pensó que por el camino de la educación podría realizarse lo que las armas no lograron; y fue maestra y sus horizontes crecieron. Ahora es la humanidad entera la que le duele en carne propia. “Antorcha Nueva” es ya una voz universal, arco de esperanza sobre los crímenes impersonales de la guerra:

Ni una tenue claridad
en esta basta extensión...
Sólo el fuego del cañón
rasgando la oscuridad;
sólo ese fuego sombrío
que siembra luto en la Tierra;
y la ciudad y el bohío
asolados por la guerra,
desiertos que van desiertos
los hogares enlutados
porque de seres amados
solo nos devuelven muertos;
Ya no podemos sufrir,
queremos, Maestra, huir
de este campo tenebroso
donde todo es pavoroso.
¡Ayúdanos a salvarlos!
Mira que para las madres
los mismos duelos son fijos
y es igual que la suerte ingrata;
el que muere o el que mata,
los dos ¡son siempre sus hijos!;
¡Qué madre podrá decir
qué cosa es la que prefiere
de lo cruel de su destino?
¡si no es madre del que muere
es madre del asesino!

maestra, ¡augusta maestra!
que este dolor te conmueva:
¡Apaga esa luz siniestra
y enciende una antorcha nueva!

Y por fin, como remate lógico del ciclo perfecto que inició su pensamiento cuando dijo: “nuestros mayores no le alzaron templos a la unidad divina si no a la dualidad creadora”. Concluye afirmando que “el problema de la mujer es el problema de la humanidad”; y como consecuencia, el único medio de que la especie humana logre equilibrar es por “la restauración del derecho natural”.

Por eso le dice a la mujer:

Y siempre que busques allá en tus jardines
valor y esperanza
hallarás dos sonrisas y habrá dos miradas.

O también:

En las almas y en los mares
es muy fácil naufragar
¿Quién quieres niña, que baje
hasta esos fondos del mar?
Unos valientes se fueron
todo el mar a recorrer
y dicen que es más profunda
el alma de la mujer.

Cuando conoció los límites de la acción humana y los obstáculos insuperables, pensó que por el camino de la educación podría realizarse lo que las armas no lograron; y fue maestra y sus horizontes crecieron.

Y ya anciana, con vejez ejemplar y luminosa, al publicarse el primer número de *Alma Mexicana*, periódico del que fue directora, dice al hacer la presentación editorial:

35 años de incesante lucha y 60 de vida pon [sic] una cualquiera fuera de combate, o por lo menos sirven para justificar indiferencias o disfrazar cobardías, dando el derecho de huir encogiéndose de hombros ante el dolor humano y ocupar cómodamente un rincón en cualquier parte del mundo a título de cansancio.

Yo tengo ese derecho... yo tengo ese derecho, pero no encuentro el rincón.

En todos los rincones del mundo está viviendo un dolor; en todos los rincones del mundo se enrosca una perfidia y se abren unas mandíbulas dispuestas a triturar y yo no tengo indiferencia para ver, ni cobardía para huir, ni mansedumbre para acomodarme allí.

Mis 60 años no me sirven para nada. No puedo hacerme con ellos una venda para los ojos ni una mortaja para la conciencia; es todo un problema que no tiene más que esta solución: llevar como se pueda los 60 años con toda su impedimenta y continuar en la tarea aun teniendo el triste convencimiento de que es inútil.

En esta forma el problema está resuelto con la publicación de "*Alma mexicana*", ya sea siquiera para rechazar la complicidad del silencio, que es la más repugnante de todas las complicidades, en la de deslealtad con que sea desvirtuado el gran sacrificio de la revolución.

Debo aclarar que este primer número de la revista "*Alma Mexicana*" vio la luz en el mes de noviembre de 1935, pues dadas las circunstancias, bien podría pensarse que fue escrito apenas hoy.

Cinco años después escribe su último tremendo poema "*Sin escalas*". con esta original dedicatoria: "Escrito por Juana Belem Gutiérrez y dedicado muy cariñosamente a doña Juana B. Gutiérrez de Mendoza."

Pobre viejecita enferma, dime quién eres;
pobre viejecita enferma, dime qué quieres;
si tú ya no puedes más
y todavía aquí estás
llamando de puerta en puerta,
viejecita que ya estás muerta
y vas llamando a la vida
con tu voz enronquecida,
apagada y temblorosa.
Dime viejita, ¿qué quieres?

dime viejita, ¿quién eres?
¿por qué estás aquí conmigo?
si yo no puedo ir contigo
metida en ese armazón
y apoyada en el bordón
al que tu mano se aferra
para clavarlo en la tierra...
oye bien lo que te digo:
yo hago un viaje sin escalas
donde no hay ni una estación...
tú no puedes ir conmigo,
viejita, ¡yo tengo alas!
y tú tienes un bordón..."



VÍCTOR MANUEL CARLOS GÓMEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES



Bandidos rurales

La representación pictórica del delincuente que atraca diligencias en el México del siglo XIX está marcada por el clasismo y una mirada racial, donde éstos son morenos y pobres, mientras sus víctimas son gente adinerada y blanca. El único propósito es mostrar su capacidad para hacer daño.

Salieron de madrugada con rumbo al cerro del Águila para juntar leña, sin saber que escondidos entre unos matorrales los esperaban unos bandidos. Padre e hijo eran arrieros y habían recorrido esa ruta innumerables veces. Iban sin prisa, al paso en sus burros. De repente, dos hombres saltaron desde la orilla del camino impidiéndoles pasar, amenazándolos con un machete y un mosquete. Juan de Luna reunió valor y dijo a su hijo que se resistirían al asalto. No había terminado de hablar cuando un ruido a su espalda llamó su atención. De la oscuridad emergieron seis sujetos cubiertos de la cara que se abalanzaban con lanzas en las manos contra ellos. Fue entonces que entendió que no había escapatoria y le ordenó a Eligio que bajara del burro sin hacer resistencia.

Severo Hernández, “el perro”, ordenó a dos de sus hombres que desnudaran y amarraran a padre e hijo y después de quitarles lo que trajeran consigo los arrojaron entre la maleza. Al resto les indicó que comenzaran a arriar los animales hacia el monte. Tumbado bocabajo en el suelo Eligio escuchó que sus asaltantes se alejaban, excepto uno, que se quedó custodiándolos. No pasó mucho tiempo para que el sujeto lo amagara con su cuchillo, amenazando con matar a Juan si hacían ruido. En total silencio percibieron unos caballos acercarse e irse. Después de unas horas se dieron cuenta que su custodio se había marchado y comenzaron a desatarse. Huyeron en cuanto lo lograron, despojados de todo lo que tenían, pero sin haber recibido un solo golpe.

Este asalto sucedió en un camino rural del estado de Aguascalientes en 1869, pero fue uno de tantos que se cometieron en la región y en el país durante la segunda mitad del siglo XIX.

Ese fue un lapso en la historia de México que no debe ni puede entenderse sin el papel de los bandidos, criminales a los que actualmente se les relaciona con la idea romántica de héroes populares. Sin embargo, esa mirada no refleja fielmente la forma en que, a través del tiempo, fueron vistos por las personas que directa e indirectamente padecían y sabían de sus fechorías. En cierta medida, es producto de la difusión de una visión tergiversada de los mismos, que exageró elementos reales y ficticios. Debido a eso, vale la pena preguntarse, qué idea tuvieron de los bandidos los diferentes artistas visuales mexicanos que en esos años crearon una obra sobre ellos.

LA REPRESENTACIÓN VISUAL

Los bandidos fueron enigmáticos protagonistas de la mayoría de los acontecimientos de la historia de México. Sería casi imposible explicar el surgimiento del país, sus primeras décadas o hablar en sí del “siglo XIX mexicano” sin referirse a ellos. Aún existía Nueva España cuando hombres (muchos con fama de criminales) como Agustín Marroquín se unieron a las filas insurgentes que comandó Hidalgo y lideraron tropas o lucharon rebelándose en contra de la corona española, logrando la independencia. Fue ese acontecimiento el que trastocó un orden de legalidad que había mantenido el bandidaje bajo control e inició un periodo de inestabilidad política y social.

La debilidad de los gobiernos mexicanos, las invasiones extranjeras y la arraigada práctica de arrebatarle el mando de la nación a

76
 través de las armas crearon el desorden idóneo para que sujetos ambiciosos, oprimidos o empobrecidos se volvieran bandidos y crearan un clima de inseguridad nunca visto en el país. En las décadas de los cincuenta y sesenta se volvieron populares ciertos bandidos inmiscuidos en los grandes problemas políticos del país, como Juan Vicario, Leonardo Márquez, Tomás Mejía y Manuel Lozada, así como ciertas bandas como las de Los Plateados o Los Chaveños. Invisibilizados por los grandes hombres y grupos había una enorme cantidad de gavillas que cometían toda clase de robos y violencias a lo largo del país, al parecer con meras intenciones criminales. Porfirio Díaz no pudo terminar con ellos y su régimen cayó sin que se supiera a ciencia cierta qué eran y qué querían los bandidos.

Lo enigmático de su existencia en la clandestinidad sedujo la inquietud de la prensa de la época, que publicaba diariamente noticias sobre sus crímenes. También la de viajeros extranjeros, que publicaban libros relatando sus asombrosos encuentros con exóticos personajes, tan crueles como gentiles, que asaltaban sus diligencias en sus travesías más allá de la ciudad de México. Incluso, la de escritores como Ignacio Manuel Altamirano, que en *El Zarco* contó la dramática historia de una joven que se enamora y fuga con el líder de Los Plateados. En 1892 Manuel Payno escribió la más famosa novela mexicana sobre el tema: *Los Bandidos de Río Frío*. Algo que resulta peculiar es que los bandidos no fueron de especial interés para los artistas visuales mexicanos, aunque hubo algunos que sí se preocuparon por documentar su rol en la vida cotidiana de los habitantes del país. En sus obras, la idea que plasmaron de ellos no fue la de héroes, sino de villanos.

Asalto de una diligencia es una litografía de Casimiro Castro, realizada entre 1855 y 1856 que, como su título indica, retrata un asalto a una diligencia en un paisaje boscoso en el cruce de dos caminos, cometido por un grupo de bandidos que, aprovechando su mayoría numérica, se apoderan del transporte, despojan de sus pertenencias a los viajeros, los amenazan, amarran e incluso hieren.



ii

Casimiro Castro, *Ataque de una diligencia*, litografía a color en México y sus alrededores, México, Imprenta de Debray, 1869. División de investigación general, Biblioteca Pública de Nueva York, Colecciones digitales.

iii

Detalle de Anónimo. *Asaltantes de caminos*, óleo sobre tela, ca. 1850, Museo Nacional del Virreinato. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.



La obra presenta tres diferentes escenas sobre los bandidos y sus gavillas. La primera sucede en el plano más profundo de la obra y plantea el tema del robo. Muestra un grupo de bandidos vestidos con sarapes y sombreros intentado controlar a los caballos sujetando sus riendas, ayudados por otros de sus secuaces que buscan calmar a los animales. Otros miembros del grupo registran el carro y extraen de ella los equipajes de los viajeros, a la vista de dos vigías montados a caballo. Se plasma a un bandido cubierto del rostro registrando un baúl, del cual ha extraído diversos objetos, indicando que el hurto es una parte fundamental del bandidaje.

La escena del lado izquierdo habla del despojo y la intimidación. Dos bandidos amenazan a un hombre vestido de forma elegante, cuya expresión atónita y mirada de espanto contempla cómo uno de los asaltantes lo toma del hombro de forma intimidante mientras que otro apunta su pistola directamente a su cara. Otra de las víctimas, vestido con una levita negra corre en auxilio de su compañero. Los bandidos no agreden a su víctima, sólo lo amenazan para obtener algo de él. La última escena, a la derecha, habla de la agresión, la muerte, el miedo, la desesperación y la inclemencia. Esto se ve a través de dos hombres atados, uno junto a un árbol y el otro hincado a los pies de este, así como dos mujeres que imploran por la vida de un hombre tirado en el piso, ante un bandido montado en su caballo blanco y armado con una pistola en la mano derecha.

Los bandidos fueron enigmáticos protagonistas de la mayoría de los acontecimientos de la historia de México.



Los hombres maniatados indican el *modus operandi* de los bandidos (sorprender, intimidar, maniatar, robar y huir) y sus rostros reflejan resignación a un destino que está en manos de sus asaltantes. Las mujeres suplicantes agregan a esta resignación el elemento del ruego como último recurso ante la acción del bandido, el que se muestra inclemente a la súplica y con capacidad de agredir, como lo hizo con el hombre tirado en el piso, que presenta una mancha de sangre en la camisa. Es evidente que el artista intentó plasmar la existencia de jerarquías dentro de la asociación de bandidos, las cuales quedan establecidas al enfatizar que sólo algunos de ellos montan caballos, unos realizan tareas más físicas que otros y algunos vierten de “paisanos” y otros como chinacos. El líder es quien monta el caballo blanco y viste de forma más elegante.

Asalto a la diligencia es un óleo sobre tela de 1855 creado por Manuel Serrano, que, como toda obra costumbrista, buscó representar un aspecto de la vida cotidiana mexicana de la época: el bandidaje. Serrano, quien fue el autor del dibujo en que se basó la litografía anterior, retomó la temática, estructura, elementos y composiciones. Esto indica que el artista tenía una idea muy clara y concreta de lo que definía a un bandido (la maldad, la alevosía, el uso de la fuerza y la inmisericordia) y caracterizaba a un asalto (alevosía, *modus operandi*, división de las actividades, y uso estratégico del espacio). Sin embargo, si diferencian en que, en esta última, dos son los puntos en los que recae la fuerza de la obra: 1) la mujer que implora ante la mirada inexpressiva del bandido y, 2) el posible asesinato. Ellos permiten una lectura más allá del simple robo, ya

Los hombres maniatados indican el modus operandi de los bandidos (sorprender, intimidar, maniatar, robar y huir) y sus rostros reflejan resignación a un destino que está en manos de sus asaltantes.

La misma distinción se manifiesta en las víctimas. Las mujeres parecen ser, por sus vestidos, gente humilde, mientras que los hombres son todos caballeros de la clase alta, que vierten ropas elegantes. Esta litografía intenta ser realista retratando que, en los caminos, aprovechando los accidentes del terreno, el anonimato del bosque o los espacios vacíos de las zonas rurales, los bandidos podían sorprender a los viajeros y despojarlos de sus propiedades y vidas, sin mostrarles consideración alguna, aunque suplicaran piedad. El artista plasmó al bandido como un individuo sagaz, inteligente, estratégica, que usaba estas habilidades para llevar a cabo actos criminales. Asimismo, lanzaba una advertencia sobre los riesgos de transitar los caminos rurales.

que, el artista manifiesta la oposición de la falta de sensibilidad del bandido con la vulnerabilidad y el miedo de la mujer indefensa.

En este óleo el artista creó un relato clasista y racial. Por un lado, se hace manifiesta la diferencia social entre bandidos, el hombre a punto de ser asesinado y la mujer que suplica. Estos últimos son gente de clase alta, de tez clara, a diferencia de los bandidos, representados con piel morena. Se puede entender que la maldad que el artista atribuye a los bandidos también la asigna a los mestizos, mulatos o indígenas, personas que en esa segunda mitad del siglo XIX componían el grueso de la población mexicana, que vivían en constantes problemas de subsistencia y que se creía eran proclives a cometer delitos.

iv
 Manuel Serrano, *Asalto a la diligencia*, óleo sobre tela, ca. 1855, México, Museo Nacional de Historia. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

Es en ello que se establece una diferenciación social y racial, así como la idea de que, por medio de la fuerza, la gente de clase alta perdía la superioridad que les confería su estatus social.

Aunque existen otras pinturas sobre bandidos, como el óleo *Asaltantes de caminos*, del año 1850, vale la pena hablar de *Asalto a una diligencia*, un grabado anónimo de la década de 1880. La pieza describe el asalto a una pareja de clase alta por seis bandidos en un camino que atraviesa una zona de espesa vegetación, compuesta por frondosos árboles, palmeras y nopales. Dos escenas son las que se desarrollan en el grabado. La primera, en el fondo, muestra a dos bandidos armados que, al pie de un árbol, sostienen a una mujer finamente ataviada que desfallece en sus brazos, mientras un tercer asaltante revisa el interior del carruaje que volcó a la orilla del camino. En el primer plano del grabado se ve la segunda escena, donde un bandido toma por la espalda el brazo de un hombre



de clase alta (entendible por su vestimenta), para evitar que oponga resistencia a uno de sus compañeros que lo ata con una cuerda; todo esto a la vista de otro bandido que levanta la vista hacia ellos interrumpiendo su tarea de inspeccionar un pequeño baúl que sostiene en las manos.

Como se ve, este grabado narra básicamente la misma historia que las obras anteriores y la componen elementos similares. Igualmente, plantea un discurso clasista y racial, porque se busca hacer evidentes las diferencias entre las víctimas y los victimarios, siendo que a los segundos se les representa toscos y rudos, con ropas humildes y de piel oscura. Este grabado cumple la función social de alertar a los lectores de Los episodios históricos sobre los peligros de los viajes por caminos solitarios y de la amenaza constante que constituyen los bandidos. Por tanto, la advertencia llegaba a personas alfabetizadas que había en un México mayorita-

riamente analfabeta y que se encontraban en una situación económica suficiente para tener acceso a la publicación.

TODOS LOS BANDIDOS, EL MISMO BANDIDO

En estas obras vemos que todos los bandidos plasmados son en sí el mismo bandido, porque fueron creados con base en una serie de atributos que constituían la idea que artistas de la época tenían del bandidaje. Este estudio ha mostrado que es en la reiteración donde radica lo específico de la idea de bandido existente en las obras analizadas. Esta tiene como núcleo aspectos permanentes que fueron retomados de la realidad, como el camino, el escenario rural, el asalto, la acción colectiva, la estrategia, la violen-





v
Asalto a una diligencia, litografía en Enrique de Olavarría y Ferrari, *Episodios Históricos Mexicanos: novelas históricas nacionales*, México, t. 2, vol. 1, Barcelona, España, J. F. Parres, 1887. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar, Instituto Mora.

vi
 Juan Mauricio Rugendas, *Salteador de diligencias*, óleo sobre papel, 1831, México, Museo Nacional de Historia. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

cia física y moral, el uso de armas. Pero también, atribuciones que llegaron al imaginario del artista desde lo que se creía popularmente de los bandidos, como la inmisericordia, el asesinato, el miedo, la oposición de clases sociales, el resentimiento social y la diferencia racial. Sobre esos atributos se cimentó lo “universal” del bandidaje.

A pesar de que algunos de estos atributos les fueron adjudicados y otros exagerados, la idea de bandido intrínseca en estas representaciones es clara: los bandidos eran criminales de piel oscura, malvados, perversos, despiadados e inmisericordes, que en su afán de hurto atentaban contra la vida, la moral y, en sí, contra los valores y virtudes humanas. Los bandidos fueron construidos bajo una noción de otredad; fueron plasmados como el “otro”, aquel que no formaba (y no debía formar) parte del sistema social ideal que idílicamente proyectaban los hombres y se materializa a través de un pincel; ese otro que no era héroe, sino villano o verdugo. Ese bandido era lo contrario a Robin Hood.

En esta noción de bandido juega un papel fundamental el binomio camino-espacio rural. Los bandidos no son simples criminales ya que tienen un significado concreto en las sociedades de las que forman parte, pero ese significado existe porque los espacios rurales y los caminos conforman un escenario que se constituye en actor al condicionar sus actos, estableciendo los obstáculos que se deben sortear para llevar a cabo un robo, pero que son transformados en ventaja estratégica. Los caminos eran tierra de nadie, porque la justicia y la ley pocas veces podían garantizar su presencia e influencia en ellos, donde todos estaban obligados a transitar y por ello las relaciones de poder se debilitaban evidentemente, permitiendo que alguien más lo ejerciera bajo sus propios parámetros. Los espacios rurales y los caminos son parte de la personalidad bandolera y, a la vez, constituyen su mundo.

Se plantea un discurso clasista y racial, porque se busca hacer evidentes las diferencias entre las víctimas y los victimarios.



Los artistas construyeron un discurso visual sesgado y parcial, que no estaba hecho para reflexionar ni explicar el fenómeno del bandidaje.

En las obras analizadas existe una gran ausencia, el asunto de la oposición a los bandidos. En ellas no se plasman hombres que los ataquen o castiguen y tampoco existe el poder institucional que debía actuar contra ellos. Dichos elementos no aparecen en las composiciones porque a los artistas no les interesaba hablar de eso, sino denunciar el peligro que constituían los bandidos y el riesgo que corrían las personas de clase alta. Desde su horizonte cultural y posición social construyeron un discurso visual sesgado y parcial, que no estaba hecho para reflexionar ni explicar el fenómeno del bandidaje; por eso reprodujeron un estereotipo de bandido, que generaba una visión reduccionista y tergiversada de ellos y del bandidaje en sí: el bandido como hombre inteligente, sagaz y estratega, que usa esas habilidades para llevar a cabo actos criminales. Individuo proveniente de las clases bajas, de tez oscura, alevoso, malvado e inclemente. Por tanto, distinto a la gente de “bien”.

Las representaciones visuales analizadas fueron una advertencia del artista sobre los riesgos que existían

fuera de los dominios de las fincas para los propietarios, mostrándoles que tanto los bienes como las vidas podían ser arrebatadas y de que existían hombres con la capacidad y deseo de hacerles perder la dignidad al humillarlos. En dos aspectos las pinturas son claras, en que el riesgo era para los que tenían bienes y que no había escape ante los bandidos, pues el único destino era la muerte, pero no sin antes perder sus pertenencias y la dignidad. Todos los bandidos, es decir, “el bandido”, ejercía una fuerza moral que atentaba contra el honor de la nobleza; eso evidencia una fuerte carga clasista en la obra de los artistas.

La idea de bandido plasmada en la pintura se apoya en la teatralidad. Al darle al bandido una apariencia hostil y agresiva, así como una conducta deliberadamente perversa, los artistas demostraban que esos criminales construían una imagen de sí mismos, que condicionaba su identidad social y reputación, que era socialmente aceptada, difundida a través de una puesta en escena, una dramatización que servía a los bandidos como herramien-



ta de coerción. Al suceder esto, se planteaba un juego de apariencias, la del bandido y la sociedad que es víctima, que se basaba en gran medida en la ficción, pero era real y tenía un poder e influencia fundamental sobre la sociedad y, por ende, en el fenómeno. Por ello, para acentuar cada uno de los polos antagónicos se omitían los elementos de la oposición física contra los victimarios y la piedad ante el ruego.

Las obras costumbristas, incluidas las de bandidos, fueron una mirada vertical y clasista; una visión desde

arriba sobre las clases bajas, que eran plasmadas como otredad, con espacios, prácticas y códigos sociales propios, que resultaba exótico conocerlos. Esto se debió a un factor simple, pero en demasía trascendental, la demanda del sector burgués de la sociedad por este tipo de temáticas. De forma particular, las representaciones visuales que se han analizado contribuyeron a que se transmitiera una idea parcial y tergiversada de lo que era un bandido; a que se consolidara la carga peyorativa del concepto “bandido”; y a que se justificara la erradicación del bandolerismo.

vii O. Laballéz, *Al acecho*, acuarela, ca. 1850, Museo Nacional de Historia. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0. | viii O. Laballéz, *Asalto a una diligencias*, acuarela, ca. 1850, México, Museo Nacional de Historia. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

PARA SABER MÁS

BARRETO ZAMUDIO, CARLOS, REBELDES Y BANDOLEROS EN EL MORELOS DEL SIGLO XIX (1856-1876), México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales, México, 2019.

CARLOS GÓMEZ, VÍCTOR MANUEL, PERSEGUIR Y CASTIGAR BANDIDOS EN AGUASCALIENTES. CECILIO MACÍAS Y LOS MÁRGENES DE LA LEY, 1870-1910, México, Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura, 2025.

GOYA, FRANCISCO, Bandidos fusilando a sus prisioneros, óleo sobre lienzo, colección Marqués de la Romana, en <https://cutt.ly/TtE-6Fi5A>

TAPIA VÁZQUEZ, SEBASTIÁN, El desarrollo de la mano. La construcción del discurso criminalizador en torno a los líderes armados durante la Guerra de Reforma y los albores de la Intervención francesa (1858-1862), México, INHERM, 2025.

RENATO ALEJANDRO FLORES CHINCHÓT

84

De Adolfo a Gustavo



Lealtad, fidelidad, resignación. Mucho se espera de los hombres. Nada se reprocha. Algo se perderá en el camino. Todo sea por la revolución.



85

i
Gustavo Díaz Ordaz y Adolfo López Mateos durante la toma de posesión de Díaz Ordaz, 1964. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

ii
Adolfo López Mateos con el embajador de Guatemala e integrantes de su gabinete, incluido Gustavo Díaz Ordaz, ca. 1958. Colección particular.

Gustavo:

Yo que vivo para mí, para mis viajes, para correr; tú que vives para mí, por mis viajes, y que te quedas quieto cuando vago por el mundo. ¿Quién más podría ser sino mi mejor secretario? Tú. Si no en China, en Italia, si no en Nueva York, en San Francisco, si no por el Viaducto, por uno de esos 30 000 kilómetros de asfalto que me ayudaste a desarrollar. No hubo un solo día, desde hace 20 años, en que no hayas hecho todo ese maldito papeleo para el que yo no nací.

Puedo decir, con absoluto orgullo, que desde el primer lance en el Congreso has sido siempre mi más fiel aliado. Indomable, como eres, desde que te conocí, jamás te tuve miedo, al contrario, siempre te vi como un gran aliado, es lo que me ha enseñado a quererte, cabrón. Pero ese es el meollo del asunto, solamente yo. ¿Cuántas veces no estuviéste a punto de perder la cabeza nada más porque el licenciado Ruiz Cortines no te dio el puesto que querías de entrada?

Pero por supuesto que te estimo. Claro que has sido un excelente colaborador. ¡Mil veces más te defende-



86

ría de cualquier embate en nombre del partido! ¿Cuántas veces no sacaste al buey de la barranca por mí? Y, sin embargo, no puedo negarlo: ¡eres un viejo cabeza dura! ¡Eres una maldita máquina! ¡Eso es lo que tanto te hace tú! Deja lo feo, lo dientón, lo orejón, jamás me has entregado un problema sin resolver, pero tampoco has dejado a uno solo vivo.

Cómo me irrita no ser tú, ni que tú seas yo. Si yo fuera tú, probablemente no estaría como estoy, seis años después. Si tú fueras yo, tan sencillo que sería decir “no estoy de acuerdo” sin necesidad de recriminar a diestra y siniestra, siempre de dientes para afuera, Gustavo.

Y ahora no me puedo hacer el sorprendido, “es que el secretario también, licenciado”. “Es que el señor Ordaz no le preguntó a nadie más”. “Pues no sé qué decirle, licenciado, Bucareli ya habló”. ¡Carajo Gustavo, cómo te admiro! Cárdenas, que se nos subía a las barbas con sus ídolos juveniles prestados (ya a su edad, por amor a Dios), y tú diciéndole a Kennedy lo que quería oír, ¡siempre!

En fin, más allá de tus logros y tus arranques, ahí está la oficina, Gustavo. El país está todavía mejor que como me lo entregaron. El desarrollo, estable, como bien se planeó gracias a ti. La silla, bien plantada, mejor de lo que puedo hacerlo hoy. Precisamente, al presidente ya le toca. Gustavo, decirte que te encargo hoy una tremenda responsabilidad es hablar como si no te conociera, pero porque te conozco, ¡sosiégate! Haz lo que sabes hacer, pero no te me andes excediendo.

¡En ti confié!
Adolfo





iii
Retrato oficial de Adolfo López Mateos como presidente constitucional de México, 1958. México, Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

iv
Adolfo López Mateos en discurso desde el balcón de Palacio Nacional, México, ca. 1963. Colección particular.



v
Adolfo López Mateos en un evento de Partido Revolucionario Institucional, ca. 1960. AGN, fondo Presidencia.

vi
Adolfo López Mateos revisa vehículos de las Fuerzas Armadas Mexicanas, ca. 1963. Colección particular.

vii
Toma de posesión del ejecutivo por Gustavo Díaz Ordaz, 1964. AGN, fondo Hermanos Mayo.



GUSTAVO. MINUTOS DE REFLEXIÓN

¿Cómo negarlo? Tanto se ha hablado, tantos han criticado y ninguno puede ver lo que es evidente. Me resulta incomprendible pensar que pudieran tan siquiera dudar que actué con base en los inquebrantables principios que he jurado no traicionar y que han dado legitimidad a este mismo gobierno del cual hoy, algunos, dudan. Es por demás sorprendente la cantidad de personas que se hacen llamar intelectuales y son incapaces de reconocer el aroma de la sangre derramada sobre las páginas de la historia.

Considerando todas aquellas limitaciones intelectuales y espirituales de quienes se han convertido en jueces y partes de mi actuar, he de confesar que poco me interesa ya la escala que sea que utilicen para calificar lo acontecido. La revolución que hoy da forma a nuestra patria, y legitimidad a mi gobierno, nos supera, nos supera a cualquiera, a algunos incluso, con creces. Quisiera ver a cualquiera de esos muchachitos intentar calzar estos zapatos, soportar el peso que hay en mi pecho, no verse ensordecidos por el estruendo de un pueblo y, además, tener algo más que una voz firme.

“¡Mentiras!”, exclaman como quien se niega a creer que no ha conseguido la cifra ganadora en su boleto de la lotería. Quienes decidan escucharme lo sabrán,

jamás he negado que unas cuantas familias hoy se siguen sentando a la mesa conscientes de que hay un lugar vacío. Esto es lo que sigo sin comprender: ¿han acaso decidido ignorar que soy un hombre de familia como cualquier otro? Los hay quienes hoy día creen que ni siquiera soy capaz de comprender lo que es el cariño de un padre por un hijo. Para ellos no hay remedio; el resto que me escuche muy bien. Soy, ante todo, un hombre con una enorme convicción por el servicio: responsablemente he criado buenos hijos y desinteresadamente he buscado lo mejor para ellos.

La confusión no deja mi cabeza. Considero, todavía, que cualquier mexicano es capaz de conocer, o si no comprender, lo que es el amor por aquellos a quienes debe su vida. Y así, pregunto yo: ¿niegan entonces mi nacionalidad? El absurdo en el que han elegido vivir es el mismo del que yo busqué alejar, con éxito rotundo, a la mayor cantidad de mexicanos posible.

Es característico hasta la comicidad la sordera intelectual y emocional de la que hoy ellos sufren. ¿Qué hacer ahora? Hablar con total firmeza el día de hoy, escuche quien me escuche: asumo íntegramente la responsabilidad personal, ética, social, jurídica, política e histórica, por las decisiones del gobierno en relación con los sucesos del año pasado.

RAMÓN AURELIANO
INSTITUTO MORA

90 Adalberto Martínez “Resortes”

Hecho en México y por mexicanos



i
Adalberto Martínez “Resortes”,
retrato, ca. 1950, México, inv.
591890, SINAFO. Repositorio del
Instituto Nacional de Antropología
e Historia, México, licencia
de uso CC BY-NC-ND 4.0.

ii
Filmación de la película *El Luchador Fenómeno*, 1952. AGN, México,
fondo Hermanos Mayo.

Los modismos, gestos, argot y sentido del humor del mexicano de mediados del siglo xx configuran el personaje de “Resortes”, un artista “espontáneo” como se decía él, que de niño hacía títeres y luego recorrería la carpa y los salones de bailes hasta saltar al teatro y el cine.

91

Actor y diestro “bailador”, según sus propias palabras, “Resortes” no fue únicamente un actor cómico del cine mexicano, sino el resultado vivo de una cultura popular que se forjó en las carpas, los salones de baile y en la observación aguda de la vida cotidiana. Antes de consolidarse como una figura reconocida en el cine, su trayectoria estuvo atravesada por la precariedad económica, la resistencia de sus padres hacia el mundo artístico y una formación completamente autodidacta. Aprendió del contacto directo con el público, la improvisación y en la capacidad de transformar la experiencia popular en recurso escénico. Comenzó su amplia carrera en las carpas, como comediante y en el teatro de revista hasta llegar al cine, uno de sus más grandes anhelos, donde llegó a participar en más de 90 películas. Entre su filmografía se recuerdan, por ejemplo, *Yo dormí con un fantasma* (1947), *El nieto del zorro* (1947), *Al son del mambo* (1950), *El beisbolista fenómeno* (1951), *Quiero ser artista* (1957), *El dengue del amor* (1965) y *Matar no es fácil* (1966). Obtuvo diversos reconocimientos como la Diosa de Plata por la mejor coactuación masculina en la cinta *Los albañiles* (1976); en 1981 la Asociación Nacional de Actores le otorgó la medalla de oro por 50 años de carrera y en 1987 el inba lo homenajeó, junto a otros bailarines, con una medalla y diploma. En 1993 fue invitado al festival francés de Nantes, donde

proyectaron sus películas *Baile mi rey* y *Al son del mambo*, y al año siguiente recibió el Ariel de Oro por su trayectoria artística. “Resortes” murió a los 87 años, el 4 de abril de 2003.

La entrevista que presentamos a continuación, realizada en 1978 y resguardada en el Archivo de la Palabra del Instituto Mora, ofrece una ventana privilegiada para comprender no sólo el comienzo de su carrera, sino también las condiciones culturales que hicieron posible su desarrollo como artista. A través de su testimonio se revela una concepción del arte profundamente ligada al pueblo. “Resortes” no sólo actúa para el público, sino que se construye a partir de él, incorporando sus formas de hablar, sus gestos y su sentido del humor. En este sentido, su trayectoria permite observar cómo los espacios populares –frecuentemente marginados por la cultura oficial– funcionaron como verdaderas escuelas de formación artística en el México del siglo xx.

“Resortes” encarna las posibilidades y límites del artista popular en su contexto histórico. Su historia de vida permite cuestionar las fronteras entre cultura “alta” y “popular”, así como reconocer que, en muchos casos, la legitimidad artística no proviene de la formación académica, sino de la capacidad de conectar, representar y transformar la experiencia colectiva en espectáculo.

De la carpa al cine

Soy un producto de México hecho en México y por mexicanos. Nací, al igual que mi hermano mayor Carlos, en el callejón del Estanquillo número 10, Distrito Federal, un 25 de enero de 1916; soy de signo acuario. Después, mi padre y mi madre se cambiaron a las calles de Regina número 69, por donde estaba la higuera de San Felipe de Jesús y ahí nacieron mis demás hermanos. Fuimos 18 hermanos, siete de mi madre, Enriqueta Chávez, y con otra señora que tuvo mi padre los restantes.

Mi madre fue muy católica y se dedicó al hogar; mi padre Luis Martínez Herrera no, él era más liberal; fue masón y obtuvo el grado 33. Él trabajaba en tranvías, ganaba poco y ya con dos señoras pues sí había necesidad de más dinero en la casa; entonces, yo fui muy luchón desde chamaco, siempre acostumbraba a darle dinero a mi madre para ayudarla y había pensado en ser artista para apoyarla. Pero mis papás no querían que me dedicara al medio artístico que consideraban de desorden, porque ellos odiaban a los borrachos; enterré tres tíos por la tomadera, uno de parte de mi madre y dos el lado de mi padre.

Mi madre a todos nos dio escuela. Claro, mi papá daba el dinero, pero para ella el estudio era lo primero para todos nosotros: mi hermano el grande es ingeniero, mis dos hermanas más chicas se recibieron de secretarias; todas casadas, yo también casado y fui el primero que se divorció; soy el único divorciado de los hermanos.

LOS TÍTERES Y EL CINE MUDO

Desde niño tuve inquietudes artísticas pues mi abuelo materno, el señor Antonio Chávez, estaba paralítico a la edad de setenta y tantos años, murió a los 96 y fue titiritero; tenía una imprenta y además una carpa de títeres. A mi hermano mayor y a mí nos enseñó a mover las marionetas



y dábamos funciones. Además, mi padre nos compró un aparato de cine y películas de cine mudo, porque era el cine mudo en aquel entonces, así que dábamos funciones de teatro y de cine también. Exhibíamos distintas películas como las de Charles Chaplin, que era uno de los que más le gustaba a los niños, cobrábamos un centavo la entrada y llenábamos la carpa, con muy buenas entradas; ya desde niño tenía yo la cosa de hacer reír a la gente, mejor dicho, a los niños porque esto era para niños.

Esto del cine que exhibíamos nosotros de niños y que íbamos a ver con mis padres, inclusive a todas las salas cinematográficas de aquel entonces, del México de los veinte, me sirvió también de escuela porque me gustó la comicidad; vimos los que eran los grandes maestros cómicos, era el cine mudo, que para mí es más difícil que el hablado.

EL "BAILADOR"

En 1926 estaba de moda el charlestón y la rumba, yo fui muy diestro para bailar eso y le buscaba la forma de más o menos agradarle a la gente y donde quiera me hacían rueda, y bueno, yo sólo quería ser artista. No me puedo llamar

iii

Adalberto Martínez "Resortes" durante una actuación, ca. 1968, México, inv. 591890, SINAFO. Repositorio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

iv

Adalberto Martínez "Resortes" y Silvia Derbez durante la filmación de la película *Baila mi Rey*, 1951. México, AGN, fondo Hermanos Mayo.

bailarín; me considero bailarador. Todos los bailarines son importantes, yo no tanto, yo nomás me baso en que tengo muy buen oído, eso sí. Pongo un disco y entonces lo bailo, luego toco otra vez el disco y lo vuelvo a bailar, pero diferente; mi cerebro capta la música y comienza a dirigir mis músculos sobre ese ritmo. El baile para mí es uno de los mejores ejercicios, más completo, más que la natación. La natación es muy bonita y también es completa, se mueve todo el cuerpo, pero le falta a uno lo que es el asentamiento del cuerpo en el suelo; en la natación no lo tiene uno, es decir, usted hace un ejercicio nadando y su cuerpo va flotando en el agua, pero le falta ese ejercicio de sentir el suelo y dar vueltas, de girar, de caer ¿no?

Mi madre y mi padre odiaban el teatro, como decía, porque fueron enemigos del alcohol y cuando le dije a mi papá que quería ser artista de teatro se opuso y trataron de darme una carrera. Me metieron primero a la Academia de San Carlos a estudiar dibujo porque veían que yo era muy apto para los dibujos en la escuela primaria, de los cuales pues no, no terminé la carrera, me iba más al salón de baile y mi padre me pegaba porque era menor de edad, tendría ya 15 o 16 años, pero yo de terco que quería ser artista. Me enviaron a la Escuela de Inge-

nieros Constructores, a la Escuela de Comercio, y no: terminé en las tablas.

Vendía paletas en un teatro que se llamaba Teatro Hidalgo que estaba en las calles de Regina, entre 5 de Febrero e Isabel la Católica. En ese teatro estaba un actor que le decíamos "el rey de los tenorios", así lo catalogaban en México en aquél entonces, don Ricardo Gutie (sic) y daba muy buenas obras, dramas, comedias: La mujer X, María la em-

"Mis papás no querían que me dedicara al medio artístico que consideraban de desorden, porque ellos odiaban a los borrachos".

paredada, y grandes obras, como el Don Juan Tenorio, ¿no? Esa última era la que representábamos casi siempre en noviembre mi hermano y yo en los títeres, podíamos tener dos o tres títeres en las manos y hablábamos los tres personajes. Entonces, representábamos el "Tenorio".

Pasó el tiempo y allí en el Teatro Hidalgo en cierta ocasión solicitaban unos comparsas para una





obra que se llamaba “Tierra y libertad” sobre Emiliano Zapata. Entonces los que vendíamos paletas nos contrataron por 1.50 pesos diarios. Nos vistieron de indios, de agraristas, íbamos a salir con unos costales, pero antes de que empezara la obra me asomé y ahí dentro de la sala estaba ¡mi mamá y mis hermanos! Dije “me van a ver, me van a ver” y fui al camerino y me caractericé, me puse unos bigotes y ya, empieza la

“En esas carpas me inicié en el drama, la comedia y la zarzuela, esos locales eran del señor Procopio, quien tenía todo el Distrito Federal inundado de ellas”.

obra y sale un agrarista, otro y yo el tercero y al salir al escenario, dar un paso, que se viene la ovación y me dije: “¿Pues a quien le aplaudieron? ¿quién viene detrás de mí?” No, nadie, era yo; pero entonces el apuntador me dice “haz mutis, desparécete del escenario”, cuando me hace mutis, ¡uuh!, me echó la viga; me dijo: “Pero ¿quién jijos de tal por cual te dijo que te pusieras esos bigotes? Ya te confundieron con

Zapata...” pero ya había yo pisado el escenario, algo había saboreado el aplauso, aunque no era directamente para mí.

LA ESCUELA DE LAS CARPAS Y EL SKETCH

Cuando ya comencé a trabajar en el teatro fue con un muchacho, estábamos esperando a otro joven que le daba clases de tap, yo era “lírico” nunca he ido a una escuela de danza, nunca; cuando pasaron dos actrices nos aventaron un beso a mi y a otro compañero, que también bailaba, y se metieron a una carpa. Por la curiosidad de ir a ver que hacían las seguimos y vimos que salieron a bailar, era un homenaje a un artista. Otro amigo nos dijo: “¿Por qué no se suben a bailar ustedes ahí?” Me insistieron mucho y finalmente me convencieron, nos subimos a bailar y nos anunciaron como “Los Espontáneos” porque les dije “vamos a hacer una cosa espontánea”. La verdad mi baile siempre ha sido espontáneo, y pegamos. Nos hablaron para contratarnos y como era la oportunidad que yo esperaba pues sí, les dije que sí. Comenzamos a trabajar ahí, claro, a escondidas de mis padres; y les volví a decir que yo quería seguir esa carrera y no quisieron. Pero, tiempo después hasta me fue a ver mi padre a la carpa y ese día estuve muy, muy nervioso; pero cuando lo vi que se ríe, dije “ya gané, ya le gané.” Mi padre hasta me dio consejos y por supuesto que me cuidara del alcohol.

Después me separé de este muchacho que prosiguió con su carrera de bailarín académico y me quedé solo, entonces me volví actor cómico, sketchero. Ser sketchero es una carrera, porque el sketch se trabaja con varias personas, hay que ensayar mucho los papeles, a cada uno hay que darle un personaje para que sean los contrastes, porque eso es lo que hace reír a la gente. Mire, el pueblo de México en aquel entonces era más peculiar en su estilo de hablar. Ahora no, por ejemplo, en la televisión que sale cualquier actor cómico la gente luego se sigue



v
Confidencias de un ruletero, cartel publicitario, 1949. Colección particular.

vi
 Adalberto Martínez "Resortes" en el suelo durante la filmación de la película *El Luchador Fenómeno*, 1952. México, AGN, fondo Hermanos Mayo.

vii
El luchador fenómeno, cartel publicitario, 1952. Colección particular.

por ese cartabón que marcó el cómico; entonces toda la gente hace sus chistes sobre eso. Antiguamente no, en las carpas en las que trabajé pues no había micrófonos, había que tener voz para dirigirse a la gente. Yo por eso soy un poquito fuerte para hablar, estoy acostumbrado a que me oigan grandes multitudes. Si voy, por ejemplo, a veces a los partidos de beisbol cómico, pues me oyen, así, sin micrófono.

En esas carpas me inicié en el drama, la comedia y la zarzuela, esos locales eran del señor Procopio, quien tenía todo el Distrito Federal inundado de ellas y en todas

daba drama, comedia y variedad. En ellas cabían 700, 800 almas; los domingos, pues lleno. Fíjese, los sábados eran malos porque como esas carpas eran de barriada, en los barrios la gente se venía a hacer sus compras al centro y abandonaba la barriada. No es como ahora que en todos lados hay sus centros comerciales. Como le digo, la gente era más dicharachera, los vendedores ambulantes eran muy simpáticos, tenían un modo de gritar. Esas cosas yo agarré para el escenario porque me he reflejado en el pueblo y cuando hago mis personajes en la carpa y en el teatro, son reflejados en el pueblo mismo. Yo era de la variedad, pero después comencé a entrar en las comedias. Mi otro compañero bailarín, medio enojado me decía "... nosotros con nuestro número tenemos, para qué nos vamos a quedar aquí al ensayo"; el director de escena, por cierto, había muy buenos directores en aquella época, me decía: "No, el día de mañana te va a hacer falta"; y dicho y hecho, porque he obtenido más triunfos dentro de mi carrera, pero ha sido más como actor y no como bailarín.

"¡CAMINA COMO LA GENTE!"

En los salones de baile nunca me permitieron concursar porque yo "vacilaba" el baile y en aquel entonces era más seria la cosa; los movimientos que yo hacía les parecía que estaba "bromeando" el baile. En esa época había muchos salones de baile, existían cines donde también había *dancing*, por ejemplo, el cine Mundial era muy famoso ahí en



las calles de Corregidora en el Zócalo. El primer salón de baile que pisé se llamó Dancing 13, que estaba en la plazuela de las calles de las Vizcaínas, ahora se llama teatro Vizcaínas, también se llamó teatro Apolo, fue también teatro de burlesque, ahí trabajé de 1940 a 1943.

Has hasta que llegué por fin a los teatros porque era más o menos la etapa siguiente; fui al teatro Follies Berge-re, donde estaba “Cantinflas” pero él ya estaba haciendo cine, y entonces me invitaron al Follies, a recibir el año de 1943. Fui con María Conesa y Lucha Reyes y María Conesa fue la que me amadrinó para que los periodistas se fijaran en mí. Fue Jaime Luna, un periodista muy “teatrófilo” que me comenzó a hacer mis primeros reportajes, porque en las carpas no se ocupan de uno, y comencé a ver mi nombre y mi retrato en el teatro.

Antes de trabajar en el Apolo había estado en un salón que se llamaba Maravillas en la calle de Salto del Agua, en San Juan de Letrán, y ahí hacíamos sainete mexicano para familias; pero entonces el empresario me pasó para el Apolo; como ya tenía mucho público para familias, le dije que no me anunciara “Resortes”, que dijera sólo A. Martínez, para que las familias del barrio no supieran que estaba en ese teatro de burlesque, porque en aquel entonces ¡uy! Todavía se espantaba más la gente. Verá usted, desde 1938, en Laredo, Texas, me anuncié como “Resortes”. Cuando deje “Los Espontáneos” me decían “El Flaco de Los Espontáneos”. Pero “Flacos” hay muchos. Mi hermano chico me apodaba “Resortes” pero para molestarte porque yo brincaba mucho para caminar y me decía: “Ca-

mina como la gente, parece que tienes resortes en las patas; tú, “Resortes”, “Oye, ya en serio ¿por qué no te cambias el nombre”, me comentaba mi hermano, “y te pones uno que vaya más de acuerdo contigo? Yo te vi en tu trabajo y parece que te estiras y eso; te queda, pónitelo”. Entonces me lo puse en Laredo; ya en el salón Maravillas me anunciaban como “Resortes” y ahí me hice de un público muy bonito, de familias, que es el que más me gusta.

DESPEGUE EN EL CINE

A principios de los años cuarenta estaba en el Apolo, en el Follies y otra vez en el Apolo, se acostumbraba que los propietarios lo movieran a uno de un teatro a otro, ahí conocí a una artista gringa que se llamaba Jean Cuking, gran actriz del burlesque. Había visto en una revista de mi hermano algo sobre los Zoot suit y le pregunté a ella qué hacían, los mexicanos les decíamos “pachucos”, me dijo: “...éste... usan unos sacos largos y bailan boogie” “¿Cómo es el boogie?” “El boogie es así” y me enseña; al poco tiempo puse un cuadro con ella llamado “Pachucos”. Poco después me llamaron unos empresarios para hacer una gira con una compañía que se llamaba Pachuco Review, me contraté con ellos por 50 pesos diarios y salí hasta Estados Unidos, llegamos a Los Ángeles, a El Paso, Texas, y cuando estaba en esa ciudad llega otro “pachuco”, “Tin Tan”, que cantaba también, y sí, la pega. A él lo llaman para el

cine y a mí pos no, no me llaman. Si me dio coraje que a mí no me tomaron en cuenta, pero cuando regresé a México me dan el teatro Colonial para sentar mis reales, trabajé como un año y volví a ir a los Estados Unidos de gira nuevamente. Cuando regresé a México al teatro Lírico alterné con una vedette muy famosa, Celia Montalbán, e hice una gran temporada. De ahí me llamaron para hacer la primera película que se llamó Voces de primavera, en noviembre de 1945, y la hice a principios de 1946.

Mire, en 32 años he hecho 66 películas, siendo la última la que estoy terminado, se llama El futbolista fenómeno. Hace 27 años realicé una, El beisbolista fenómeno; filmé El luchador fenómeno. En esta película sobre el futbolista, el argumento es mío, hace 20 años lo escribí, pero pues no la querían hacer, pero ahora con la euforia del Mundial [Argentina, 1978] pues me llamaron del Conacite, una empresa estatal, para realizarla y ahorita la estamos terminando. El miércoles tengo llamado para el doblaje; todo lo que se hace afuera tiene que doblarse otra vez, porque quedan los ruidos de los coches, etc., y pa' que quede el sonido bien, hay que volver a hablar todo lo que ya habló uno; le pasan a uno a la pantalla, ahí se ve uno tal como habló en ese momento, las reacciones que tuvo ahí y hay que hacerlas nuevamente igual, no se crea, sí es complicado.

Así, cuando inicié en el cine me llamó Jaime Salvador, argumentista también de "Can-

tinflas", y de ahí me llamaron para hacer otras películas, por ejemplo, Yo dormí con un fantasma, en la cual me daban el 10 por ciento y luego hice otra que se llamó El nieto del Zorro, en esa me daban 20 por ciento y 10 000 pesos. 10 000 pesos y 20 por ciento, de lo cual nunca recibí ni cinco centavos de los porcentajes, nada... "no, p's estos majes..."

"Cuando inicié en el cine me llamó Jaime Salvador, argumentista también de "Cantinflas", y de ahí me llamaron para hacer otras películas, por ejemplo, Yo dormí con un fantasma".

Mi relación con el público siempre ha sido magnífica, aunque haga yo el sketch siempre quieren que les baile, siempre quieren que les baile. Hay una anécdota de hace muchos años, fui a Bellas Artes a la fiesta de los papejeros, a los voceadores de México, e hice mi sketch y risa y risa todos los papeleros y "pues que baile 'Resortes'", "que baile" y me dicen: "Ya se fue la orquesta". Y les digo: "Ya se fue la orquesta", y entonces los papeleros me dijeron "te chiflamos una". Les dije: "Pues ya vas, órale." Y a chiflidos hasta repetir.

viii

El beisbolista fenómeno, cartel publicitario, 1952. Colección particular.

ix

Adalberto Martínez "Resortes" y Aurora Segura durante la filmación de la película *El beisbolista fenómeno*, 1951. México, AGN, fondo Hermanos Mayo.

x

Carnaval en mi barrio, cartel publicitario, 1961. Colección particular.



DARÍO FRITZ
BiCENTENARIO

98



Mundos paralelos

La mujer de la imagen es una abuela. Una abuela migrante mexicana que recoge tomates en un campo de Santa Clara Valley, California, y que junto a su “amplia” familia había migrado en 1938, como en años anteriores, desde Glendale, Arizona, para trabajar en las cosechas californianas. El meticuloso dato del rango familiar que la autora de la foto, Dorothea Lange, dejó

registrado, permite correr la certera imaginación de que a sus alrededores, una prole significativa de hasta nietos, estarían pendientes como ella de los frutos ya maduros para recoger. Tampoco la imaginación sería caprichosa si dijéramos que no muy lejos de allí, la abuela y los suyos pasarían las horas de descanso bajo una carpa sin servicio alguno. Le pasaba a los blancos, y con más razón a latinos y afroamericanos. En esos años, Lange y otros dos colegas, Russell Lee y Walker Evans, habían recorrido el país, pagados por el gobierno, para retratar las consecuencias de la Gran Depresión. Uno de los trabajos de mayor impacto de la fotógrafa fue “Migrant Mother”, una madre blanca con sus hijos pequeños sobreviviendo bajo una lona, retratada también en California. Al cabo de casi nueve décadas las condiciones laborales han mejorado para los trabajadores agrícolas migrantes, pero hay otros entornos que permanecen inalterables. Lee describía en otra foto sobre una niña mexicana trabajando en la costura en una habitación en Robstown, Texas, que “contrariamente a lo que se suele pensar, los mexicanos suelen ser muy ordenados y limpios, incluso cuando viven en condiciones de gran hacinamiento”. La lectura intrínseca nada se aleja de los postulados actuales del peor megáfono estadounidense, residente en la Casa Blanca: “¿Por qué sólo aceptamos gente de países de mierda?”. O más claro, “sanguijuelas” y “basura”, se ha propalado desde allí. A la par de aquella abuela y sus nietos recolectores de tomates, en otros lugares otras abuelas criaban descendientes que machacarían con la actual impronta xenófoba. El pañuelo llevado con elegancia, la dignidad manifiesta en los dos botones que sostienen cerrado el suéter, la sobriedad del vestido, hacen de ella la integridad frente al espejismo siempre presente de un poder y una riqueza que esconde el viejo odio sobre los otros, diferentes y pobres, y para su pesar, honrados.



LIBRERÍA DEL FONDO --- JOSÉ MARÍA LUIS MORA

16 mil ejemplares que versan sobre temas de economía, sociología, política, filosofía, antropología, derecho, historia de México e historia de América Latina y Europa. De ambos fondos editoriales, del Instituto Mora y del Fondo de Cultura Económica.

Horario de atención

Lunes a viernes de 9:00 a 20:00 horas

Sábados de 10:00 a 14:00 horas

www.mora.edu.mx

www.fondodoculturaeconomica.com

CORREO DEL LECTOR 04 | **ARTÍCULOS 06**—De John Brown al México en guerra
SEBASTIÁN TAPIA VÁZQUEZ | **14**—Un plan ambicioso para Sonora. **ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO** | **22**—La opulencia culinaria en la mesa de Maximiliano y Carlota. **EMILIANO CANTO MAYÉN** | **30**—La ciudad de México se viste de verde. **JOSÉ FERNANDO MADRID QUEZADA** | **38**—El acre exilio de Federico Gamboa en La Habana. **MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ** | **46**—Safuega y la revolución ultrafeminista. **FAUSTO E. GÓMEZ GARCÍA** ¶ **DESDE HOY 56**—La deuda moral de un país que aplaza la infancia. **ERÉNDIRA PAZ LÓPEZ** ¶ **TESTIMONIO 64**—Homenaje a la entrega de Juana Belén. **AURORA REYES FLORES** ¶ **ARTE 74**—Bandidos rurales. **VÍCTOR MANUEL CARLOS GÓMEZ** ¶ **CUENTO 84**—De Adolfo a Gustavo. **RENATO ALEJANDRO FLORES CHINCHÓT** ¶ **ENTREVISTA 90**—Adalberto Martínez “Resortes”. Hecho en México y por mexicanos. **RAMÓN AURELIANO** ¶ **SEPIA 98**—Mundos paralelos. **DARÍO FRITZ** ¶

www.revistabicentenario.com.mx

**Ciencia y
Tecnología**

Secretaría de Ciencia, Humanidades,
Tecnología e Innovación



**Instituto
Mora**